Endre Nemeth

METTERNICH

Y SU TIEMPO

EDITORIAL TARTESSOS

METTERNICH Y SU TIEMPO

ENDRE NEMETH

METTERNICH

Y SU TIEMPO

Versión directa del húngaro de Javier Carballo

EDITORIAL TARTESSOS
BARCELONA

R 2

181.410

ORSZ. SZÉCHENYI-KÖNYVTÁR
Kézdeikapló
1950. év 557 sz.

Impreso en Barcelona, en los talleres gráficos de A. J. Rovira
Rosellón, 332 - Diciembre de 1941

PRIMERA PARTE

LA JUVENTUD DE UN HOMBRE AFORTUNADO EN AMORES

I

La Emperatriz María Teresa, como más tarde Napoleon, se complacía en concertar bodas, a su gusto y capricho, entre las personas de su alrededor. Sin embargo, compensaba esta tiranía protegiendo de manera eficaz a quienes había unido. Muchos de sus súbditos debieron su éxito a su sumisión a las órdenes imperiales. Tal fué el caso de Francisco Jorge Metternich-Winnebourg, padre del futuro canciller.

El día del bautizo de Beatriz Kagenegg, María Teresa prometió a la madre de la niña, su confidente, atender a la boda de la recién nacida cuando llegara la hora. La hora llegó. La soberana cumplió su palabra. Y destinó la hija de su amiga a Francisco Jorge Metternich, ministro plenipotenciario del Sacro Imperio Romano Germánico ante los príncipes eclesiásticos de Tréveris, Colonia y Maguncia.

Francisco Jorge se deja convencer fácilmente. Le ofrecen una deliciosa muchachita de quince años, que le aporta una buena dote y el favor de la emperatriz. Desde aquel momento tiene asegurado un brillante porvenir. Lleva un nombre histórico, es rico, guapo, simpático; sabe, en el momento oportuno, doblar la rodilla o fruncir el ceño; tiene todas las brillantes cualidades propias de un gran señor. Acaso es un tanto superficial. ¡Qué importa! Su boda le asegura la protección imperial. Con tal apoyo, se puede ir lejos.

II

La boda se celebra en 1771. El 15 de mayo de 1773 nace el primer hijo, Clemente Lotario. Es una criatura encantadora. Sus dorados cabellos encuadran un rostro angelical. Desde la niñez es diplomático; obstinado y adulador, desarma con su seductora sonrisa a cuantos le rodean, y consigue siempre lo que quiere. Todo le predispone a brillar en una carrera en la que su padre se ha distinguido, más que nada, por su ostentación. Y, en efecto, no se pensará en ningún momento otra carrera para Clemente Lotario.

El diplomático debe tener conocimientos enciclopédicos y saber tan bien el pasado como el presente de su país. Las relaciones de los Estados entre sí, sus temores, sus intereses, sus ambiciones. Estudio vano y forzosamente problemático. Los acontecimientos pasan velozmente. Un informe a veces ya no es exacto en el momento en que se redacta, si se limita a una simple constatación de los hechos materiales.

Reducido a esto, sería un oficio bien poco interesante. La política no es una ciencia de leyes inmutables. Ante

lo imprevisto, los rutinarios conocimientos escolares son insuficientes sin la ayuda de cualidades personales imponderables: instinto, intuición, inteligencia. Los conocimientos concretos sirven más que nada para apoyar el razonamiento. Son, simplemente, las bases del esfuerzo del diplomático para conseguir que los acontecimientos deriven a favor de los intereses de su Patria. Para poner en el juego todas las probabilidades de triunfo, es indispensable tener la atención siempre despierta, conservar el dominio de sí mismo, saber disimular sus intenciones. Un nombre preclaro, una brillante apariencia, son preciosos en «la carrera». Abren los salones, donde se suelen recoger informaciones útiles; permiten negociar con pleno dominio de los propios recursos y en las mejores condiciones.

Si sucede así aún en nuestros días, ¡cuánto más no pasaría en el siglo XVIII, a causa de la lentitud en las comunicaciones! Hoy, un embajador, si es preciso, habla cotidianamente con su ministro. Antes, se necesitaban semanas para ello. El embajador era entonces verdaderamente plenipotenciario. Tomaba sus decisiones sin consultar previamente con su gobierno. Era, pues, indispensable que el diplomático estuviera convencido de su talento y de su importancia personal. El conde de Metternich tenía esta convicción. Su hijo poseerá, además, la inteligencia.

III

El futuro canciller tiene dos preceptores: uno eclesiástico y otro laico. Uno le predica la verdad revelada y exalta su fe; el otro le habla de la dignidad humana. Resulta no poco sorprendente ver a J.-F. Simon, el

librepensador subversivo, en el castillo de los Metternich. Pero estamos a fines del siglo XVIII. Durante su largo reinado, Luis XV ha dejado que la idea monárquica se redujera a polvo. Debilidad, falta de energía, amor a Madame Pompadour, quien defiende a los enciclopedistas... Sin duda. Pero, también, orgullo. El rey no está dispuesto a admitir que el poder de Voltaire sobrepase al suyo. Seguro de su fuerza, desdeña los ataques, sin ver que están minando las instituciones e incluso la autoridad real de derecho divino, desde entonces discutida. Algunos escritores quieren ver en Luis XV al único hombre lúcido en la confusión general. Y pronuncian contra él la más terrible de las requisitorias: si ha visto claro, es doblemente culpable por no haber obrado en consecuencia.

Otros soberanos han percibido mejor el peligro que existe en «las ideas». Así, María Teresa, herida en su devoción por la irreligiosidad de los escritores de moda, combate enérgicamente la exagerada admiración de la época por sus doctrinas liberales. Rodeada de clérigos y de casuístas, no puede aceptar las nuevas ideas. Su hijo y sucesor, José II, hace almoneda de esta beatería, que está pasada de moda. Hombre de principios, se cree liberado de todos los prejuicios y pretende desembarazar de ellos a sus súbditos. A pretexto de «reformar», desorganiza la vieja máquina imperial. Sus decretos son contrarios a las seculares tradiciones de sus pueblos. Subordina la Iglesia al Estado, suprime ciertas órdenes monásticas, limita los privilegios de la nobleza, y no vacila en citar al Papa a Viena, a quien trata bruscamente, dando con ello ejemplo a Napoleon I.

No obstante, se puede comprobar, no sin asombro, que este déspota esclarecido, de intenciones humanitarias, gobierna exactamente igual que los dictadores modernos. Se mofa del clero y de la nobleza, las dos

únicas fuerzas capaces de resistir a la tiranía en nombre de un ideal. Este esfuerzo, liberal en apariencia, ¿es otra cosa que un medio de acrecentar la autoridad del soberano? María Teresa y José II coinciden sobre este punto. Pero María Teresa representa el pasado, y José II, el porvenir. Durante algún tiempo reinan conjuntamente, y Francisco Jorge Metternich, como buen diplomático, trata de agradar a sus dos soberanos. Los librepensadores están de moda. Hay que ir con la época. Mas la fidelidad a la Emperatriz, así como las tradiciones de su propia familia, imponen la presencia de un eclesiástico.

Este clérigo, por otra parte, no es un fanático. Protesta, desde luego, contra ciertas afirmaciones del impetuoso Simon, pero su indignación está amortiguada por esa indulgencia peculiar de los preceptores de buena casa que disculpan con una sonrisa el ateísmo inocente de los grandes señores. ¿Para qué discutir? Estas «habladurías» no significan un obstáculo serio a la voluntad divina. El joven Clemente está igualmente convencido de ello. Tales conversaciones le divierten porque le permiten lucirse. Se expresa en frases bien redondeadas, con una elegancia que a veces resulta ligeramente afectada. Las ideas que se debaten le importan poco. Para él no se trata más que de un juego de ingenio.

IV

En los comienzos de 1788, Clemente, siempre acompañado de sus dos preceptores, parte para Estrasburgo, donde es huésped del Príncipe de Deux Ponts, uno de los muchos príncipes renanos subvencionados por Francia. Se matricula en la Universidad, a la que se muestra

poco asiduo, salvo en el curso del viejo Koch, que es una autoridad en Derecho Internacional. Su principal ocupación es la vida de sociedad, flirtear, bailar. Así se prepara para su futuro papel en el mundo. El apoyo que puede encontrar en los salones le será más útil que los diplomas. Su padre, hombre experto, le da consejos prácticos: «Sé cortés con todo el mundo—le escribe—, pero especialmente con las damas de cierta edad. Ellas te lo recompensarán con creces.»

Entretanto, por la ciudad circulan rumores alarmantes. Se habla de disturbios en París. El pueblo, alzado en armas, ha tomado la Bastilla. El movimiento se extiendo al agro. Los campesinos saquean los castillos y queman los pergaminos feudales. Los soldados vacilan o hacen causa común con el populacho. En una palabra: el caos. Incluso Estrasburgo, apacible ciudad universitaria, se amotina. Los estudiantes se manifiestan ante el Ayuntamiento.

Los padres de Clemente se intranquilizan. El joven estudiante recibe la orden de regresar con urgencia. Hijo obediente, hace sus preparativos. Mas en el momento de subir al coche, advierte que Simon no aparece. Al fin se le encuentra; pero se niega a partir. Ciudadano francés y patriota, está en relación con los Comités de París, que le han encargado misiones importantes. El clérigo, indignado, le vuelve la espalda. Metternich, que siente gran afecto por su preceptor, se despide de él con emoción.

Momentos más tarde, los viajeros abandonan la ciudad. El clérigo, en cuyo rostro se advierte una ligera palidez, lee su breviario. Hasta haber franqueado la frontera hay que temerlo todo. Clemente reflexiona. ¿Está en lo cierto Simon? Las discusiones ideológicas —encantadora distracción intelectual—¿pueden trastornar el orden social establecido por Dios?

V

Al fin, los viajeros llegan a Coblenza, sanos y salvos. Clemente se encuentra otra vez entre los suyos, en la tranquila Renania. Por otra parte, la tormenta parece calmarse en Francia.

Entretanto, José II muere, y la corona pasa a su hermano Leopoldo. Francisco Metternich asiste a la coronación. Tanto por vanidad como por inspirar simpatía al nuevo emperador, derrocha una fortuna. Clemente toma parte también en las ceremonias, en calidad de miembro de la delegación de los magnates católicos de Westfalia. La suerte le acompaña y logra relacionarse con el heredero del trono, el archiduque Francisco.

El nuevo emperador tiene ante sí una obra difícil. José II ha creado una agitación contra el poder central, que se manifiesta en todas las clases sociales. Desde el lecho de muerte ha revocado sus decisiones, pero el mal ya está hecho. El clero y la nobleza, celosos de sus prerrogativas, siguen desconfiados. Las clases no privilegiadas, animadas por el ejemplo de los franceses, continúan reclamando sus «derechos»... Leopoldo se debate, por lo tanto, entre dos oposiciones: una a su derecha, la otra a su izquierda, como diríamos hoy. Imposible satisfacer a los unos sin dejar descontentos a los otros. Sin embargo, no es el contrarrevolucionario que han descrito algunos historiadores. Antes de subir al trono ha sido gobernador de Toscana y se ha comportado como un déspota esclarecido. Encuentra prematuras las reformas de su hermano, pero sin que le ofendan en sus convicciones íntimas. Y no es sistemáticamente hostil a la Revolución francesa. Como Mira-

beau, vería con buenos ojos que Luis XVI tomara la iniciativa de una nueva organización social y sacrificara lo necesario para calmar el descontento de la nación y salvar su corona. Enrique III, ¿no se proclamó jefe de la Liga para acabar con la agitación mantenida por los Guisa? Por otra parte, la debilitación de la monarquía francesa le parece favorable a los intereses de Austria, que de esta manera se vería desembarazada de un rival peligroso. Pero, cualesquiera que sean sus sentimientos personales, está obligado a reparar los errores de su predecesor, que ha tomado medidas para las que no estaba preparado su pueblo. Previamente, hay que renovar el personal. Su advenimiento es seguido de un profundo movimiento administrativo.

Francisco de Metternich no deja escapar esta ocasión. Obtiene una audiencia del Emperador y se lamenta de su olvido en Coblenza, puesto insignificante, en el que no puede poner a prueba sus cualidades profesionales. Recuerda que María Teresa le ha protegido siempre y defiende tan bien su causa que Leopoldo II le envía a Bruselas para poner fin a la agitación producida por las reformas de José II. La elección no fué muy bien recibida—desde luego con razón—por el gobernador de los Países Bajos, Alberto de Sajonia Teschen, yerno de María Teresa. ¿Cómo? ¿En circunstancias tan graves, cuando la revolución amenaza, se le envía este hombre mediocre, cuyos únicos títulos para ocupar el cargo son la vanidad y el loco despilfarro? ¿Es que se burlan de él? Entretanto, Clemente se instala en Maguncia para proseguir sus estudios. La repercusión de los acontecimientos de Francia no tarda en hacerse sentir, incluso en estas tierras risueñas. Los parientes y los cortesanos más íntimos de Luis XVI van afluyendo. Están indignados contra el populacho que les obligó a emigrar, pero se muestran llenos de optimismo. Convencidos de que

pronto podrán volver a Francia para recobrar intactos sus privilegios, no abandonan su continente altivo ni ceden lo más mínimo en sus pretensiones. Llegan en masa, seguidos de sus amantes y de su servidumbre, exigiendo que se satisfagan todas sus exigencias, que se les aloje teniendo en cuenta su vanidad y un estricto sentido de la jerarquía. Los buenos clérigos no entienden una palabra de tales sutilezas de la etiqueta. ¿Por qué éste tiene derecho a una silla y el otro a un taburete? ¿Por qué el de más allá no tiene ni siquiera derecho a sentarse? Los pobres se aturrullan...

Estas cuestiones de primacía, incomprensibles para los profanos, le parecen perfectamente naturales a nuestro joven conde renano. Sin dejar de sonreír ante la vacuidad de estas discusiones, toma parte en ellas con cierta competencia. La heráldica y la genealogía no tienen secretos para él. ¿No ha participado en la coronación del emperador? Y da libre curso a su «snobismo» y a la vanidad que ha heredado de su padre.

En estos días agitados es cuando encuentra el amor en la figura de María Constanza de Caumont de La Force.

«Es francesa—escribe más tarde—, tiene mi misma edad y hace poco que está casada. Pasa las noches con su marido, pero estoy convencido de que, en sus brazos, ella piensa en mí.»

La joven emigrada ha sido educada en Versalles por su bisabuelo, el príncipe Armando Nompar de Caumont de La Force, que pretende ser descendiente del semidiós Hércules. Acosado entre su inmenso orgullo, que le hacía considerar con horror un matrimonio desigual, y el temor de ver extinguirse su estirpe, el príncipe buscaba en vano alguien digno de entrar en su familia, cuando dió, al fin, con uno de sus parientes, un verdadero La Force. Era la solución soñada, el porvenir de la raza asegurado sin dar entrada en la familia a gente

de clase inferior. Loco de alegría, conduce al joven a casa de su biznieta. «¡Te he encontrado un marido! —grita—. ¡En seguida, un cura! ¡Que os case inmediatamente! Y dadme de prisa pequeños La Force.»

El cura, llamado al castillo, no sale de su asombro. Protesta. La novia tiene quince años; el novio, dieciséis; que esperen unos años; no hay prisa. El anciano le acosa con aspereza: «¡Cómo! ¿Que no hay prisa? ¡No tengo tiempo que perder! Soy viejo y quiero besar a mis tataranietos.» Y, volviéndose hacia Constanza, añade: «Quiero que esta misma noche esté consumado el matrimonio».

Todos se inclinan, ante una voluntad tan perentoria. Pero el deseo del anciano no se verá realizado. Estalla la revolución, el castillo es asaltado, el príncipe muere de un ataque de apoplejía, y la joven pareja huye a toda prisa. Al fin, tras muchas peripecias, llega a Maguncia.

Es allí, en el salón rococó de un viejo canónigo, donde el marqués de Bouillé presenta a Metternich a una joven acicalada, empolvada, atractiva y deliciosa: Constanza de Caumont de La Force. Metternich es enamora de ella en el acto. Al día siguiente, se confía a Bouillé, quien parece contrariado; pero le hace bruscamente esta confidencia:

—Más vale que te diga francamente que soy el amante de Constanza. Pero tengo en más estima nuestra amistad que esta aventura. Al buen entendedor...

—Comprendido—responde Clemente, embarazado—. Te prometo que no volveré a verla.

Su compañero se extraña. ¿Se habrá expresado mal?

—Por el contrario, me halaga que nuestros gustos coincidan. Voy a decirle a Constanza que la quieres.

—No lo hagas, por favor—dice Clemente—. He de confesarte que no tengo la menor experiencia amorosa. No sabría cómo empezar...

Retrocede, protesta. En vano. Bouillé insiste y se hace intérprete de los sentimientos de su amigo con tal acierto que Constanza pasa a ser la amante de Clemente.

Metternich nada en plena felicidad. Pero, tras unas semanas de embriaguez, siente remordimiento. Lo que ha hecho Bouillé, ¿no es un sacrificio exagerado, en honor a su amistad? ¿Puede él reemplazarle junto a Constanza? Vagamente expone estos escrúpulos a su amante. Ella, para tranquilizarle, le hace una revelación que le transtorna. Apenas puede dar crédito a lo que oye. ¿Cómo? ¿Constanza no ha roto con Bouillé y tiene a la vez dos amantes?

Y, sin embargo, Constanza murmura la verdad con su voz infantil, en una mezcla de inocencia candorosa y de cinismo.

—¿Qué más te da?—le pregunta Constanza, irritada.

Clemente se indigna.

—Mi situación es ridícula, deshonrosa. Te exijo que rompas inmediatamente con él.

—Está bien. Si tú lo quieres... Pero te aseguro que no tiene la menor importancia—le contesta su amiga con cierto malhumor.

Bouillé, desposeído de su amada, no comprende al principio el cambio de actitud de Constanza hacia él. Más tarde sospecha que Metternich es el culpable de su desventura. En su diario íntimo da libre curso a su indignación. ¿Es así cómo su amigo aprecia sus servicios? ¿Es ésta su recompensa? Nunca un francés hubiera procedido así. Es preciso tener sangre alemana en las venas para ser desleal hasta este extremo, mal amigo, traidor, hipócrita, egoísta y vanidoso...

Pronto llega su desquite. Clemente no disfruta mucho tiempo de su triunfo. Constanza se cansa, y un buen día le dice:

—¿Por qué tenéis en olvido a la princesa de la Tremouille? Me parece que le agradáis.

—¿La princesa de la Tremouille? Pero si tiene la edad de mi madre. ¿Ella y yo? ¡Vaya ocurrencia!...

De pronto, sonríe. Ha recordado el consejo de su padre: «Sé cortés con las damas de cierta edad...» En cuanto puede, va a casa de la princesa. Es tan hermosa que hace olvidar sus treinta y cuatro años. Y cuando se despide de ella ya es su amante. Estas relaciones, sin embargo, son breves. Metternich abandona a la princesa de la Tremouille por la princesa de la Boulaye, que es a su vez suplantada por la condesa de Kernauel.

Se manifiesta ya un rasgo característico de la vida amorosa del futuro canciller: abandonar a sus amantes, sencillamente y sin emoción, en cuanto advierta que está demasiado comprometido. Aunque sea él quien haya hecho todo lo posible para conquistarlas, sabrá persuadirlas de que son ellas las que le han seducido. Sus amores le servirán en política. Las princesas—aun las falsas princesas—, apasionadamente ambiciosas, le confiarán, en la intimidad de la alcoba, informes que de otra manera no hubiera podido adquirir.

VI

Mientras Metternich inicia su carrera amorosa, en la que ha de deslumbrar, su padre llega a Bruselas. El nuevo cargo le permite satisfacer su vanidad mejor que en Coblenza, pero sobrepasa sus capacidades. Excepto él, todos lo saben. La regente no le quiere, y le trata con [illegible] desdén manifiesto. Finalmente, pedirá su traslado. No hay necesidad de ser diplomático para comprender que quieren desembarazarse de uno. Se le pide a este gran

señor que tome mezquinas medidas contrarrevolucionarias opuestas a su carácter. Su existencia se torna sombría. Y entonces surge un acontecimiento, a decir verdad poco regocijante, que viene a devolverle el placer de vivir: la muerte de Leopoldo II.

Metternich le llora sinceramente, pero piensa en la próxima coronación, y esta idea disminuye bastante su pesar. Su gran pasión es esta solemne ceremonia. Es una ocasión magnífica para moverse en un gran escenario. A toda prisa, parte hacia Viena, pasa por Coblenza para recoger a su hijo, que figura de nuevo en la delegación de los magnates católicos de Westfalia; asiste a todas las fiestas, acompaña a la corte de Francfort a Viena, y, por fin, vuelve a Bruselas. Allí le espera una sorpresa desagradable. Apenas se ha instalado de nuevo en su puesto, los franceses, victoriosos en Jemappes, invaden las provincias belgas. Tiene que volver a Coblenza. La victoria del archiduque Carlos le permite reintegrarse a su puesto. Pero no por mucho tiempo.

Cobenzl dimite, y su sucesor, Thugut, no se hace ilusión alguna acerca del talento de Francisco Metternich. Éste trata de defenderse. Y envía al emperador una memoria en la cual denuncia las maniobras de sus enemigos. El emperador la comunica a Thugut, el cual, aportando pruebas, convence al soberano de la incapacidad de su representante en los Países Bajos y exige su destitución. Metternich se ve obligado a dimitir. Esta humillación le resulta más dolorosa aún, porque los franceses han penetrado en Renania y ocupan sus propiedades. En tanto, Clemente se divierte en Londres, donde el gobernador de los Países Bajos le ha enviado en misión. También allí seduce a todo el mundo. Su nombre, su fortuna, su belleza, su ingenio, su simpatía, producen el efecto habitual. Príncipes y grandes señores rivalizan en festejarle. Alterna con Burke y Sheridan. Discute de

política con Pitt y Fox. Pero su padre, a no tardar, le requiere para que vaya a reemplazarle a La Haya, mientras él lucha en Viena contra sus enemigos. Clemente embarca en seguida. El temporal arroja su navío contra las costas de Francia. Se le cree prisionero y se piensa ya en una intervención diplomática para obtener su liberación, cuando reaparece. Tras innumerables aventuras, gracias a un disfraz, logró pasar la frontera.

VII

La invasión francesa arrebata a los Metternich sus propiedades renanas y gran parte de su fortuna—alrededor de 250.000 thalers—. Jorge Metternich pretende que el Estado la reembolse. Thugut trata de aprovechar sus reclamaciones para librarse definitivamente de este hombre molesto. Y propone una fórmula: el Estado reembolsará a Metternich, pero en cambio éste, como contrapartida, reconocerá sus errores y se comprometerá a no solicitar en adelante ningún puesto diplomático.

Esta proposición indigna al yanidoso gentilhombre. Ya no cabe duda. Se le quiere eliminar de la política. ¿Por qué? Evidentemente, porque es de otra generación, de la gran época de los colaboradores de María Teresa, Kaunitz y tantos otros hombres ilustres, a quienes se reprocha ahora pertenecer a la Masonería. Y bien. ¿No eran masones José II p Leopoldo? Mérito ayer, y hoy delito. Afortunadamente, no todos los representantes del glorioso reinado de María Teresa han desaparecido. Se podrá condenar sus ideas, pero no son los miserables comisionistas del estúpido régimen actual quienes pueden discutir sus méritos. ¿Qué vale Thugut comparado con Kaunitz, el «conductor de Europa»? He aquí una

carta que se puede poner en juego para lograr el fracaso de la intriga de sus adversarios. Kaunitz acepta gustoso intervenir. Su influencia sigue siendo grande. Thugut renuncia a la contrapartida y ordena que se entreguen 40.000 «thalers» a Metternich para indemnizarle de sus pérdidas. Esta suma, añadida a los 80.000 que cobra como ministro plenipotenciario jubilado, y a las rentas de sus propiedades de Moravia, permite a la familia sostener su rango en Viena, donde se instala. Todo son bailes, banquetes, veladas, visitas, que permiten cultivar ciertas relaciones provechosas. En particular la de los Kaunitz.

El ex canciller vive con su hijo, su nuera y su nieta Leonor. Está viejo, gotoso, medio ciego y medio sordo. Pero ha conservado intacto su espíritu. Quiere mucho a Clemente, y en su lecho mortuorio se lo recomienda al emperador.

Su desaparición es una gran pérdida para Austria. Deja colecciones de lienzos, de tabaqueras, pero a nadie transmite su genio político. Su hijo es insignificante, su nuera está muriéndose. Los Metternich advierten en seguida que allí hay una plaza que tomar. Si Clemente se casa con la nieta del canciller, pasará a ser, sin duda, el sucesor obligado. El padre confía sus proyectos a la princesa de Liechtenstein, tía de la joven. La princesa no se opone, pero no quiere comprometerse a nada. Que los jóvenes se las compongan como quieran. Pero esto no es lo que le interesa al conde. La joven tiene fama de difícil, y el éxito parece dudoso. Clemente le tranquiliza.

Desentraña el carácter de Leonor. Está orgullosa de su origen, de su apellido. Ser condesa de Palffy o de Colloredo no añadirá nada a su situación. Aspira a algo más. Quiere ser la mujer más destacada de Europa. Clemente se lo promete. Es una asociación de ambicio-

nes. Él será el heredero de Kaunitz y ella mantendrá el rango que tiene por su abuelo.

Acaso habría vacilado de no ser Clemente un guapo mozo. Pero lo es. Unas semanas más tarde, en Austerlitz, en el castillo patrimonial de los Metternich, se celebra la boda.

VIII

A poco, muere la madre de la joven. Su suegro, que está enfermo, no quiere quedarse solo en su vasto palacio. Y exige de sus hijos que vivan con él durante tres años. Clemente no puede salir de Viena. Observador pasivo, tasca el freno.

Es el momento en que un joven general de extraño apellido, pero ya ungido por la gloria, impone al emperador sus condiciones de paz. Austria debe renunciar a Italia y abandonar Renania. Esta última cláusula implica la reorganización completa del Imperio, que será discutida en un congreso convocado en Rastadt.

Extraña reunión, que pone frente a frente al viejo Sacro Imperio Romano Germánico, humillado, y a la joven República victoriosa, que hace tabla rasa del pasado para reconstruir Alemania sobre nuevos principios. Jamás, desde el tratado de Westfalia, el Imperio ha sufrido tamaña humillación. En Rastadt se oponen dos civilizaciones: una, recelosa, mezquina, tradicionalista; la otra, generosa, libre de todo prejuicio. Estas confrontaciones señalan los grandes cambios de la historia.

En Campo-Formio, Napoleon ha obligado a Austria no solamente a ceder el norte de Italia, sino también a desinteresarse de sus vasallos renanos, que deben

renunciar a sus bienes personales mediante ciertas compensaciones. En Rastadt, el gobierno imperial no puede sino ratificar la decisión del vencedor. Se comprende que en estas condiciones ningún diplomático austriaco haya tenido interés en ir a Rastadt. Viendo perdida la causa, Thugut piensa en Francisco de Metternich que desde que ha sido descartado no cesa de lamentarse. He aquí una ocasión para servir una vez más a su soberano.

Metternich acepta la misión con entusiasmo. ¿Qué le importa el papel lamentable que le espera, con tal de exhibirse? En su eterno afán de deslumbrar, llega a Rastadt imponente, seguido de una caterva impresionante de secretarios, «maîtres d'hôtel», cocineros, cocheros; con una enorme cantidad de equipajes. El lujo que despliega no impresiona a nadie. Los representantes franceses miran con una superioridad irónica a este representante de un mundo que pasó. Como todo quedó hecho en Campo-Formio, en Rastadt no se atiende más que a los detalles. El único interés del congreso está en la lucha de dos concepciones prácticas. Clemente, que acompaña a su padre en calidad de primer secretario, no se equivoca. Se interesa por sus adversarios, toma parte en todos los debates. Se le encuentra simpático. Una publicación francesa le menciona con benevolencia y le predice un brillante porvenir, a condición de que se formalice un poco. En efecto, Clemente es joven y gusta, acaso con exceso, de la vida frívola.

Clemente esperaba encontrar en Rastadt al general Bonaparte que, en opinión de todos, es ya el rector de la política francesa, más aún que el Directorio, rápidamente desacreditado. Pero el general victorioso se olvida en los brazos de Josefina. El encuentro se aplaza para otra ocasión. En lugar de Bonaparte, acude el embaja-

dor de Francia en Viena, Bernadotte, futuro rey de Suecia, acompañado de su amante.

Clemente no siente simpatía por él. Unas semanas antes, el 14 de julio, Bernadotte ha empavesado la embajada de Francia con los colores de la República. La bandera tricolor, símbolo de la libertad, provoca manifestaciones. La multitud insulta al emperador y a su gobierno. Todo ello a dos pasos del palacio de Kaunitz. Se interviene cerca de Bernadotte para pedirle que retire el emblema provocador. El embajador rehusa. Metternich insiste vigorosamente, pero, ante la negativa de Bernadotte a aceptar su invitación, se ve obligado a esperar el desquite.

No tarda en presentarse la ocasión. Una noche, los vecinos del barrio oyen un estruendo ensordecedor. Son los bomberos que llegan con todo el material. Se les ha avisado que hay un incendio en la embajada. La callejuela se llena de curiosos. Los vecinos se asoman a las ventanas, con sus gorros de dormir. Pero no se observa la menor traza del incendio. De pronto, ante la sorpresa general, se ve aparecer en una ventana, muy ligero de ropa, al joven Metternich, quien, aparentando interesarse por la alarma insólita, abraza amorosamente contra su pecho a la amante de Bernadotte. La desgracia del plenipotenciario francés sirve de diversión a toda la ciudad. Bernadotte está furioso, pero no tiene más remedio que resignarse.

Es el primer éxito diplomático de Clemente de Metternich.

IX

Después del humillante tratado de Luneville, Thugut se retira, en enero de 1801, y es reemplazado por Co-

benzl, que nombra al joven Metternich Encargado de Negocios en Dresde. Cuando presenta su cartas credenciales al rey de Sajonia, tiene veintiocho años. Pero el momento no se presta a mostrar el valor de sus cualidades profesionales. La personalidad del pequeño general impulsivo ha crecido. Es Primer Cónsul, dueño absoluto de Francia. Se prevé que intentará extender su dominación a Europa entera. Aún dudan sus adversarios acerca de las condiciones de su colaboración, y él está ya presto a lanzarse sobre ellos. Su seguridad de vencer desespera a sus enemigos. Algunos de ellos llegan a juzgar inútil combatirle, considerándole como el representante de una voluntad superior a quien, evidentemente, protege Dios.

Metternich no se cuenta entre estos fatalistas. Admira a Bonaparte, lamenta sinceramente no haberlo encontrado en Rastadt, pero no se deja abrumar por su prestigio. Legitimista de una pieza, no admite que un general victorioso tenga la pretensión de modificar a su gusto la organización secular de Europa. No le reconoce otro mérito que el de haber contenido la Revolución. Pero el actual estado de cosas está lejos de ser definitivo. La revolución—derroche insensato de las energías nacionales—lleva naturalmente a la tiranía. Provisionalmente, hay que aceptar la autoridad del nuevo tirano, pero algún día se volverá a la situación normal.

Mientras, en Dresde, Metternich empieza a conocer el poder del vencedor. Aún se convence más en Berlín, donde en 1802 reemplaza a Stadion, trasladado a San Petersburgo.

El rey de Prusia, Federico-Guillermo III, se distingue por su envaramiento y su originalidad. Entre otras excentricidades, tiene la costumbre de suprimir las terminaciones gramaticales, lo que hace muy difícil entenderle. Detesta a Napoleon, pero le teme demasiado para

osar nada contra él. Y la misión de Metternich es precisamente la de hacer entrar a Prusia en la coalición anglorrusa que se está formando para resistir a la hegemonía francesa. El gabinete prusiano está dividido. Hardenberg es partidario de la alianza, pero uno de los ministros más influyentes, Haugwitz, se opone a ella. Además pone a Napoleón al corriente de las negociaciones. Metternich tropieza con el miedo del rey, que está animado en su resistencia por Haugwitz, en quien tiene plena confianza. Pero Metternich quiere intentarlo todo antes de resignarse definitivamente a su fracaso.

Por medio del ministro ruso, Alopaeus, decide al zar a que vaya a Berlín. Acaso la influencia personal de este poderoso soberano triunfe sobre el miedo de Federico-Guillermo. El zar comprende la importancia de la alianza prusiana. Llega a Berlín, y el acercamiento es un hecho. La romántica reina Luisa se enamora perdidamente del bello zar y se muestra al instante favorable a la alianza. Tanto y tan bien insiste cerca de su marido, que éste acaba por aliarse en principio a la coalición antifrancesa. Metternich ha hecho una excelente labor. Para recompensarle, el emperador le envía la gran cruz de la orden de Saint-Etienne.

El mismo año, Napoleon asume el título de emperador. Y prepara un desembarco en Inglaterra para acabar con su más temible enemigo. Sus almirantes no pueden asegurarle el dominio del mar durante las horas necesarias para que sus tropas hagan la travesía. Falto de una buena Marina, tiene que renunciar a un proyecto que acaso le hubiera dado el triunfo. Y será en el continente donde dé el golpe decisivo. Marcha sobre Austria, obliga a capitular al general Mack, y en el aniversario de su coronación logra en Austerlitz la más gloriosa victoria de su reinado. La coalición es vencida. Cuarenta y cinco banderas caen a los pies del vencedor. Treinta

mil prisioneros desfilan ante él. Veinte mil cadáveres cubren el campo de batalla. El emperador pasa la noche en el castillo donde diez años antes Clemente celebró su boda con Leonor de Kaunitz.

Metternich está en Potsdam. Allí se entera de que sus efuerzos para hacer entrar a Prusia en la coalición antifrancesa han sido superados por los acontecimientos, y de que su emperador se ha visto obligado a ir al campo de Napoleon para implorar la paz.

SEGUNDA PARTE

FRENTE A NAPOLEON

I

Después de Austerlitz, Austria ha dejado de ser una gran potencia y tiene que renunciar a Italia, al Vorarlberg, al Tirol. Ha perdido la autoridad nominal que ejercía aún sobre los príncipes alemanes. En adelante, Napoleon tiene en sus manos el Sacro Imperio Romano Germánico, que organiza a su gusto. Distribuye coronas, da al príncipe elector de Baviera el título de Rey, casa a su sobrina con el duque de Baden, hace a su cuñado Murat gran duque de Berg y decide que Wurtemberg se convierta en reino. Finalmente, organiza la Confederación del Rhin.

Todo esto no es una creación artificial del genio de Napoleón. Los diplomáticos franceses han buscado y buscarán siempre la paz por el equilibrio. Es necesario tener en la misma Alemania aliados que amenacen al enemigo por el flanco y opongan a sus sueños de hegemonía una barrera ante las fronteras de Francia. Riche-

lieu, Mazarino, Vergennes no han descuidado medio alguno para extender la influencia francesa en el Este. Lo han conseguido particularmente en Renania. Napoleon continúa la política de su predecesores.

Renania, país intermedio entre Francia y Alemania, artificialmente unido al Sacro Imperio, es francés de corazón. En el siglo XVIII, en la calle de los Sacerdotes no se lee más que a Montesquieu, a Voltaire y a Juan Jacobo. Todo el mundo habla francés. «Se les enseña a los niños, antes que el catecismo y el padrenuestro.» «Antes que hablar en alemán, ladrarían como perros o gruñirían como cerdos», constata con indignación un polemista alemán. Los príncipes, deslumbrados por el fulgor de Francia, se vuelven naturalmente hacia Napoleon a fin de escapar de una manera definitiva a la autoridad de Viena. Un amigo personal de Metternich, el duque elector de Maguncia, da el primer paso publicando una obra sobre Carlomagno, en la cual, con alusiones muy claras, compara al emperador de los Francos con un Napoleon de aquellos tiempos, que da leyes a las tribus bárbaras y une a Europa en una civilización común.

No era necesario insistir demasiado cerca de Napoleon. La necesidad de defender a Francia contra vecinos poderosos plantea un problema eterno que los estadistas de 1919 no han sabido resolver. Han dejado en las fronteras francesas una Alemania intacta, rodeada de Estados desunidos, reducidos a polvo, y, por tanto, sin fuerza. Sin embargo, la solución estaba dada por la historia. En ella se inspiró el mariscal Foch, quien, en una nota de 27 de noviembre de 1918, preconizaba la formación de una Renania independiente. Proyecto realizable entonces, como lo prueban los levantamientos autonomistas de junio de 1918 y de octubre de 1923.

Con la Confederación del Rhin, el Sacro Imperio Ro-

mano Germánico pierde una gran parte de sus miembros, que pasan a apoyar a Francia y forman su primera línea de defensa. Después de su coronación, Bonaparte es el dueño absoluto de Europa. Francisco II comprende que, soberano de un imperio desmembrado en el que su autoridad es desconocida, no puede, sin caer en el ridículo, conservar el título de emperador del Sacro Imperio. Y renuncia a él, para tomar el más modesto de emperador de Austria.

Representante de un soberano vencido, ¿qué puede esperar Metternich de su misión en París? ¿Puede esperar algo más que humillaciones?

Cuando ocupa su puesto, Metternich tiene treinta y dos años. A su llegada a París, se entera de que su soberano ha renunciado al título de emperador del Sacro Imperio. No es más que el embajador de la monarquía hereditaria de Austria, considerablemente empequeñecida. Acaso hubiera podido sentirse herido por esta humillación, pero está demasiado convencido de su propia importancia. Su orgullo de señor feudal se conserva intacto. Y se presenta ante Napoleon con tal altivez, que se le podría tomar por el vencedor.

El emperador no es para Metternich más que un soldado con suerte, usurpador de una dignidad que sólo el nacimiento puede conferir. A Napoleon, que ha tropezado con tantos caracteres diferentes antes de llegar al poder supremo, le divierte la vanidad de su adversario, juzgándola inofensiva.

Las relaciones entre Metternich y Talleyrand son bien distintas. Bien pronto simpatizan e incluso intiman. Talleyrand da a entender que no aprueba la política exterior de Napoleon y que está dispuesto a contrarrestarla en todo lo posible. Sin descubrir sus cartas decisivas, deja adivinar que no sólo él mantiene esta opinión.

Durante los primeros meses de su estancia en París,

Metternich se limita a observar y a analizar lo que ve. Francia está agotada por guerras ininterrumpidas, cansada de tanta gloria. El prestigio de Napoleon comienza a decaer. El mismo emperador se da cuenta de ello. Necesita constantemente nuevos éxitos para justificar su despotismo ante sus súbditos y, sobre todo, ante los cómplices de su golpe de Estado. Los autores del 18 Brumario gustan de ser colmados de títulos y donaciones; no se consideran nunca suficientemente recompensados por sus servicios; no perdonan a su antiguo compañero de armas que se haya convertido en jefe y le reprochan que usurpe el poder en su exclusivo provecho. Metternich ve con agrado estas intrigas, que dirigen Talleyrand y Fouché. Por fortuna, éstos se detestan mutuamente, y el emperador, que lo sabe, se sirve del uno contra el otro. Aun en su propia familia encuentra resistencias. Se intriga en todas partes.

A Metternich no le bastan los informes de los confidentes ordinarios, a quienes paga con generosidad. Quiere que se le tenga al corriente de las más pequeñas manifestaciones de descontento contra Napoleon. Para ello necesita informaciones de buena fuente. Y no duda en salirse de las vías normales de la diplomacia. Se sabe seductor, y—siguiendo los consejos de su padre—va a aprovechar sus cualidades. Para conocer exactamente los secretos de la familia imperial, pone sus miradas en una de las hermanas de Napoleon, Carolina Murat, gran duquesa de Berg. Inteligente y espiritual, Carolina desconfía del joven diplomático. El propio emperador interviene, para rogarle que se muestre más amable con «este joven badulaque».

El deseo del señor será atendido, acaso con exceso. Carolina se convierte en la amante de Metternich.

II

Napoleon ha afirmado muchas veces—con toda sinceridad—, sin lograr nunca realizarla, su voluntad de paz. En efecto, su poderío, ¿no se basa en la fuerza? Condenado al triunfo, no puede hacer concesiones. A la menor debilidad por su parte sus enemigos levantarán cabeza. Esto será, acaso, el fin del régimen. Más vale la guerra, aunque no exista sino una posibilidad entre mil de vencer. Ha triunfado sobre Austria, Prusia y Rusia, pero no puede disfrutar su victoria. Tiene demasiados enemigos dispuestos a aprovechar la menor flaqueza. Para seguir siendo amo y señor está obligado a mantener tropas en Alemania, en Italia, en España; a llamar a filas nuevas quintas. Y esto no es un obstáculo precisamente para la guerra.

Prusia, tratada con cierta indulgencia en el convenio de Presburgo, puede elegir entre un acuerdo con Francia o con Rusia. Bajo la influencia de la reina Luisa, que sigue locamente enamorada del bello zar, el gobierno de Berlín opta por la segunda solución. Pronto estalla el conflicto que destruye en Jena la reputación legendaria del ejército de Federico II. Napoleon pasa la noche en Potsdam, donde encuentra en una consola de la reina, que ha tenido que huir precipitadamente, las cartas que le ha escrito el zar. Sin el menor escrúpulo, les da publicidad. Prosigue su marcha victoriosa, y obliga al zar a aceptar una alianza que reparte el continente entre los dos soberanos. Habiendo salido de Saint-Cloud el 25 de septiembre de 1806, no regresa hasta el 27 de junio de 1807, más cubierto de gloria que nunca.

En París, Metternich observa el efecto de estas victorias. Se da perfecta cuenta de que el país está cansado de una guerra que no acaba de entender. Austerlitz fué acogido con una explosión de júbilo. Jena sólo es celebrada con fiestas oficiales. Los tiempos han cambiado.

Después de Jemappes, los franceses aceptaron con entusiasmo la nueva cruzada que debía liberar las naciones de la tiranía de los monarcas. Hoy no se trata de liberar a los pueblos, sino de imponerles la voluntad imperial, de obligarles a renunciar a sus tradiciones, para sufrir sin asimilarlas las normas demasiado lógicas de la administración francesa y del código de Napoleon. Metternich condena esta violación de los usos y costumbres locales. Detesta a los ideólogos y las frases sonoras y vacías que emplean de manera absoluta, sin discusión posible. Ciertas palabras han de emplearse siempre en plural y no adquieren todo su valor más que gracias a sus antitéticas. ¿Qué es la libertad si se niegan los deberes? Por otra parte, la libertad no existe. No hay más que libertades que se poseen o que se quiere conquistar. La libertad absoluta, sin deberes, se traduciría en la anarquía, de la que sólo se aprovecharían los fuertes y los que carecen de escrúpulos. Las libertades, por el contrario, tienen en cuenta la dependencia de los seres humanos entre sí, sus zonas y sus posibilidades de acción, fijadas por leyes y convenciones, obtenidas por la tenacidad de los antepasados, siempre puestas a discusión por las generaciones sucesivas. La organización social supone un compromiso constante entre los derechos y los deberes, un equilibrio entre los servicios y las recompensas, lucha eterna en la cual todos están interesados. El que así concibe la sociedad no corre el peligro de dejarse ganar por las teorías abstractas que pretenden rehacer el mundo en función de un sistema.

Es el caso de Metternich. El 8 de febrero de 1807

puede, pues, escribir con satisfacción a Viena que la «opinión pública recibe con indiferencia la noticia de las victorias del emperador». Desde hace mucho tiempo, el pueblo no considera como suyas las empresas de Napoleon, no se alegra de sus triunfos. Por el contrario, los acoge con cierto malestar, pues prevé sus consecuencias. «El emperador llama a filas más soldados—escribe el 7 de abril—. Las quintas precedentes están todas en filas. Las autoridades envían los nuevos reclutas vestidos de paisano a Alemania, y allí se les da el uniforme en los almacenes militares.» La atmósfera se va cargando. Las familias acomodadas procuran librar a sus hijos del servicio militar, pero apenas pueden conseguirlo porque no hay quien quiera ir a la guerra. Se paga de veinte a treinta mil francos por un sustituto.

El gobierno hace todo lo que puede para crear un ambiente más favorable. Los periódicos no cesan de proclamar—cumpliendo órdenes que reciben de arriba—que la guerra está a punto de acabarse y que la victoria traerá una larga era de paz.

La Ópera prepara la representación de una obra titulada «El triunfo de Trajano», que glorifica al emperador, simbolizándole en Trajano al volver de su victoria sobre los bárbaros. Fouché discute los detalles del libreto con el autor. Los gastos de la representación corren a cargo del Ministerio de Policía.

A comienzos de julio, se sabe que Napoleón, tras la victoria de Friedland, se ha entrevistado con el zar en Tilsit para negociar el reparto de Europa. «Yo no sé —escribe Metternich el 26 de julio—si Napoleón ha logrado aliarse con el zar Alejandro. Pero aunque esta catástrofe se produjera, no le concedería gran importancia. El zar es caprichoso; el emperador, insaciable. Su amistad no puede durar mucho tiempo. Napoleon no se entiende con nadie. La proa de su alianza está,

probablemente, dirigida contra nosotros, pero Napoleon no se atreverá a declararnos la guerra si no tras madura reflexión. Su ejército está fatigado, deseoso de volver a casa. No puede pensarse en reclutar más soldados. Con una actitud digna y con sangre fría, confío que obtendremos ventaja en las semanas críticas que se avecinan.»

En agosto de 1807, Napoleon está en el apogeo de su poder. Todos los que le han atacado son ahora sus vasallos. Europa no tiene ya más que dos dueños: él y el zar. Este éxito no puede sino animarle a proseguir sus conquistas. Talleyrand, en vista de ello, se decide a dimitir. En efecto, es hostil a la política de conquista seguida por Napoleon. Desea el equilibrio. Para ello—concepción clásica de la diplomacia francesa—Francia necesita un aliado al Este, que domine a Prusia y frente a Rusia, a fin de poder consagrarse sin peligro a la política colonial cuya importancia ha expuesto Talleyrand anteriormente en un discurso leído en el Instituto «acerca de las ventajas a obtener de las nuevas colonias en las presentes circunstancias» (15 mesidor, año V; 3 julio 1797). En otro tiempo, las ambiciones de los Habsburgos amenazaron a Europa. Ahora, no hay problema. He aquí el aliado ideal para Francia, a cambio de ciertas ventajas. Talleyrand está decidido. Compensará a Austria, cediéndole Moldavia, Valaquia, Besarabia y una parte de Bulgaria. Así será contenida la expansión rusa. Pero el tratado de Tilsit acaba de hacer irrealizable esta política y ya nada puede hacer retroceder a Napoleon, que invade Portugal y tiende una emboscada al rey de España, al que destrona sin el menor escrúpulo. Metternich está convencido de que Napoleón quiere anexionar Austria para formar de nuevo el Imperio de Carlomagno. Después de España, Austria. Ningún soberano se considera seguro. Todos odian al tirano. Pero a Na-

poleon le tiene sin cuidado. Se cree seguro del apoyo del zar.

Y este apoyo, con el que cuenta, Alejandro no está decidido a dárselo. Se ha aliado con Francia porque no ha tenido otro remedio. Seducido un momento, se recobra en seguida. Esto lo sabe Talleyrand, pero Napoleon lo ignora. Fiado en su fuerza, no tolerará que haya soberanos independientes en Europa. Metternich escribe entonces a Viena: «Francia está obligada a destruir Austria. Napoleon no se detiene. Cuando ha devorado un Estado, prepara la incorporación de otro. Basta con echar una ojeada sobre el mapa para saber cuál será el siguiente.»

Por el momento, Austria no está en condiciones de resistir, pero puede retardar el conflicto. «Hemos de ganar tiempo—aconseja Metternich—, aplazar la decisión hasta que estemos preparados y seamos fuertes.» Ve con satisfacción que la pacificación de España le está costando cara a Bonaparte. Está convencido de que, si los patriotas españoles continúan distrayéndole, Austria tendrá tiempo de armarse y ser suficientemente fuerte para hacerle frente en buenas condiciones, y triunfar, al fin, del tirano.

Este día llegará, seguramente. Pero es preciso saber esperar.

III

Metternich, para tranquilizar a Napoleon, parece consagrarse únicamente a la frivolidad. En aquel entonces consuela a la duquesa de Abrantes, cuyo marido, Junot, está batiéndose en España. Más tarde, la duquesa contará la historia de sus relaciones con Metternich.

«Una noche se arrodilló ante mí, y me declaró su amor. Sus palabras fueron tan tiernas que mis ojos se llenaron de lágrimas y las fuerzas me abandonaron. De pronto, se levantó, me estrechó en sus brazos, juntó sus labios con los míos; abusando de mi debilidad me llevó hasta la gruta del jardín, y, cuando volví en mí, el pecado que tantas lágrimas me ha costado se había cometido.» Sin embargo, estas relaciones no hacen descuidar al brillante y ambicioso diplomático las que mantenía con la hermana del emperador.

Oigo los ecos indignados de los lectores virtuosos. ¿Cómo se entiende? ¿El embajador tiene dos amantes, sin contar las aventuras del azar, y engaña con semejante falta de escrúpulos a su mujer, la nieta de Kaunitz, a quien debe toda su carrera? ¡Qué inmoralidad! Escrúpulos burgueses. La nieta del gran canciller está por encima de estos mezquinos resentimientos. En tanto su marido justifique las infidelidades por motivos superiores, no solamente le excusa sino que está dispuesta a ayudarle. Anteriormente, para obtener buenos informes, hubo de galantear a la princesa de Curlandia y a la princesa de Bagracion. Hoy, por las mismas razones, es el amante de la gran duquesa de Berg y de la duquesa de Abrantes. Hay secretos que sólo se conocen en las alcobas.

Las relaciones de su hermana con Metternich dejan a Napoleon indiferente. La política solapada de Austria, que se arma en secreto, le exaspera. Destituye a Champagny, que peca por exceso de iniciativa, y llama de nuevo a Talleyrand, a quien desprecia, pero cuyo valor reconoce.

Talleyrand se mantiene fiel a su doctrina de colaboración con Austria. «He aquí el momento—dice a Metternich al ocupar su puesto—en que podemos empezar de nuevo nuestros conversaciones. Europa necesita de Aus-

tria y nuestro primordial interés es el de asegurar su vida como gran potencia.» Durante una hora le expone las razones por las cuales Francia necesita de una Austria poderosa. Ahora más que nunca, le inquieta la política exterior de Napoleon. Francia se ve envuelta por el mismo odio; las conquistas perpetuas e inútiles del Emperador la llevan a la ruina. Él desea tanto menos esta ruina cuanto que se expone a ser arrastrado en la catástrofe. Está, pues, decidido a traicionar deliberadamente a su señor y a pedir en nombre de Francia el apoyo del zar contra el tirano. Gracias a sus maniobras, a pesar del aparato desplegado, la entrevista de Erfurt no tendrá ninguno de los frutos que Napoleon daba por descontado obtener.

El emperador y el zar, al citarse en Erfurt, trataban de impresionar al mundo con esta reunión de soberanos, allí convocados como si fuera para rendirles homenaje. Austria no acepta ser tratada en vasallo. Indudablemente ha perdido gran parte de su poderío, pero su orgullo no se ha debilitado. Su Emperador quiere que Napoleon le trate de igual a igual. Es una cuestión de prestigio. A Napoleon no le desagrada humillar a Austria, porque sabe que, a pesar de sus denegaciones, continúa armándose. Metternich sostiene que su país no se arma contra Francia, sino porque es preciso que cuente con un ejército. Napoleón se niega a darle satisfacción. Si el Emperador Francisco desea tomar parte en la reunión, que vaya a cazar a Bohemia y que se presente en Erfurt como por azar. Metternich declina esta proposición. Las relaciones entre los dos Estados se hacen cada vez más tirantes. Las de Napoleon y Metternich se reducen, en adelante, a las inevitables fórmulas de cortesía.

—¿Cómo está Madame de Metternich?—pregunta invariablemente el Emperador al Embajador, quien, con calma imperturbable, le responde:

—Siempre igual.

La presencia de todos los príncipes de Europa en Erfurt señala su sumisión a las dos autocracias. Sólo Austria está ausente y no acepta el yugo. Semejante situación no puede durar. Napoleon se apresura a restablecer a su hermano José en el trono de España y a poner orden en este país con el fin de poder dedicarse a arreglar la cuenta pendiente con Austria.

Su rearme le da el pretexto.

—¿Queréis verme otra vez en Schönbrunn?—pregunta a Metternich.

—Mi Emperador desea, ante todo, que me tratéis con más respeto, pues represento a su persona—responde Metternich con altiva calma.

Napoleon, furioso, le agarra por la pechera. Pasada la cólera, encarga a Talleyrand que visite a Metternich para rogarle que olvide el incidente. Si se ha producido así, ha sido para impresionar a quienes estaban presentes. Metternich le es muy simpático personalmente. Y le ruega que no lo tome demasiado en serio.

Metternich encarga que le contesten:

—Decid a Su Majestad que yo no lo he tomado nunca en serio.

Pocos días después, Napoleon declara la guerra a Austria. Metternich solicita sus pasaportes. Y se le contesta que, de momento, no puede abandonar París.

IV

El Emperador Francisco seguía la batalla de Wagram desde lo alto de Bisamberg.

—¿Quién manda el ala derecha?—pregunta.

—El general Rosenberg.

—¿El general Rosenberg?—dice el Emperador—. Pues bien. ¡Estamos aviados!

Media hora después, el ala derecha huía en desorden. En vista de lo cual, el Emperador declara, con el tono de quien ve confirmados sus pronósticos por la evidencia:

—Señores, podemos retirarnos.

Napoleon cumple su palabra. Por segunda vez, se instala en Schönbrunn. Pero ahora su triunfo no es completo. El ejército austriaco no ha sido destruído. Ha estado a punto, él mismo, de caer en una emboscada, cerca de Lobau. A pesar de la pérdida de Viena, Austria no pide la paz, decidida a luchar hasta el fin. El archiduque Carlos reorganiza sus tropas en Bohemia. Por primera vez, Napoleon vacila. Proseguir las operaciones y caer sobre el ejército austriaco antes de que esté presto, puede poner en peligro los resultados obtenidos. Por otra parte, en España tiene ocupados 200.000 hombres. Los ingleses se han apoderado de la isla de Walcheren. Al conocer la noticia, Fouché, en todo momento dispuesto a la traición, convoca la guardia nacional y confía su mando a Bernadotte, siempre furibundo rival de Napoleon. La opinión pública está inquieta. Es preciso acabar a toda prisa la campaña para poner orden en el interior. Pero, ¿con quién tratar? Francisco II, refugiado en Hungría, no da señales de vida. Entretanto, Metternich abandona París, dejando allí a su mujer, y va a unirse a su emperador, que le ha nombrado ministro de Estado en lugar de Stadion. Metternich expone las razones que le fuerzan a rehusar. El Emperador le ataja:

—*Das ist also ich kann es nicht ändern.* («Así es y no puede ser de otro modo».)

Sinceramente patriota, Metternich está dispuesto a no aceptar más que unas condiciones de paz compatibles

con el honor de Austria. Durante su estancia en París se ha dado cuenta de que la posición de Bonaparte no es tan sólida como creía. La alianza con Rusia no es más que un cebo. Talleyrand y Fouché conspiran contra el régimen. El pueblo está harto de estas guerras eternas, cuya utilidad nadie comprende, pero cuyas consecuencias sufren todos. Napoleon lo sabe perfectamente. Si Metternich aprovechara la ocasión, obtendría una paz, si no ventajosa, por lo menos equitativa. Pero el diplomático quiere redondear demasiado las cosas. Cuenta con la rebelión del Tirol, con la agitación nacional en Prusia, con la reprobación general causada por el rapto del Papa... Pretende reunir en su mano todos los triunfos del juego... y deja pasar la ocasión.

En efecto, la situación cambia. Los ingleses evacúan Walcheren. El levantamiento de España es ahogado. Napoleon puede imponer su voluntad. E intima al Emperador Francisco a que le envíe uno de sus generales para comunicarle sus condiciones de paz. El general se presenta. Se le entrega un pliego cerrado, cuyo contenido ignora. Apenas ha abandonado el palacio, unas salvas de artillería anuncian a los vieneses el fin de las hostilidades. El general, pasmado, se ve rodeado de oficiales franceses que le felicitan por el éxito de su misión. El emisario explica que no tiene atribuciones para negociar, que no es más que un simple intermediario. Intenta ser llevado a presencia de Napoleon. Pero le contestan que el Emperador ya no está en Schönbrunn. No le queda más remedio que volver a Hungría para contarle a su soberano la jugada que le han hecho.

Francisco II se indigna. Evidentemente, podría denunciar el engaño. Pero esta declaración tendría repercusiones de desagrado en las multitudes, ebrias de júbilo. Por otra parte, rehusar las condiciones impuestas por Napoleon significaría reanudar una lucha inexora-

ble. En su impotencia, Francisco II se resigna a aceptar las condiciones de Francia. Austria pagará una indemnización de guerra de 85 millones de florines y limitará sus efectivos a 150.000 hombres.

V

Metternich ocupa el sillón de Kaunitz. Desde este mismo despacho, el abuelo de su mujer ha dirigido la política austriaca. El gabinete de trabajo está aún impregnado de su presencia. En él, su personalidad se impone todavía. Todo recuerda a Metternich su ilustre predecesor. Naturalmente, antes de tomar una decisión, se pregunta: «¿Qué haría Kaunitz en mi caso?»

Las dos carreras son, por otra parte, bastante parecidas. Kaunitz también ha representado a Austria en París en circunstancias penosas: después del tratado de Aquisgran, casi tan humillante como el de Presburgo. Entonces, Francia se unía a Europa contra la casa de Austria, en la cual veía siempre al enemigo secular. Sin embargo, Kaunitz logra triunfar de la coalición, y por la famosa inversión de las alianzas reconcilia a Francia con Austria. Esto, ¿será posible ahora? En efecto, soñar en una venganza cuando el país no se hà restablecido de los sacrificios impuestos por las hostilidades, sería una locura. La ruta a seguir será trazada por la tradición misma de la diplomacia austriaca, que ha preferido siempre el matrimonio a la guerra. ¿No está vivo el ejemplo de Kaunitz para animar a Metternich por este camino? Sin duda, la situación es diferente. Kaunitz hablaba en nombre del Imperio alemán. Metternich, en nombre de una Austria disminuída. Pero a pesar de todo... Una oferta de matrimonio no puede sino hala-

gar al soldado sin blasones. Mas para que este acuerdo tenga su pleno valor, es necesario que la demanda emane de Napoleon. No se debe correr el riesgo de una negativa humillante.

El proyecto no es irrealizable. Todo el mundo sabe que Napoleon está decidido al divorcio, a fin de concertar una nueva unión que asegure el porvenir de la dinastía, ya que Josefina no puede darle herederos. Se habia puesto al habla con el zar, con cuya hermana deseaba contraer matrimonio. Pero las negociaciones se arrastran lentamente. La madre del zar no quiere dar su hija al «Minotauro», mas se evita una negativa brutal que puede malquistar Rusia con Francia.

Napoleon se irrita ante el retraso y piensa en una archiduquesa austriaca. La esposa de Metternich, que sigue en París, informada oportunamente, va a llevar la negociación con mucha destreza. Da a entender que una demanda en tal sentido sería favorablemente acogida en Viena. Para tener informes más precisos, Napoleon, durante un baile de máscaras, al que acude bajo disfraz —vana ilusión, pues se le reconoce siempre por su balanceo al andar y por la costumbre de llevarse las manos a la espalda—, aborda a la esposa de Metternich acerca del asunto que le preocupa.

—¿Habéis oído hablar, bella mascarita, de que el Emperador tiene la intención de divorciarse para contraer nuevo matrimonio?

—Se habla de ello.

—¿Y sabéis a quién elegirá?

—Acaso.

—¿No se le rechazará?

—Habría que verlo.

El Emperador insiste:

—Contestadme. Si fuerais vos la archiduquesa, ¿os uniríais a Napoleon?

—¿Yo? ¡Nunca!

—¡Mala persona!...

La esposa de Metternich cuenta inmediatamente esta conversación a su marido. Éste comprende el juego. Napoleón quiere asustar al zar con la amenaza de un matrimonio austriaco. La hipótesis se confirma en seguida por una conversación entre Josefina y la esposa de Metternich el 3 de enero de 1810.

La emperatriz—conserva su título a pesar del divorcio—, después de unas frases amables, declara a la esposa de Metternich:

—He oído decir que el Emperador tiene intención de casarse con la archiduquesa María Luisa. Ayer le pregunté si era cierto y me contestó que todavía no estaba decidido. Pero tengo la impresión de que se declararía si no temiera exponerse a una negativa. En cuanto a mí, deseo de todo corazón esta alianza que justificaría mi sacrificio.

Unos días más tarde, durante una velada, el Emperador aborda a la esposa de Metternich y se informa sobre la familia imperial. La señora de Metternich comunica esta conversación a su marido, el cual le envía nuevas instrucciones:

—Muéstrate reservada. Nos interesa que la sugestión venga de Bonaparte.

Pero no cuenta con la vivacidad del Emperador, que, una vez decidido, no deja que las formalidades retrasen su propósito. Ante las vacilaciones de la Corte de Rusia, declara al embajador de Austria que tiene la intención de casarse con la archiduquesa María Luisa.

—Exijo una respuesta en el plazo de veinticuatro horas.

—En tan poco tiempo es materialmente imposible hacer llegar a la Corte austriaca la proposición de Vuestra Majestad, y, menos, obtener la respuesta.

—Si no tengo respuesta en este plazo—contesta secamente Napoleon—considerad mi oferta como no formulada.

—En tal caso, señor, es superfluo incluso este breve plazo. Puedo afirmar a Vuestra Majestad que la Corte de Austria acepta vuestra demanda.

Napoleon ha cazado a Metternich en su propio lazo. Ha comprendido que el solo objeto de la diplomacia austriaca era arrancarle concesiones. Y precipita los acontecimientos para obtener por fuerza lo que no se le quería dar sino como objeto de transacción.

VI

María Luisa está a punto de desvanecerse, cuando se entera de que el monstruo que había humillado y despojado a su padre y a los suyos, exigía su mano. ¡Emoción natural! Pero se resigna pronto. E incluso se alegra de su próxima situación. María Luisa no es la Ifigenia que algunos han querido ver en ella. De otro modo, todas las princesas serían unas víctimas, ya que todas ellas deben someterse a la razón de Estado.

Contenta y llena de infantil curiosidad, no cesa de interrogar al embajador de Francia: «¿Cómo es el Emperador? ¿La dejará vivir a su gusto?» El embajador la tranquiliza lo mejor que puede: «El Emperador no desea sino una cosa: que su mujer le quiera y que sea dichosa».

Al fin, llega el mariscal Berthier, encargado de acompañar a María Luisa. Después del matrimonio por poderes, en el cual el archiduque Carlos reemplaza a Napoleon, María Luisa ha de emprender el viaje. Se despide de su familia y de su séquito, visita por última vez

sus habitaciones; contempla, enternecida, los retratos de sus padres, sus muebles, sus bordados, sus dibujos, sus canarios, y prorrumpe en llanto al decir adiós a su perrito. Hubiera deseado llevárselo a París. La Corte de Viena se opone, porque sabe cuánto odiaba el general Bonaparte al perro de Josefina, cierto Fortunato que se acostaba en su cama, compartía su intimidad y un día llegó a morder a su amo. Berthier se emociona ante este disgusto, y tiene una idea.

Pasan varios meses. Una noche, María Luisa está sola con Napoleon. De pronto, el emperador coge del brazo a la emperatriz y la lleva a lo largo de un pasillo. Ante una puerta cerrada, se detienen. Napoleon la abre bruscamente, diciendo:

—Una pequeña sorpresa.

La habitación es el «boudoir» de María Luisa en Schönbrunn, reconstruído gracias al celo de Berthier. Todo había sido traído de Viena: los retratos familiares, los bordados, los dibujos, los canarios... ¡Hasta el perrito!

VII

La archiduquesa deja Viena el 13 de marzo de 1810. Su familia la acompaña hasta San Pölten. Sus damas de compañía y sus chambelanes la siguen hasta la frontera.

Napoleon espera impaciente a María Luisa. Debe recibirla en Compiègne, pero cuando se entera de que la comitiva ha partido de Vitry-le-François para Soissons, tiene una idea: salir de incógnito al encuentro de su mujer, como si fuera un simple oficial encargado de llevar una carta del Emperador. Pensado y hecho. Se pone el uniforme verde de los cazadores de la Guardia,

que llevaba en Wagram—orgullo o superstición, pues es en Wagram donde ha ganado a María Luisa—, y bajo una lluvia torrencial sube a un coche sin distintivo alguno.

Al llegar a Soissons, espera a la comitiva guareciéndose en un bosque. Su deseo era ser tomado por un simple mandatario, pero un caballerizo le reconoce, hace parar la carroza de María Luisa y abre la portezuela anunciando: «¡El Emperador!». Napoleon lanza una mirada furiosa contra el imbécil que echa por tierra su plan, y sube al coche.

Su primera impresión es favorable. María Luisa, a decir verdad, no es hermosa; sus ojos carecen de expresión y su boca es grande. Pero está bien formada y su aspecto es sano y de lozanía. Napoleon encuentra en ella las cualidades de que carecía Josefina. No tarda en acariciarla, en besarla..., y ordena que se emprenda en seguida el camino hacia Compiègne, donde pasarán la noche.

Se ha reprochado a Napoleon haber adelantado los acontecimientos. Pero, ante la Iglesia, está legítimamente casado por la ceremonia realizada en Viena. María Luisa, por otra parte, había tenido buen cuidado en informarse, antes de ceder a su marido.

Al día siguiente, Napoleon sale de la alcoba de su mujer con cara radiante. Y declara a Duroc, al tiempo que le da un tirón de orejas:

—¡Hay que casarse con una alemana, amigo mío! Son dulces, candorosas y frescas como una rosa recién cortada.

Después, vuelve junto a María Luisa y ordena que sirvan el desayuno cerca de su lecho.

VIII

Al día siguiente, atraviesan Soissons nuevas carrozas austriacas. Es Metternich con su séquito. Tenía que haber salido con María Luisa para ser testigo de la recepción que le estaba preparada, pero antes de partir de Viena quería saber si había sido resuelto en París un asunto bastante enojoso para él.

Durante su embajada en Francia, Metternich era a la vez amante de Carolina Murat y de la esposa de Junot. Un día, en un baile de máscaras, Carolina, celosa, ha dejado caer estas palabras al oído del general:

—Si quieres saber los secretos de tu mujer, registra sus gavetas y busca un paquete de cartas atado con una cinta color de rosa. Lo demás, corre de tu cuenta...

Junot corre a su casa, encuentra las cartas, y a la madrugada tiene una escena espantosa con su mujer, que ha pasado la noche bailando, sin sospechar lo que la esperaba. El general amenaza incluso con matarla, pero se contenta con destrozar todo lo que cae al alcance de su mano. Después, agarra la pluma y escribe a Metternich:

«Conde: habéis destrozado mi honor, sin que yo os hubiera hecho el menor daño. Habéis roto mi felicidad conyugal. Me debéis una reparación. Estaré en Maguncia el 15 de febrero. Os dejo elegir las armas: pistola, espada o sable. Lo que prefiráis. Sólo importa que uno de los dos quede sobre el terreno.»

Mientras busca penosamente las palabras—pues, como ocurre a muchos soldados del Imperio, su instrucción es muy rudimentaria—su cólera redobla. Va al encuentro de su mujer y la golpea furiosamente.

Su carta no tiene respuesta. Junot, exasperado, va a contarle la aventura a la esposa de Metternich, quien le recibe sin ocultar cierto desprcio.

—Calmaos—le dice—. No me explico vuestra excitación. En nuestro mundo, éste no es un caso tan extraordinario...

Y le hace ver a Junot que su actitud carece de corrección y no es razonable, con tal superioridad, que el general se avergüenza de su arrebato y se ablanda.

Es esta aventura lo que retarda la llegada de Metternich. No es que le dé miedo un duelo. Pero le horroriza el escándalo y teme el ridículo de verse mezclado en un caso de adulterio siendo ministro de Estado. Antes de ponerse en camino quiere tener la seguridad de que el asunto está zanjado. Al fin, recibe una carta de su mujer, que le tranquiliza:

«Por lo que se refiere a tu aventura con la esposa de Junot—escribe—ha dado mucho que hablar. Afortunadamente, el Emperador no está enfadado. El otro día me dijo: —Señora, mire si la gente es mala que incluso cuenta chismes a propósito de mi hermana y de su marido...»

Fina ironía, pequeño arañazo inocente, pues los dos saben que Carolina es la amante de Metternich. A este respecto, Napoleon es tan tolerante como la esposa de Metternich.

IX

Desde el punto de vista político, Metternich no consigue nada en París. Pero se le ofrece generosamente cuanto puede halagar su vanidad y su ambición. Napoleon le abraza y le recibe como si fuera de la familia.

Los ministros, la ciudad, las autoridades, le festejan. Y puede comunicar a Viena con orgullo:

«Nunca se ha acogido a un extranjero en Francia con más honores y con más entusiasmo.»

Asiste a la ceremonia nupcial, en la que oficia el cardenal Fesch en el salón cuadrangular del Louvre transformado en capilla. María Luisa lleva un traje bordado de diamantes. Tres reinas llevan la cola. Por la noche, Metternich brinda en honor del «Rey de Roma».

Napoleon, en efecto, ha elegido para su heredero este título, en otro tiempo ostentado por el sucesor elegido por el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Al atribuirlo a su hijo, Bonaparte afirma que es el único Emperador, el dueño exclusivo del mundo. Es perfectamente feliz.

Enamorado de su mujer, cambia sus hábitos de vida. El trabajador empedernido pasa horas y horas junto a su esposa, la agobia cariñosamente, la oye tocar el arpa, le sostiene el hilo de la madeja. No quiere que haya a su lado ningún hombre, y para evitar la presencia de un profesor de equitación, él mismo le da lecciones, y pasea con sus medias de seda sobre el serrín del picadero.

«Os equivocáis, si creéis que el Emperador me da miedo—escribe María Luisa a su familia—. Es él quien me teme a mí.»

¿Qué tiene la pequeña archiduquesa para atraer tan fuertemente al conquistador siempre victorioso? Nada extraordinario. Ni muy bonita, ni muy inteligente, es joven, dulce, lozana, regordeta. La esposa de Junot, que cuando se celebró la boda estaba en España con su marido—la reconciliación fué completa—, nos da su impresión sobre su nueva soberana, a la cual es presentada a su regreso:

«María Luisa tenía entonces diecinueve años. Su talla

era corriente, y si sus hombros y su pecho hubieran tenido menos volumen, podría haber presentado un aire agradable. Pero de lo que carecía por completo era de gracia. Jamás mujer alguna estuvo tan desprovista de ella. Tenía, es cierto, un conjunto, pero borroso. Nada estaba en armonía. Era una mirada mongólica con una boca austriaca. Eran fragmentos de Rubens, y brazos y manos de una delgadez, o, más bien, de una mezquindad, ridícula. Una gran lozanía, hermosos cabellos, tales eran los encantos que habían seducido a Napoleon, de quien no se puede decir que no estuviera habituado a contemplar bellos rostros. Sea como fuere, estaba enamorado, muy enamorado, de María Luisa. Es un hecho cierto.

»Como había avanzado con paso rápido para llegar más pronto ante la emperatriz, hube de acortarlo en el momento de franquear la puerta, al acordarme de que era una princesa alemana y de que yo no podía olvidar ninguna de las maneras cortesanas que había aprendido en la etiqueta extranjera. Entré, pues, pausadamente, hice mis tres reverencias y esperé en silencio que hablara Su Majestad...

»Es sabido que su fuerte no era la conversación, sobre todo fuera de la intimidad. Sin embargo, no podíamos, ni ella ni yo, pasar todo el tiempo de la audiencia contemplándonos, y no me correspondía empezar a mí.

»Fué ella, en efecto, quien, después de haberme mirado atentamente, con aire simpático, rompió el hielo preguntándome cuánto tiempo había estado en España. Después, si había estado en Madrid. Si hacía mucho calor. Si yo criaba a mi hijo. Si estaba junto a Junot cuando fué herido.

»¡Oh! Esta última pregunta, hecha de repente, completó el encanto. ¡Dios mío! ¡De qué miserables sentimientos, tan fáciles a la emoción, está hecha nuestra

A.M.H. MUZEUM KÖNYVTÁRA

pobre naturaleza! Y cómo se comprende a Madame de Sévigné, cuando exclamaba, después de haber bailado con Luis XIV: —¡Qué gran rey tenemos!

»—Y bien, ¿qué decís?—me preguntaron más de treinta personas a las que vi el mismo día.

»—Encantadora. Incluso, me parece bonita. ¿Cómo deciais que no lo era?

»Quien recibió este reproche se limitó a sonreír, eludiendo la respuesta.

»Algún tiempo después hubo reunión en la Corte. Ésta guardaba luto todavía. Me habían dicho la misma noche de mi presentación, que la emperatriz afirmaba que yo era una de las damas que mejor hacía la reverencia de cuantas había visto en Francia. ¿Lo dijo efectivamente? No lo sé. Pero, evidentemente, ello acabó de decidir mi impresión favorable. También yo, cuando vi de nuevo a María Luisa en la reunión, la encontré aún más encantadora, con sus rubios cabellos y su cuello blanco como el de un cisne. Me habló de España, otra vez, para preguntarme si hacía tanto calor como en Francia, y yo encontré el tema de España tan agradable para mí como espiritual en ella. Una soberana realza su simpatía con el acierto en elegir temas de conversación. Vino el tercer encuentro. Y España fué aún el tema de la emperatriz. Esta vez empecé a considerar la cosa un poco repetida...»

X

Durante esta nueva estancia en París, Metternich descubre un nuevo Napoleon. Como todos aquellos por los cuales Bonaparte se ha preocupado, es seducido. Durante su embajada, encontró al Emperador imperativo, or-

gulloso y mal educado. Y ahora ve en él un hombre amable, sencillo, de concepciones a menudo discutibles pero siempre interesantes. Lo estudia atentamente.

Napoleon tiene con él, a solas frecuentes entrevistas. Le cuenta sus proyectos sobre Prusia, Rusia, Silesia, Oriente; sobre la posibilidad de un cambio de dinastía en Suecia. Y le comunica sus ideas acerca de la dominación del mundo.

Metternich escucha con religioso silencio estas disertaciones, edificadas sobre un conocimiento sorprendentemente preciso de los hechos, pero cuyas conclusiones no tienen en cuenta la realidad. De sus conversaciones obtiene muchas enseñanzas. Pero las afirmaciones de Bonaparte le inspiran lástima y aversión. Admira la profundidad de espíritu y la osadía de sus concepciones, su genio político y estratégico, convencido de que su fuerza y la insignificancia de sus adversarios le permitirán realizar algunas de sus ambiciones. Sin embargo, al despedirse del Emperador, tiene siempre la sensación de que hay un error inicial en sus proyectos y que la unión del continente bajo la hegemonía francesa no pasa de ser una utopía.

Napoleon, sin escuchar más que los dictados de su genio, destroza la Europa antigua. Amalgama pueblos diferentes, sin tener en cuenta su pasado y sus tradiciones. Intenta empujar al zar hacia Asia, en sentido contrario al impulso de Pedro el Grande... Empresa artificial, pues no existe más que en la imaginación de un hombre y no en los factores históricos, geográficos y demográficos que dirigen la política. ¿Cuánto tiempo puede durar una obra semejante? Por todas partes aparecen ya grietas, que hay que tapar con sangre. Mientras Napoleon conserve su fuerza, el edificio se mantendrá en pie. Pero, ¿y después?

¿Se da cuenta Napoleon de que imponiendo a los pue-

blos una administración central y su código civil prepara otra utopía que se llamará los Estados Unidos de Europa?

Metternich no tiene confianza en estos vastos proyectos. Contra los que no quieren ver en Napoleon más que el hombre que ha metido en cintura a los jacobinos, siente gran admiración hacia su genio administrativo, pero no le considera un hombre de Estado constructivo.

Napoleon, que llega al poder por un golpe de Estado, hace tabla rasa de todas las tradiciones. Metternich, por el contrario, no tiene fe más que en aquello que se justifica en el pasado. Actitud instintiva de gran señor, penetrado de las tradiciones familiares. A veces pasa por cínico, pero está persuadido de que la organización actual del mundo es justa, ya que en ella tienen todos lo que les es indispensable en función de su utilidad social. El mundo no es propiedad de un hombre que lo moldee a su capricho. Numerosas generaciones lo han hecho como es, con sus instituciones que, a pesar de algunas injusticias aparentes, son hijas de la fuerza de las circunstancias. Los privilegios y los derechos están netamente delimitados, no solamente según los méritos de los actualmente beneficiados, sino también según los méritos de sus antepasados, lo cual justifica la posesión. Quien quiera modificar esta evolución normal en nombre de una doctrina, no es un libertador, sino un tirano.

Para Metternich, Napoleon es un revolucionario coronado que, gracias a sus méritos personales, determina un momento de la historia. Ahí están los hechos. Es el dueño y el legislador de Europa. Ha de aprovechar la ocasión. Por otra parte, su matrimonio viene a sancionar sus conquistas. Si el Emperador Francisco le ha aceptado como yerno, nadie tiene derecho a considerarle como un aventurero o un usurpador.

Metternich está propicio a considerar a Napoleon como el legítimo soberano de Francia. En vez de combatirle, desea entenderse con él para moderar su ambición, a mayor gloria de la Casa de Austria. Napoleon habrá de convenir, más pronto o más tarde, que Francia por sí sola no puede aspirar a la dominación de todo el continente. Le será forzoso aliarse con uno de sus rivales: el Zar o el Emperador. Rusia, siempre poderosa, será constantemente una amenaza para Francia, mientras que Austria, vencida, no puede inspirar desconfianza. ¿Por qué el Emperador no habrá de compartir con Napoleon la dirección de Europa? Para ello bastará con anular las cláusulas del tratado que limitan los armamentos de Austria, con el fin de permitirle que pueda extender su autoridad a los países situados en su zona de influencia. Esta idea no es irrealizable. Incluso entra en el interés de Francia. Basta con que Napoleon se convenza de la lealtad de Austria.

A Metternich le sobra astucia para hacer ofrecimientos concretos. Se limita a manifestar incesantemente sus sentimientos amistosos hacia Francia. Su principal agente es María Luisa. Como Kaunitz, ha casado una archiduquesa con el soberano de Francia. Como Kaunitz, quiere que la archiduquesa sea el instrumento de su política.

«Napoleon está enamorado de su mujer—escribe—. Es débil, y si la Emperatriz logra influir sobre él, como conviene, podrá prestar grandes ervicios a su familia y a Europa.»

Es exactamente lo mismo que decía Mercy-Argentau de María Antonieta.

En efecto, Napoleon es completamente feliz. La revolución está legalizada. Su obra se ha consolidado. Está encantado de su mujer, dulce y sumisa. No tiene más que una idea: la de vivir en paz con todo el mundo.

¿Será posible que hasta la misma Inglaterra, ante sus intenciones de reinar con moderación y benevolencia, cese de luchar contra él?

«¿No tenía derecho a disfrutar de algunos momentos de felicidad?», escribirá en Santa Elena.

Y da pruebas de sus buenas intenciones. A petición de María Luisa, anula la cláusula que limita los efectivos del ejército austriaco a ciento cincuenta mil hombres. Concede una moratoria para el pago de la indemnización de guerra. Devuelve a Metternich y al general Schwarzenberg—embajador de Austria—las propiedades que les ha quitado el rey de Wurtemberg, y cuando Metternich regresa a Viena, le hace valiosos regalos.

Al año siguiente, viene al mundo el tan deseado heredero. El alumbramiento es laborioso. Napoleon no vacila en recomendar al médico que sacrifique al niño para salvar la vida de la madre. Cuando entra en la habitación de su mujer, tras una penosa espera que dura veintiséis minutos, sólo ella le interesa. Ni siquiera tiene una mirada para el niño, que está, rígido, acostado sobre el cubrecama. Le cree muerto. Madame de Montesquieu le frota con paños calientes y le hace ingerir unas gotas de aguardiente. Por fin, el niño respira y comienza a berrear. Napoleon entonces lo arranca de los brazos de las nodrizas, le besa en la frente y se lo lleva consigo. Los cañones retumban. La gente cuenta los cañonazos. ¡Veintiuno! ¡Veintidós! ¡Es un varón! El entusiasmo es inmenso. Napoleon, tras los cortinajes de la habitación de su mujer, observa la alegría de la multitud. El rey del mundo solloza...

Su heredero recibe los nombres de Napoleon, Francisco, José, Carlos. El Emperador presenta a la corte al Rey de Roma, acostado en suntuosa cuna, regalo de la ciudad de París.

«Soy infinitamente feliz—escribe María Luisa a su pa-

dre—. Desde que ha nacido mi hijo quiero aun más a mi marido. Es muy afectuoso.»

XI

Dos años atrás, Cambacéres decía, hablando del proyecto de boda de Napoleon:

«Se case con la hermana del zar o con la hija del emperador, lo cierto es que, tarde o temprano, entrará en guerra con la dinastía a la cual no se haya unido.»

Sin duda alguna, el propio Napoleon estaba convencido de ello. Pero el Emperador de Austria le necesita y, por otra parte, su alianza con los Habsburgo legaliza su protectorado sobre Alemania. Puede, pues, abrigar la esperanza de evitar el conflicto con Rusia, atemorizada por este acuerdo entre las dos grandes potencias europeas, y, a favor de la paz, llevar a cabo el bloqueo continental que le permitirá destruir al fin a su enemigo implacable: Inglaterra. Estas esperanzas se verán defraudadas.

Los alemanes soportan cada vez más penosamente la dominación francesa, con su administración centralizada. La sufren tanto más, cuanto que la ocupación ha despertado en ellos el sentimiento nacional.

Sin duda, ningún Estado alemán tiene la osadía de alzarse abiertamente contra la autoridad imperial. Pero nadie se decide a poner freno a la actividad de las organizaciones secretas que excitan a la opinión contra el Emperador con una propaganda jacobina y nacionalista. Estas organizaciones atacan a Napoleon por traidor a la Revolución en el interior, porque ha restablecido el poder absoluto; y, en el exterior, porque no ha devuelto la existencia a las nacionalidades oprimi-

das. Sólo Metternich se opone a esta tendencia. No por lealtad a Napoleon, sino porque desconfía de este impulso de las masas, de estas reivindicaciones sociales y nacionalistas que tienen el riesgo de arrastrar a no pocas aventuras. Su actitud ha sido severamente criticada.

La revolución ha despertado grandes esperanzas en Alemania. Goethe, Kant, Hegel, la han exaltado. La tiranía de Napoleon modifica estos sentimientos. Las conspiraciones se multiplican. Sobre todo, se funda una asociación que bajo el nombre de *Tugendbund* trata de luchar contra el extranjero y de restablecer las viejas costumbres. Sus miembros reivindican la Edad Media, época en que Alemania era grande y fuerte. Algunos van más lejos aún, y quieren restablecer la religión ancestral de Thor y de Wotan.

Todo esto no sería más que una carnavalada, entretenimiento de algunos jóvenes románticos, pero interviene la tragedia. La «Santa Vehme» suprime a todos aquellos que considera peligrosos para la causa nacional. Todos sus componentes están unidos por un mismo sentimiento: el odio al extranjero—sentimiento que se vuelve a encontrar en los discursos de Fichte a la juventud alemana, en Kleist, y en el «padre de la gimnasia», Jahn, que crea organizaciones deportivas con el fin de preparar a la juventud para la guerra de la independencia.

Este movimiento tiene su base en un orgullo racial. Los alemanes ocultan deliberadamente su ambición bajo una apariencia mística. Lutero ha exaltado a Alemania dándole una nueva religión, puramente alemana. Los moralistas del siglo XIX serán los precursores del movimiento nacional socialistá. Proclaman ya la degeneración de los franceses y la superioridad de los germanos. Algunos llegan a proponer que se deje una franja de

terreno desierta entre los dos pueblos para que el microbio francés no pueda invadir la pura Alemania.

Metternich comprende el peligro de un nacionalismo tan estrecho. Algunos de sus biógrafos lo presentan como simpatizante con este movimiento, al cual no se habría opuesto sino por no creer llegada su hora.

Su actitud fué, sin duda, más sutil. Él quiere llegar a la paz por el equilibrio. Este movimiento popular y nacional puede comprometer una cosa y otra. Y adopta ante él una posición clarísima. Pero pierde su popularidad, y llega a arriesgar su vida, pues el tribunal de la «Santa Vehme» le condena. No importa. Metternich prosigue su lucha contra lo que considera una locura.

Por otra parte, si Metternich se opone a este movimiento es, sobre todo, porque tiene confianza en la alianza francesa. Convencido de que Napoleon habrá de medir sus armas con las del zar, da por descontada la victoria francesa. El mundo pertenecerá entonces a Austria y a Francia. Cuando Napoleon, al fin, parte para Rusia, Metternich escribe al embajador en San Petersburgo:

«Rusia está perdida. El ejército ruso no puede detener la marcha de Napoleon.»

Su buena disposición queda demostrada con la aportación de treinta mil hombres y con la promesa de más tropas.

Los primeros éxitos de Bonaparte parecen darle la razón. Bien pronto, el ejército francés está en Moscou. Pero la heroica campaña se prolonga. Napoleon no logra enfrentarse con las fuerzas rusas en una gran batalla, que es la única que podría darle la victoria definitiva. Y, ante el invierno, ha de batirse en retirada.

La noticia del desastre desalienta a París. El general Malet, secundado por algunos cómplices oscuros, hace circular el rumor de que Napoleon ha muerto e intenta

sublevar la guarnición de París. Pero, de pronto, llega Napoleon. Para restablecer la situación interior, ha abandonado a su ejército, que se arrastra cubierto de harapos a través de Alemania, como una caricatura de su gloria pasada. Pero Alemania ve la derrota, mide sus consecuencias, y el movimiento del *Tugendbund* extiende su influencia por todo el territorio. El comandante en jefe de las tropas prusianas, general York, firma el armisticio con los rusos.

Tan sólo Metternich no abandona a Napoleon.

«Ha llegado el momento histórico de Austria», declara a uno de sus confidentes.

Está decidido a oponerse a quienes crean que es la ocasión de acabar con el monstruo de Córcega. Su éxito no haría más que determinar el caos. No se trata de hacer expiar sus culpas a Napoleon. Hay que restablecer el equilibrio, ahora amenazado por Rusia. Y el 30 de diciembre de 1812 escribe:

«De acuerdo con mi emperador, voy a salvar el trono de Napoleon, por consideración a María Luisa y a su hijo.»

Su actitud no tiene nada que pueda sorprender. Es lógica. Napoleon está vencido. El peligro, ahora, viene de Rusia. Es preciso impedir que el zar logre nuevas victorias. Austria, interviniendo entre los dos adversarios, se convertirá en árbitro de la situación. Y Metternich podrá realizar su gran ambición: devolver a su país el pasado esplendor. A fin de estar preparado para imponer su decisión, apelando a la fuerza si es necesario, acelera el rearme.

La política de Metternich es impopular.

«Mi situación es cada día más intolerable—advierte—. Tengo miedo de ser asesinado.»

Este temor no carece de fundamento. La policía detiene a dos oficiales que preparaban un atentado contra

él. En vista de ello, Metternich ordena la detención de los agitadores nacionalistas y francófobos. Pero su labor más ardua es la de hacer entrar en razón a Napoleon, que se encierra en su orgullo y se niega a la menor concesión.

Fiel a su táctica, el Emperador se adelanta al enemigo y lo derrota el 18 de abril de 1813 cerca de Lützen, y el 21 de mayo en Bautzen. El 14 de junio firma el armisticio. Sus victorias le permiten situarse en condiciones de aspirar a una paz sin humillación. Desconfía. Austria espera, arma al brazo, el momento de imponer su decisión a los beligerantes. Schwarzenberg aumenta sus efectivos en ciento veinte mil hombres. Metternich entabla conversaciones con Rusia, Prusia, Baviera, Wurtenberg, Suecia, Dinamarca. Al cabo, encuentra la ocasión para establecer el equilibrio que tan admirablemente servirá a Austria, hasta entonces encerrada entre los dos grandes imperios: Francia y Rusia.

Sus proyectos se van precisando. Si Napoleon renuncia al principado de Varsovia, a la orilla derecha del Rhin, a Italia, a Iliria y al Tirol, Austria le apoyará. Este proyecto es comunicado al zar y al rey de Prusia, en Reichenbach. Napoleon tiene, para aceptar estas condiciones, un plazo que fine el 20 de julio. Si rehusa, Austria le declarará la guerra.

XII

Napoleon ha de elegir entre la guerra a muerte o una paz que deja a Francia más grande que nunca. Metternich le pone ante esta alternativa durante una entrevista tormentosa que se celebra en Dresde.

—Vuestra visita llega demasiado tarde—le dice el Em-

perador—. Si nuestra alianza os molesta, si queréis quedar desligado de vuestras obligaciones, decidmelo. Hace más de un mes que me tenéis en la incertidumbre. A pretexto de actuar de intermediario amistoso, os ponéis de acuerdo con mis enemigos... Lo sé todo. Tenéis doscientos mil hombres en armas, al mando de Schwarzenberg. ¿Creéis así intimidarme? Os he descubierto el juego. Queréis aprovecharos de mi situación apurada para escamotear mis conquistas. Y conseguir vuestro propósito por medio de la astucia, ya que teméis que aún sea más fuerte que mis adversarios. No os atrevéis a romper abiertamente conmigo. ¡Y no os falta razón para ello! Habéis podido ver que he aniquilado a los prusianos en Lützen y a los rusos en Bautzen. La misma suerte correrá el ejército austriaco. ¿Anheláis la guerra? Está bien.

Después, su voz se torna confidencial:

—¿No recibisteis suficientes advertencias? Tres veces he tenido ocasión de destronar al Emperador Francisco. He sido generoso, y le he tendido amistosamente la mano. He entrado en su familia, aun a sabiendas de que era una tontería. Pero, en fin, está hecho. Si hubiera procedido de otra forma...

Cuando Metternich, al cabo, puede hacerse oír, explica su punto de vista.

—El Emperador Francisco—comienza—quiere mucho a su hija y a su nieto. Pero primero es soberano; después, padre. Sus sentimientos privados no pueden influir en sus decisiones. El mundo está harto de guerras. Todos los soberanos de Europa, excepto Vuestra Majestad, desean la paz. Si Vuestra Majestad quiere entrar en negociaciones, no hay obstáculo para llegar a un acuerdo. Si no, os encontraréis en guerra con el mundo entero. Hoy aún se puede negociar. Mañana será demasia-

do tarde. Yo ruego a Vuestra Majestad que reflexione y hago apelación a su conciencia.

—Yo no soy un hombre civil. Soy un soldado—contesta Napoleon con violencia—. No me da miedo la guerra. He ganado el trono en los campos de batalla. Los reyes legítimos pueden impunemente perder veinte batallas. Yo no tengo derecho a perder una sola. No me importan los muertos ni los heridos. No siento compasión por mis soldados. *Sé que dejaré de ser soberano el día en que se deje de temerme.* Lo sé perfectamente.

—Desgraciadamente, eso lo sabe Francia también—replica Metternich.

Napoleon monta en cólera y tira al suelo su sombrero, que va a caer ante Metternich.

El diplomático conoce estos impulso violentos. Sin dejarse impresionar, ni siquiera se molesta en inclinarse para recoger el sombrero.

—Pues bien, hablemos—dice el Emperador aporreando los mapas desplegados sobre la mesa—. ¿Cuál es el precio de vuestra neutralidad?

Metternich explica calmosamente a Napoleon que Austria no puede garantizar el éxito de las negociaciones si el Emperador no renuncia al principado de Varsovia, a intervenir en los asuntos de Alemania, a la política del bloqueo continental; en una palabra, a sus veleidades de dominación mundial.

—¿Sin derrotarme?—pregunta Napoleon, exasperado—. ¿Osáis hacerme tal proposición, a mí, que estoy en territorio alemán, entre Berlín y Breslau, con un ejército de 300.000 hombres? ¡Mirad mis tropas! ¡Son un nuevo ejército!...

—Está formado por niños—dice friamente Metternich—. Vuestro ejército ha sido aniquilado por la campaña de Rusia.

—Por la campaña de Rusia, no. Por el invierno, por

la naturaleza. He sufrido un error yendo a Rusia. Pero lo repararé. Entretanto, estoy en el corazón de Europa y prefiero morir antes que devolver un solo pueblo de los que he conquistado por las armas. He cometido una falta imperdonable aliándome a la dinastía austriaca. Quería unir el pasado y el presente, la política moderna y la de la Edad Media. Ha sido una locura, que acaso me cueste el trono. Pero en mi caída enterraré a todos los que han unido su suerte a la mía.

—De todo cuanto me dice Vuestra Majestad deduzco que es imposible un acuerdo estre nosotros. Vuestra Majestad quiere mantener sus conquistas, y Europa no lo puede consentir. Vuestra Majestad no puede salvar el trono más que en un solo caso: si se contenta con no ser más que el Emperador de Francia.

La discusión se renueva indefinidamente, sin que los adversarios modifiquen su punto de vista. Metternich juzga definitivamente a Napoleon. Se convence de que el Emperador no puede consentir, sin renegar de sí mismo, la mutilación de su poderío. Llegado al trono por la fuerza, su gloria es la garantía de su poder. Cualquier concesión determinaría su caída. Está obligado a la guerra. Metternich le dice, finalmente:

—Señor, ¡estáis perdido!

¡Crueles palabras! Pero Napoleon no ha descendido tanto aún que pueda tomarlas en serio. Pasado el momento de cólera, se limita a denegar con la cabeza, con aire escéptico. El silencio se prolonga. Absorto en sus pensamientos, Napoleon pasea por la estancia, recoge distraídamente el sombrero, se planta ante Metternich y queda mirándole fijamente.

El ministro guarda silencio y se contenta con hacer una profunda reverencia.

XIII

Unas horas más tarde, Napoleon hace llamar a Metternich.

—Voy a reflexionar acerca de vuestras condiciones —le dice—. ¿Cuánto tiempo me dais para la respuesta?

Estamos a 26 de junio. Schwarzenberg necesita veinte dias para ultimar sus preparativos. Napoleon, cuarenta.

—Veinte dias—responde Metternich.

—Os pido cuarenta.

Los dos interlocutores saben lo que significa este plazo. Metternich vacila un instante, y después acepta.

—Sea como quiera Vuestra Majestad. Voy a prolongar el armisticio hasta el 10 de agosto.

La actitud de Metternich caracteriza toda su politica. No tenía derecho a prorrogar el armisticio. Sus aliados querían atacar sin perder tiempo para acabar de una vez con Napoleon. Pero Metternich no es partidario de una acción tan rápida. No quiere acabar con Napoleon. Lo que le interesa más que nada es que Austria tenga un papel preponderante en el momento del ajuste de cuentas. Si la guerra comienza en seguida—antes de que Schwarzenberg esté dispuesto—el mérito de la victoria será para Rusia y Prusia, que se adjudicarán la parte del león a expensas de Bonaparte. Esto es lo que hay que impedir. Conviene que Napoleon sea suficientemente fuerte para resistir a sus enemigos. Entonces, Austria, interviniendo entre los dos adversarios, «sacará las castañas del fuego». Aunque se haya dicho lo contrario, Metternich procede de buena fe al apoyar a Napoleon, ya que está inspirado por el interés mismo de Austria.

«Metternich no ha querido destronar a Napoleon—ex-

plicará más tarde Gentz—. Sólo quería obligarle a renunciar a sus proyectos de dominación universal y limitar su poder a Francia.»

Metternich supone que Napoleon no puede aceptar el ultimátum de los aliados. Como todos los dictadores, Bonaparte es un jugador que arriesga el todo por el todo. Va a darle una última oportunidad. Tiene el convencimiento de que Napoleon está perdido, pero no quiere que pierda de manera lastimosa. Y, sobre todo, hay que evitar que Austria quede eliminada del juego. Por esta razón accede a concederle el plazo.

Táctica audaz, en la cual lo arriesga todo: su nombre, su crédito, su papel histórico. Nadie le comprende. Los patriotas le acusan de anteponer el interés de la dinastía al de Alemania. No se dan cuenta de que lo que pretende es, precisamente, librar a Alemania de una opresión más cruel que la de Napoleón—hombre, y por tanto mortal—: de la opresión de Prusia y de Rusia.

Los hechos le dan razón. Napoleon no acepta el ultimátum de los aliados. Y Austria se une a los enemigos de Napoleon. El zar quiere confiar el mando de los ejércitos de la coalición a Moreau. Metternich se opone. Por el prestigio de Austria es necesario que asuma el mando un austriaco: Schwarzenberg. Le hubiera costado mucho imponer su punto de vista, si Moreau no hubiera muerto, alcanzado por la bala de un cañón francés. El zar—ya místico—ve en ello la voluntad de Dios, y Schwarzenberg se encarga de ejercer el mando único.

Napoleon no ha perdido un átomo de su genio militar. El 27 de agosto aparece vencedor cerca de Dresde. Pero sus vasallos alemanes le abandonan. Primero, los bávaros. Más tarde—después de Leipzig—, los sajones y los wurtemburgueses. El 2 de noviembre se ve obligado de repasar el Rhin.

Metternich trata aún de frenar a los aliados. Si Na-

poleon renuncia a sus conquistas, Austria hará que la coalición se detenga. Pero Napoleon no está dispuesto a resignarse. Amenazado por todas partes, a todos hace frente. Seiscientos mil hombres son concentrados en las fronteras de Francia. Y él les hace frente con un ejército formado por muchachos de dieciocho años. Exaltado por su genio, confiado en su buena estrella, cree aún en un milagro. «Los aliados quieren que Francia retroceda a sus antiguos límites—escribe—. Esto es degradante. No puede admitirse. Ni un solo francés me perdonaría que firmara una paz en condiciones que me harían enrojecer de vergüenza.»

XIV

El 23 de enero de 1814, Napoleon convoca a sus mariscales y a los jefes de más categoría. Cuando están reunidos, entra María Luisa acompañada de Madame Montesquieu, que lleva consigo al Rey de Roma. El Emperador pronuncia entonces el siguiente discurso:

«Señores, nuestros enemigos han entrado en Francia. Al despuntar el alba, me pondré al frente de mi ejército para hacerles retroceder hasta la otra orilla del Rhin. En mi ausencia me reemplazará la Emperatriz. Yo espero estar pronto de regreso. Si la suerte decide otra cosa, os confío mi tesoro más preciado: mi mujer y mi hijo. Dejo París con tranquilidad porque sé que no he de inquietarme por su suerte. ¿Los defenderéis?»

—Hasta la última gota de sangre.

Al día siguiente Napoleón se une a sus tropas. En su ausencia, María Luisa y José Bonaparte asumen la regencia, asistidos por Cambacérés y Talleyrand. El Emperador no tiene confianza en este último. Por ello ordena

a Savary, ministro de la Policía, que lo vigile estrechamente.

El plan del Emperador es bien sencillo, pero exige una extraordinaria habilidad maniobrera: separar los ejércitos de Blücher y de Schwarzenberg, batirlos separadamente, para lanzarlos a la otra parte del Rhin. Nunca el genio estratégico del Emperador ha sido tan sorprendente. Después de Chambaubert, puede escribir: «Otra victoria como ésta, y en quince días estaremos a orillas del Vístula». Y, después de Montmirail: «Los aliados no sospechan que estoy yo más cerca de Munich y de Viena que ellos de París».

Pero esta epopeya admirable no puede torcer el destino. A fines de marzo el enemigo está ante París. La traición de Marmont, que firma un armisticio y se retira, pasando el Loire, asesta el último golpe a la suerte de Napoleon.

La víspera de este acontecimiento, el 26 de marzo, a las ocho y media de la noche, el consejo de regencia está reunido para decidir de la suerte de María Luisa y del Rey de Roma. Los ministros opinan que la Emperatriz debe continuar en París. Si abandona la capital, pondrá en evidencia la derrota de Napoleón. Pero, ¿qué les va a ocurrir, si el enemigo ocupa la ciudad?

—En caso de peligro inminente, y éste lo es—declara el rey José—, debo alejarles de la capital. Mi hermano me los ha confiado.

Todos se inclinan ante la voluntad del señor. Grave falta. Un régimen despótico anula el valor de pensar por cuenta propia en los hombres. Relega al jefe la función de decidir por ellos. Le obedecen ciegamente, sin tener en cuenta las circunstancias. Esta conducta servil, impuesta por el propio Napoleon, provoca la caída de la dinastía imperial. Los aliados no piensan aún en la restauración de los Borbones y el Emperador

Francisco hubiera hecho todo lo posible por mantener a su hija y a su nieto en el trono de Francia, que pasaría a ser el brillante segundo de Austria. La marcha de María Luisa con su hijo para Rambouillet hace perder al Imperio su última ocasión.

La misma noche, Napoleon libra batalla cerca de Arcis-sus-Aube. Tiene 25.000 hombres para oponer a los 90.000 de Schwarzenberg.

Después de haber buscado la muerte en vano, se ve obligado a inclinarse ante la superioridad numérica. Entonces se entera de que París ha capitulado y de que su mujer y su hijo han huído.

XV

María Luisa no se considera segura en Rambouillet. Y se traslada primero a Chartres y después a Blois, acompañada de José y de Jerónimo, de Cambacèrés y de algunos ministros.

Entretanto, los mariscales exigen la abdicación del Emperador. Pero éste, que aun conserva alguna esperanza, se niega:

—No hablemos de ello—dice—; dentro de quince días no quedará un solo enemigo en territorio francés. Yo me encargo de hacerles retroceder hasta la otra orilla del Rhin.

Los mariscales mantienen su actitud. Quieren gozar, al fin, de sus grandes fortunas, y están dispuestos a abandonar a quien les ha permitido obtenerlas. Napoleon se resigna, al cabo, y abdica en favor del Rey de Roma.

El Emperador Francisco hubiera preferido, seguramente, que dejara la corona a su hija y a su nieto. Pero

llega tarde. Talleyrand ha pensado en seguida en una regencia en la cual fuera el dueño. Para ello habría sido necesario que Napoleón no existiera. Viviendo Bonaparte, la regencia no podía pasar de una ficción. «Hubiera escuchado tras las puertas—dirá más tarde Talleyrand—y pronto la guerra habría recomenzado contra todo el mundo». Hay que buscar otra solución que le permita—a Talleyrand—conservar su poder y sus riquezas. No hay más que una: los Borbones. E intriga con tal habilidad en el Senado—o en lo que resta de él—que éste llama de nuevo a los Borbones. Convence a los aliados de que es la única manera de mantener la paz. Incluso Alejandro, al principio opuesto a esta solución, se resigna. Los mariscales hacen una nueva gestión cerca del Emperador para forzarle a abdicar no sólo en nombre propio sino también en el de su hijo. La dinastía napoleónica ha terminado.

Unas semanas antes, Metternich había dicho que Austria no consideraba deseable un cambio de dinastía e incluso que se opondría a él. Sin embargo, ha de inclinarse ante el hecho consumado.

XVI

María Luisa, intranquila, se dispone a seguir a su marido. Sabe que se ha visto forzado a abdicar y que los aliados le han fijado como residencia la isla de Elba. Pero surgen dificultades. María Luisa está vigilada estrechamente por los aliados, quienes la tratan como prisionera. Cuando su padre la invita a regresar a Viena, consiente en ello, sacrificando deliberadamente a quien la había hecho tan feliz.

Vuelve a ver a su padre en Rambouillet. El Emperador

de Austria abraza a su hija y a su nieto. Tres días después, emprenden el viaje a Viena. La Emperatriz María Ludovica, acompañada de la Corte, espera a los vencidos en San Pölten. Las dos mujeres se abrazan llorando. Las damas de la Corte se pasan de mano en mano al niño rey, al que llaman duque de Parma. Y todos se dirigen a Schönbrunn.

TERCERA PARTE

EL CONGRESO DE VIENA

I

Cuando Metternich lanza la idea de reunir un Congreso en Viena, piensa, ante todo, en un acto parecido al que Napoleón, en el apogeo de su gloria, había organizado en Erfurt. Será el desquite del emperador austríaco, que, por dos veces, ha tenido que huir ante Napoleon victorioso; la compensación de todas las humillaciones: la señal de que la época de las contrariedades ha terminado al fin. Por ello, invita a todos los soberanos, a todos los diplomáticos, a todas las notabilidades europeas a festejar en Viena el renacimiento de Austria, en un marco digno de su pasada gloria, para mostrar perfectamente que el Emperador de Austria vuelve a ocupar su puesto en Europa: el primero. Durante meses y meses se prepara esta reunión, de la que no se ha fijado previamente ni el programa ni la duración, pero que dará a los diplomáticos ocasión de asistir a brillantes fiestas y a discutir a su gusto todas las cuestiones que interesan a Europa.

Jamás ciudad alguna vió más noble asamblea.

Se ve llegar al zar Alejandro con su mujer, sus hermanos y sus hermanas; al rey de Prusia, Federico Guillermo III; a los reyes de Baviera, de Dinamarca, de Würtemberg; a los príncipes electores alemanes, al príncipe de Weimar, al de Nassau, al de Baden, al de Darmstadt; a los delegados de los principados, de las abadías, de las comunidades soberanas y de las ciudades libres con sus secretarios y consejeros; lord Castelreagh, ministro del Exterior de Inglaterra; lord Wellington, Talleyrand, Dalberg, Hardenberg, Guillermo Humboldt, el barón de Stein, Capo de Istria, lord Cathart, el Cardenal Consalvi, el príncipe Adam Cartorisky, Engeströng, ministro sueco; el barón de Gagern, el conde Labrador, el Conde de La Tour du Pin, el príncipe de Ligne, Löwenhjelm, el barón de Maltzhan, el conde de Mansi, el barón de Mappes, el barón de Marschall, Mavrojeni embajador de la Sublime Puerta; Bellio, representando a los príncipes valacos; lord Steward, con sus sesenta perros; el barón de Meyendorf, el príncipe de Wolkonsky, el conde de Miranda, el conde de Munster, el barón de Ompteda, el conde de Parravicini, Pérez de Castro, el barón de Plessen, el conde de Razumovsky, el conde de Rechberg, el barón de Rütt von Collenberg, el caballero de San Marcos, el marqués de Saint-Marsan, representante de Cerdeña; el comandante Saldanha da Gama, representante de Portugal; el conde de Salmour, el conde de Salis-Sils, representante de Graubünden; Sardi, representante de Lucca; Schmist von Phiseldeck, representante de Braunschweig; von Schmitz, delegado del príncipe de Leiningen; el conde Schulenberg-Clostrode, representanute de Sajonia; Schmidt, representante de la villa de Bremen; Spaen von Voordtonden, delegado de Holanda; Squacioni, representante de Ferrara; el conde de Stakelberg, el conde de Tascher

de la Pagerie, el príncipe Trubeckoy, el barón de Turckheim y su familia; el conde Uworow, el barón de Ulrich, el marqués de Vecchietti, representando al príncipe de Parma; el barón de Vrints-Berberich, representante de Thurn y Taxis, etc...

También se ve al representante de Murat y al delegado de los Borbones expulsados de Nápoles por Napoleon. Uno desea conservar su trono; el otro, recuperarlo. Unos tienen agravios contra el régimen napoleónico, otros se muestran inquietos por el nuevo estado de cosas. Todos tienen reivindicaciones que someter al Congreso que tiene que reorganizar Europa. Se encuentran los reformadores políticos, los libreros de Leipzig que protestan contra el plagio de sus publicaciones, los delegados de los judíos de Hamburgo, de Bremen, de Lübeck y de Francfort, que piden la confirmación de su emancipación recientemente obtenida. También están los ex mariscales de Napoleon, delegados por sus camaradas para obtener una indemnización que les compense del secuestro de sus propiedades. Se tropieza con chiflados como Drais, o el doctor americano Bollmann, que ha imaginado un programa para sanear las finanzas de la monarquía; pintores y músicos como Ysabey y Neukomm, escritores y predicadores como Zacarías Werner, autor teatral ensotanado. El viejo príncipe de Ligne acaba de morir, tras de haber lanzado su última frase feliz: «El Congreso danza, pero no avanza». También muere la reina de Nápoles, María Carolina, hija de María Teresa, de pasado turbulento; mientras el conde de la Garde, cronista vienés de sociedad, de bailes y de espectáculos, lleva una vida agitadísima. Se encuentra al príncipe de Aceranza Pignatelli y a su hermana la princesa Guillermina de Sagan, ligera de cascos; a la alegre viuda del general Bagration, al príncipe de Rohan; al general Witt y su mujer, la espiritual princesa

de Potoska; a todos los dandys, «snobs» y elegantes de Europa, cuyas intrigas y aventuras facilitan materia para innumerables habladurías y comadrerías a los buenos vieneses, curiosos al principio, fastidiados bien pronto.

Desde el principio del verano, las autoridades han adoptado las medidas necesarias para recibir a los extranjeros, cuya llegada se espera en masa enorme, al comenzar el otoño. Dueños de restaurantes y de cafés, confiteros, comerciantes, se preparan activamente. Los propietarios acosan a las autoridades para poner sus alojamientos a disposición de los huéspedes del Congreso. Ellos se acomodan en una o dos habitaciones para asegurar a los huéspedes un confort adecuado. Gracias a estos preparativos, y a pesar de que una buhardilla llega a valer cuatro, cinco y hasta siete florines por día, no faltan alojamientos, ni siquiera en los días de mayor afluencia.

II

Los soberanos aliados entran en Viena en septiembre de 1814. El zar atrae todas las miradas. Se le envuelve en homenajes entusiastas. Se alaba incesantemente su generosidad, su amabilidad, su seducción, que no deja de producir efecto en ninguno de cuantos a él se acercan. Quienes pasan por bien informados aseguran que es un demócrata convencido y que ha prometido a Kosciuszco la resurrección de Polonia.

Tal es, en efecto, la intención de Alejandro, a condición de que Polonia sea un Estado vasallo de Rusia, cosa que no satisface a Metternich, que, en nombre del equilibrio, se alarma ante cualquier crecimiento de la pujan-

za rusa. Pero el zar, aconsejado por la Harpe, y Adam Sartorisky, se aferra a su idea. El rey de Prusia, que accede a renunciar a su parte de Polonia si se le autoriza la anexión de Sajonia, ha dado al zar su asentimiento. Metternich no aprueba estas transacciones. Está en desacuerdo con sus aliados. Y el zar no ve más que un medio de obtener sus propósitos: derribar a Metternich valiéndose de su influencia.

Pero Metternich está admirablemente informado por sus espías y confidentes, y puede preparar su contraofensiva.

La maravillosa organización policíaca del Imperio no es obra de Metternich, aunque pasa por ser uno de los mayores intrigantes de su época, sino—cosa sorprendente—de José II, el déspota ilustrado. El jefe de Seguridad, barón de Hager, conoce las andanzas de todos los extranjeros que hay en Viena. Dada la relevante situación de éstos, no puede apelar a sus agentes ordinarios. Y emplea los cocheros, criados, lacayos, etc., que le informan sobre las personas acogidas por sus señores e interceptan su correspondencia. Pero también está informado por personajes cuyo nombre y cuyo rango social les abren todas las puertas. Metternich está al corriente de todo, hora por hora. Hasta de los más nimios detalles. Sabe que el zar se lava con agua helada, que no habla con la zarina desde hace muchos años, que desdeña a los hombres civiles y que imita a Napoleon, a quien admira y odia.

Augusto Fournier ha publicado estos informes. ¡Magnífica colección de originales!

El mayor placer del gran duque Constantino, heredero del trono de Rusia, es hacer formar a la guardia de Palacio. Escondido tras una columna, se desternilla de risa, viendo cómo se alinean los soldados soñolientos,

que, al verse burlados, se preguntan quién puede ser el autor de tal broma.

El rey de Prusia, Federico Guillermo, por respeto al zar, camina siempre rezagado en un paso y a su izquierda. Cuando se le hace alguna pregunta, responde invariablemente: «Yo haré lo que haga el emperador Alejandro». Sabemos que, siguiendo el ejemplo del zar, renuncia desde luego a los cortesanos que el gobierno austriaco afecta a su persona. Más tarde se arrepiente de su decisión, y pide que le envíen otros, pero como no le hacen caso, se ve obligado a comer solo. Se enamora de la bella Julia Ziky, pero es tal su timidez que no osa abrir la boca ante ella y se contenta con mirarla lánguidamente. El rey de Würtemberg está reñido con el joven barón de Beck, que le ha sido agregado.

—Un vaso de agua, joven—le ordena un día.

A lo que el joven, sintiéndose vejado, responde:

—Señor, mi emperador me trata con mayor miramiento.

También nos enteramos de que este xtravagante soberano envía a su país noticias en verso:

Es sammle sich der Wolcken Diecke
Doch wird die Sonne sie Zerstreuen
Und dann der blaue Himmel wird
Dem Auge sichtbar sein.

«Densas nubes se amontonan,
»pero el sol las barrerá,
»y el azul del cielo, entonces,
»rutilante lucirá.»

Al volver a Estrasburgo, da tres florines a cada criado. El viejo rey de Dinamarca desea ardientemente visitar un convento de monjas. Tiene por amante a una joven

obrera, a quien, vestido a la usanza burguesa, va a ver todas las noches en las afueras de la ciudad. Esta virtuosa joven es obsequiada por sus compañeras con el remoquete de «reina de Dinamarca».

Nada escapa a la policía austríaca.

III

Desde noviembre de 1814 a marzo de 1815, los miembros del Congreso muestran un lujo inaudito. Los bailes, los espectáculos, las recepciones, se suceden sin interrupción. Ya son cuadros animados que representan las tapicerías de los Gobelinos del Burgo, ya conciertos en que los mejores músicos interpretan a Haydn y a Mozart. Un día, la juventud elegante organiza un torneo a la usanza de la caballería española. Los soberanos ocupan la tribuna de honor, tapizada de terciopelo. El zar, sordo del oído derecho, habla con la emperatriz de Austria, sorda del izquierdo. Enfrente, en un estrado, se instalan las veinticuatro Damas de los veinticuatro Caballeros. Para la ceremonia llevan trajes de la Edad Media y van, naturalmente, cubiertas de joyas. Un testigo ocular aprecia el valor de los ornamentos en 30 millones de libras esterlinas. Cada día trae una nueva diversión. El lunes es Metternich quien da una fiesta. El martes, el embajador de Francia. El miércoles, el embajador de Inglaterra. Y así sucesivamente...

¿Cuándo se reúne el Congreso? Siempre y en todas partes. En los antepalcos, en el alféizar de las ventanas, en los salones, cada vez que se encuentran dos diplomáticos. Nadie ha pensasdo en arreglar la suerte de Europa alrededor de una mesa. Metternich no aspira a someter a votación la organización del continente. Lo que quie-

re es dar motivos a los hombres de Estado para que se encuentren de nuevo, para que se comprendan, y consoliden, por un acuerdo mutuo, la situación de Europa.

Su idea es asegurar la paz por el equilibrio, evitando que una de las potencias adquiera demasiada fuerza y pueda convertirse en un peligro para las demás. Su posición es tanto más inatacable cuanto que no pide nada para su país. No reclama ni los Países Bajos, ni Alsacia, ni Lorena. No quiere la mutilación de Francia, ni habría visto inconveniente alguno en que Napoleon siguiera en su trono, previa renuncia a sus ambiciones mundiales y después de haber dado serias garantías de su buena fe.

Metternich logrará convencer al enemigo más encarnizado de Napoleon, Inglaterra, de lo razonable de su política de conciliación. Castelreagh había declarado que si Napoleon retiraba sus tropas de España y de Portugal, liberaba a Holanda, y, sobre todo, a Ambéres; en una palabra, si Francia volvía a sus fronteras de 1792, no se opondría a que conservara el trono. Gentz resumía así las intenciones de Metternich: «Austria no quiere aniquilar a Napoleon. Lo que quiere solamente es disminuir su poderío y obligarle a renunciar a sus conquistas».

Metternich era sincero. Él no había querido anular al yerno de su emperador. Hizo todo lo posible por frenar a los aliados. «Si logramos ponernos de acuerdo, conseguiremos la paz—escribía el general Schwarzenberg a su mujer el 26 de enero de 1814—. Es la decisión común del emperador, de Metternich, de Castelreagh y de Stadion. A excepción del zar, todos estamos de acuerdo».

Sin embargo, este acuerdo no fué posible. Para Francia, Napoleón significaba la gloria tras el obscuro período de Luis XV y Luis XVI. Obligado a hacer concesiones

por la fuerza de las armas, ¿hubiera tenido el mismo prestigio? Ciertamente, al volver de Elba será aclamado; pero es que, aún, allí representa el orgullo nacional alzado contra el invasor. Nadie que llegue al poder por la fuerza, puede aceptar la derrota. Ya los aliados habían invadido el territorio francés, y Metternich intentaba aún hacer hacer un último esfuerzo. Por mediación de Caulaincourt y del príncipe de Esterhazy invita a Napoleon a aceptar las condiciones fijadas por los aliados en el Congreso de Chatillon. Y el 31 de marzo de 1814, las tropas extranjeras ocuparon París.

El emperador Francisco se abstiene de entrar en París con los otros soberanos. En tanto, Talleyrand negocia con el zar y obtiene que sean respetadas las fronteras de antes de la Revolución. Y el Senado, que, ayer aún, multiplicaba sus promesas de adhesión al Emperador, vota la vuelta de los Borbones. El Senado era Talleyrand.

Vemos entonces el retorno de la familia real. El conde de Artois llega primero. Después, el futuro Luis XVIII, más infatuado que nunca de su derecho divino. Se cuenta—la anécdota es, sin duda, imaginaria—que, durante una comida a la que asistía el zar, viendo que el «maître d'hotel» vacilaba, no sabiendo a quién debía servir primero, Luis exclamó: «Primero a mí», queriendo significar que, rey por derecho divino, era el personaje de más relieve, y estaba por encima de aquellos a quienes debía el trono.

El zar lo tomó a mal. Y mostró su enfado yendo varias veces, ostensiblemente, a la Malmaison, para ofrecer sus respetos a Josefina. Sus visitas tuvieron una consecuencia inesperada y trágica. Fué paseando con Alejandro cómo contrajo Josefina la pulmonía que la llevó al sepulcro.

IV

Los aliados, reunidos en Viena, no están de acuerdo sobre el reparto del botín. El zar reclama el principado de Varsovia. El rey de Prusia reivindica Sajonia, cuyo soberano ha cometido la estupidez de permanecer fiel a Napoleon. Metternich resiste a todas las maniobras y se opone a este reparto de territorios, que amenazaría la seguridad de Austria. Quiere, sobre todo, romper el acuerdo entre Prusia y Rusia. Pero ninguno de los adversarios está dispuesto a la menor concesión. De suerte que las relaciones entre los aliados son cada vez peores. El zar, presuroso por marcharse, quiere precipitar la decisión. Metternich, por el contrario, alarga las negociaciones.

—Confesad que os ha sido más fácil acabar con Napoleon que con su herencia—le dijo un día la princesa de Bagration.

—Lo había previsto todo—respondió el estadista—, y precisamente para evitar esta situación quería dejar a Napoleon en el trono.

Esta frase sintomática muestra claramente el sincero deseo del canciller de no derribar el Imperio. Austria necesitaba una Francia potente contra Rusia y contra Prusia.

V

La princesa de Bagration—una de las beldades del Congreso—había sido algunos años antes, en Dresde, la amante de Metternich. De sus relaciones, cortas pero

apasionadas, nació una niña, que la madre, sin duda en recuerdo de su padre ilegítimo, bautizó con el nombre de Clementina. La princesa había perdido a su marido, el valeroso general ruso, muerto ante el enemigo en 1814 durante una sangrienta batalla. La viuda no quería otra cosa que avivar de nuevo la llama extinguida. Pero Metternich no se muestra propicio. Está prendado de otra princesa nórdica, la princesa de Sagan. La rivalidad entre estas dos apasionadas damas contribuye no poco a embrollar la situación. El zar remueve el cielo y la tierra para desembarazarse de Metternich, que se opone a sus ambiciones. Tiempo perdido. El emperador se niega a separarse de su ministro. Pero Alejandro no ceja. Y ataca a su enemigo en el terreno personal. Procura humillarlo, rehusa sus invitaciones, y, por si fuera poco, intima a la princesa de Sagan a que rompa con Metternich. Sus intrigas apasionan a la opinión pública. Unos se indignan, otros se divierten, atizando el odio entre los dos principales actores del Congreso.

Los informes de la policía nos ilustran acerca de los episodios de esta lucha mezquina.

Los confidentes nos hacen saber que Metternich no se ocupa de nada más que de su nueva pasión. Cuarenta personas le esperan en su antedespacho. Completamente absorbido por su amor, no tiene tiempo de recibir más que a tres o cuatro. Las otras, se aburren esperando inútilmente horas y horas. La princesa de Bagration, por odio a la princesa de Sagan, excita al zar contra Metternich. Alejandro amenaza a la princesa de Sagan con la confiscación de sus propiedades, si se niega a romper las relaciones. Ella cede al deseo imperial. Metternich se desespera. Trata de excitar los celos de su amante cortejando a Julia Zichy. Pero el zar no es muy escrupuloso en la elección de recursos, y cuando se entera de que el canciller, obligado a renunciar a la princesa de

Sagan, corteja a Julia Zichy, felicita a ésta, irónicamente, por su nuevo amor. Julia se extraña:

—¿Cómo se ha enterado Vuestra Majestad?

—Por el mejor conducto—afirma Alejandro—. Lo sé por el propio Metternich.

La condesa prorrumpe en llanto, y Metternich se ve muy apurado para convencerla de que jamás ha hablado de ella en sus conversaciones con el zar.

El resultado de estas bajas intrigas es que los dos protagonistas del Congreso quedan desacreditados ante la opinión, disgustada de ver que tan eminentes personajes se disputan por cuestiones de faldas en vez de ocuparse se la suerte de Europa. La gente se ha cansado de tanta ostentación, de tanto baile, de tanta fiesta, y ya no se molesta en aclamar a los soberanos cuando los ve pasar. A veces, llega a silbarles. El informe siguiente expresa con exactitud la impresión general:

«Se ha hablado de Metternich en casa de los Zichy. Unos lo han censurado. Otros han tomado su defensa. Estos últimos le aplauden por haberse opuesto al zar. No tenemos ningún interés en que se corone rey de Polonia. El mal viene de esas dos grullas: la Bagration y la Sagan. Si se las expulsara de Viena, no se tardaría en llegar a un acuerdo. Pero, si no se toma una determinación, van a acabar por hundir entre las dos al canciller».

VI

El Congreso está en un callejón sin salida. Entonces surge Talleyrand, que asume en seguida la dirección de las negociaciones.

Su labor es difícil. Está solo frente a un grupo de ven-

cedores, rivales entre sí, pero unidos por su afán de sacar provecho de la victoria. Esta situación es la que hace falta modificar.

Desde la primera sesión, observa que Prusia está representada por dos diplomáticos: Humboldt y Hardenberg. Pregunta la causa y le contestan que Humboldt asiste al Congreso únicamente porque Hardenberg es sordo. El representante de Luis XVIII formula una protesta:

—También hay otros que tienen defectos físicos—dice con tono agudo—. Yo soy cojo.

Logra que el embajador de España, que sigue ciegamente sus directivas, asista a las discusiones.

Poco después, Talleyrand obtiene un éxito más importante: la ruptura del frente de los aliados. Pide que se le ponga al corriente de los trabajos realizados por el Congreso antes de su llegada, y se le facilitan las actas de las «conversaciones entre las potencias aliadas». Talleyrand levanta la cabeza.

—¿Qué significa esta expresión: potencias aliadas? ¿Contra quién estáis aliados? No tenéis necesidad de aliaros contra Napoleon, porque está ya en la isla de Elba, y menos contra el rey de Francia porque nunca habéis estado en guerra con él. ¡Hablemos claramente, señores! Si os seguís llamando «potencias aliadas», mi presencia aquí es inútil.

Castlereagh procura tranquilizarle. Asegura que no hay nada que amenace a Francia; que la alianza se hizo contra Napoleon, y que ya no tiene objeto. Si se sigue hablando de «aliados» es por la fuerza de la costumbre, por comodidad.

—No se debe sacrificar nunca la exactitud a la comodidad—responde secamente Talleyrand.

Y entonces expone su programa. En la reconstrucción de Europa debe presidir un solo principio: el de la legitimidad. Hay que restablecer en su trono, con sus an-

tiguos límites, a todos aquellos que reinaban antes de la Revolución o a sus herederos. El representante de Francia tiene de esta manera una posición inatacable: se sitúa en defensor de un principio, en nombre del cual los aliados han combatido a Napoleon. No pueden rechazarlo una vez obtenida la victoria. Su argumentación seduce a Metternich, porque sirve las dos ideas a las cuales se ha adherido apasionadamente: el derecho monárquico y el equilibrio. Gracias a él, Talleyrand es admitido en el Comité restringido que debe fijar los destinos de Europa. En adelante, el representante de Francia, colocándose ya a un lado, ya a otro, está seguro de hacer adoptar sus proyectos.

El principio de la legitimidad hace naturalmente de Talleyrand el aliado de Metternich en la cuestión de Polonia. El zar no tiene ningún derecho particular sobre este pueblo. Alejandro, exasperado, acude a un recurso extremo para intimidar a Austria: concentra sus tropas en la frontera de Galitzia. Ante esta amenaza, los vencedores se alarman. Y el 3 de enero de 1815 Metternich y Castlereagh firman un tratado con Francia: en caso de que alguna potencia ataque a uno de los firmantes, los otros dos se comprometen a acudir en su auxilio. A petición de Metternich, Baviera, Holanda, Hannover y Cerdeña, se adhieren a este pacto que, en caso de conflicto, equilibrará las fuerzas en presencia. Talleyrand ha conseguido su propósito. Francia ya no está aislada. Ha vuelto a ser un factor importante en la política europea.

El 21 de Enero, Talleyrand organiza una ceremonia fúnebre en la Embajada de Francia, para conmemorar el aniversario de la muerte de Luis XVI. En ella pronuncia un discurso que es la apología del principio de la legitimidad. Traza la historia de Luis XVI, que ha caído por abandonarle los otros soberanos, muestra el peli-

gro de las rivalidades, invita a los monarcas a la solidaridad, y señala los riesgos que puede traer el despojar de su corona a los reyes legítimos. Este discurso va dirigido, evidentemente, contra el zar y contra el rey de Prusia, que se aferran a sus reivindicaciones. Están más unidos que nunca para derribar a Metternich. Se quejan al emperador Francisco de que Metternich no les trata con el debido respeto. Alejandro le cita para tratarle de desleal, y Metternich sale de su gabinete de trabajo, desconcertado y vacilante. Hardenberg, el sordo, le acusa de haber desnaturalizado las palabras del zar y le reta a un duelo. El encuentro no llega a efectuarse. Pero todos estos pequeños escándalos debilitan la posición de Metternich. Se comienza a criticar su actitud. No solamente los envidiosos como Stadion, que lamenta haber sido eliminado, sino también sus colaboradores, incluso Gentz, su confidente íntimo, le censuran. Pero el canciller no pierde el ánimo. Continúa la lucha. Es él quien tiene razón. Un compromiso lo arregla todo. Rusia se incorpora el principado de Varsovia, y Prusia se anexiona la mayor parte de Sajonia, guardando el rey de Sajonia su trono, con Dresde, Leipzig, Torn y una parte de Polonia.

En todo este asunto, Metternich ha contado con el apoyo total de Talleyrand. Pero no siempre ocurre así. Talleyrand no piensa más que en Francia, y no apoya a Austria sino en la medida que esta nación le es útil. Cuando llega el caso, no duda un instante oponerse a Metternich. Por ejemplo: a propósito de Nápoles se plantea el siguiente caso: ¿A quién debe restituirse el reino? ¿A Fernando de Borbón, casado con María Carolina, hija de María Teresa, destronado por la Revolución, o a Murat? En derecho, no hay duda; Murat no es más que un usurpador. Pero Metternich ha sido el amante de Carolina Murat y sigue siendo su amigo. (Jamás

ha roto completamente con ninguna de sus amantes.) En plena guerra con Napoleón ha seguido escribiéndole a Carolina, y es en buena parte esta correspondencia lo que ha decidido a Murat a pasarse a los aliados. En premio a esta traición, Metternich ha prometido a Murat conservarle su corona. Pero en el Congreso, Talleyrand se declara resueltamente en favor de la restauración del rey legítimo. Cuando Metternich plantea el asunto, Talleyrand, con voz seca, le pregunta:

—¿De qué rey de Nápoles habláis? No conozco más que uno: el rey Fernando. Yo no tengo nada que ver con Murat.

Metternich, aunque le resulte penoso faltar a su palabra, tiene que inclinarse. La presencia de Murat en el trono de Nápoles sería una violación demasiado flagrante del principio de legitimidad. En cambio, consigue un éxito en lo concerniente a la reorganización de Alemania.

A consecuencia de los golpes asestados por Napoleon, el Sacro Imperio Romano Germánico, o, mejor dicho, lo que quedaba de él, se había hundido. Hacía mucho tiempo que la autoridad del emperador era puramente nominal. Sus vasallos escapaban a su dominio, concertaban alianzas a su gusto; en ocasiones, se ponían de acuerdo con el extranjero contra su emperador. El Imperio, que había tenido su razón de ser al asociarse el Papa y el Emperador para crear sobre la tierra el reino de Dios, no era ya más que una ficción caduca. Sin embargo, algunos se mantienen fieles a él y edifican sobre esta ideología un sistema político nuevo. Tal es el caso de los ideólogos del *Jngenbund*.

A Metternich no le inspira confianza su actuación. Tras las frases altisonantes, adivina la demagogia. También se pone frente a los diplomáticos prusianos que tratan de hacer un *Bundstaat*—Estado rígido y uni-

tario—mientras que Metternich intenta crear un *Staatenbund*—federación de Estados que disfrutarían de una amplia autonomía—. Y cuando se está buscando una fórmula para lograr el acuerdo, Napoleon se evade de la isla de Elba y desembarca en el Golfo Juan.

VII

La Garde ha descrito a su manera la emoción del Congreso, al conocer la noticia de la vuelta de Napoleon. Aquel día precisamente, Metternich daba una velada. Cuadros animados representando el encuentro de Maximiliano y María de Borgoña, según el Gobelino de Botter. Millares de candelabros hacen brillar los brocados y centellear los diamantes de los suntuosos vestidos. De pronto, en la sala se levanta un murmullo. Maximiliano, con su corona y su casco, María de Borgoña, con su largo manto de armiño, el obispo con la mitra y el báculo, abandonan la escena y se mezclan con el público.

Es Maximiliano quien habla:

—Ha abandonado la isla.

—¿Quién?

—Bonaparte.

—¿Cuándo?

—El 28.

El emperador Francisco palidece. Los soberanos se miran unos a otros en silencio, y en todas las miradas hay una ansiosa interrogación. ¿Qué hacer? Magnífica escena cinematográfica: el águila, de campanario en campanario, llevando tras de sí todo un pueblo entusiasta, vuela hacia Nôtre-Dame.

La realidad fué menos romántica.

La vuelta de Napoleon no fué una sorpresa. Tanto

Metternich como Talleyrand habían previsto esta eventualidad. Napoleon es el *deus ex machina* que acallará todas las disputas y reagrupará a los aliados en torno de Metternich. Ante el enemigo común nada puede disociarles. Napoleon halla entre los papeles de sus predecesores un ejemplar de la alianza anglo-franco-austríaca contra Rusia. Y cree haber dado con el medio de realizar su sueño de ponerse de acuerdo con el zar y separar a los aliados. A toda prisa, hace llegar el texto a Alejandro.

El zar muestra el documento a Metternich:

—Lo sé todo, y todo lo perdono—le dice—. Ahora debemos dejar de lado todas las divergencias y permanecer unidos.

VIII

El 6 de marzo, fecha en que Napoleón abandonó la isla de Elba, fué un día ajetreado para Metternich. Hace varias semanas que no ve a la princesa de Sagan y ha puesto toda su voluntad en olvidarla. Imposible, ¡ay! Su amor es más fuerte que nada. Si no la vuelve a ver morirá de pena. La princesa, acobardada por las amenazas del zar, trata de cerrarle las puertas de su casa, pero Metternich derriba a los criados y se introduce violentamente en las habitaciones de antigua amante.

—No he venido más que por media hora. Guillermina, escúchame.

Y justifica su pasión con una argumentación tan sólida como si estuviera negociando un tratado. Que le siga fiel, por lo menos hasta que termine el Congreso, y después quedará libre. Esta fórmula tendrá consecuencias ventajosas para los dos. Por el contrario, una negativa de

su parte será de tales consecuencias que de ella podrá resentirse Europa. La princesa trata de interrumpirle, de defenderse, pero al fin no tiene más remedio que ceder, y Metternich no se va de su lado hasta la noche, muy tarde..., y feliz.

Una vez en su casa, se duerme profundamente. Cerca de las siete, le despierta su ayuda de cámara que entra para darle un papel. Metternich entreabre apenas los ojos. ¿De dónde viene aquéllo? De Génova. Está bien. Vuelve a dormirse. Y sigue soñando. Al fin despierta, recuerda que antes le han molestado para algo que no acierta a recordar, echa una mirada sobre la mesita de noche y coge el pliego. Lo envía el cónsul de Austria en Génova. Sobre un papel rayado, que parece arrancado de un cuaderno, Metternich lee estas palabras:

«Napoleon ha abandonado esta mañana, en barco, la isla de Elba.»

Salta del lecho y se viste rápidamente. La noticia le alegra. Ya tiene a los aliados en su mano, definitivamente.

IX

Metternich se presenta al emperador, le da cuenta del acontecimeinto y le ruega que, al dar la noticia a María Luisa, teniendo en cuenta que está enferma, lo haga con las precauciones convenientes.

Hasta unos días más tarde, los vieneses no se enteran de la vuelta de Napoleon. Ya están, por otra parte, hartos del Congreso. El zar, altivo y desdeñoso; el rey de Prusia, romántico y burgués; el rey de Dinamarca, que aún no ha podido visitar un convento de monjas; el arisco Stein, el sordo Hardenberg, los perros de lord

Steward, las rivalidades de las princesas de Bagration y de Sagan; todo esto aburre a los vieneses. El pueblo subraya maliciosamente el fracaso del Congreso. Pero este fracaso es sólo aparente.

Al desembarcar en Francia, Napoleón declara orgulloso: «El Congreso está disuelto». Pero no es así. Su papel empieza ahora.

Las potencias no se contentan con declarar a Napoleon el «enemigo público número uno» y con ponerlo fuera de la ley, sino que dan a sus amenazas una sanción material. Sus tropas, al mando de Schwarzenberg, se ponen en marcha.

El obeso Luis XVIII, que se había colado en el furgón de los aliados, tiene que escaparse a Gante, donde espera, haciendo retruécanos y traduciendo a Horacio, que Dios se sirva favorecer de nuevo el derecho divino. En tanto, Napoleon se bate apoyado por toda Francia, disgustada por la debilidad de los Borbones ante los aliados. Pero ha de rendirse a la superioridad numérica, y Waterloo señala el fin de la epopeya imperial.

París es ocupado otra vez por los aliados. Pero esta vez, la situación ha cambiado un poco. Al abdicar Napoleon, los vencedores habían establecido una diferencia entre Francia y su emperador. Las cláusulas del primer Tratado de París eran relativamente moderadas: Francia recobraba su frontera de 1 de enero de 1792, antes de las conquistas revolucionarias, conservando Sarrebruck y Sarrelouis, Montbéliard, un tercio de Saboya con Annecy y Chambéry, Aviñón y el Condado. Alsacia queda adscrita sin discusión. Y, tan pronto fué reinstaurado en su trono Luis XVIII, los invasores abandonaron el territorio francés.

Pero los franceses han acogido a Napoleón con demasiado entusiasmo. Los soberanos han perdido su confianza en ellos. El tratado del 20 de noviembre de 1815

impone condiciones mucho más duras. Francia se ve despojada de las fortalezas fronterizas, pierde Sarrelouis y Landau, que pasan a poder de Prusia; el principado de Bouillon y el departamento de Ardennes, anexionados por Holanda; y tiene que subvenir durante tres años a los gastos de un ejército de ocupación formado por 150.000 hombres, lo que representa para el Tesoro una carga de un millón setecientos cincuenta mil francos diarios.

Los aliados celebran su victoria con una misa dicha en acción de gracias en el llano de Vertus, en Champagne. Una dama rubia, ya entrada en la cuarentena, asiste a la ceremonia, rodeada del respeto de todos los diplomáticos y generales: es la señora de Krüdener, «el ángel tutelar y el Mentor» del rey Alejandro.

Curlandesa de nacimiento, había publicado en 1804 una novela autobiográfica y sentimental: «Valeria». Gracias a un sentido prodigioso de la publicidad y a incontables reuniones fastuosas, la novela tuvo un gran éxito. Joubert, Michaud, Chateaubriand, reconocidos al cocinero de la dama, proclamaron en aquel entonces que el libro era una obra maestra. Sólo Napoleón no se dejó arrastrar por la corriente: «Aconsejad a esa loca que en lo sucesivo escriba sus obras en ruso o en alemán, para librarnos de tan insoportable literatura». La escritora no se lo perdonó nunca. Este juicio es un poco severo. Sin duda, el asunto nos parece hoy demasiado sentimental, excesivamente wertheriano. Valeria es una joven y virtuosa condesa, de quien su marido no hace mucho caso. Gustavo se enamora de ella, y Valeria siente la misma pasión por el galán. Pero la noble dama sabe dominar su pasión y permanece fiel a su marido, mientras el buen Gustavo muere de desesperación, cosa que resulta bastante rara. Es un poco inocente, pero algunas escenas no carecen de atractivo.

El pobre Gustavo, que por discreción ha dejado de visitar a su amada, le envía unas flores por un niño, el día de su santo. El mensajero llega en plena escena conyugal. El marido, que había olvidado el acontecimiento, se arrepiente de su violencia. Valeria besa al niño, que vuelve a casa del desgraciado amante. El pequeño cuenta la escena. Gustavo le besa a su vez y advierte que su rostro está humedecido por el llanto.

—¿Qué tienes?

—Son las lágrimas de la condesa que, al besarme, se ha echado a llorar.

En otra ocasión, Valeria pasea en barca con Gustavo y el infeliz marido. La barca está a punto de zozobrar, y ella se precipita llena de terror en los brazos de su esposo. «¡Oh, cómo ha herido mi corazón este gesto instintivo de buscar apoyo en su marido!—escribe el cándido Gustavo—. Entonces comprendí lo poco que yo significaba para ella.»

Y bien. Esta dama virtuosa—pues Valeria no es otra que la señora de Krüdener—sintió de repente un extraordinario fervor religioso y, de la noche a la mañana, decidió dedicarse a la salvación del mundo. Era Dios en persona quien le había confiado esta misión.

Tiempo atrás escribió a Alejandro unas cartas más o menos claras en las que todo estaba previsto, incluso la vuelta de Napoleon de la isla de Elba y la batalla de Waterloo. Su primer encuentro con el zar fué en Heilbronn, cerca de Hedelberg. Para empezar, le reprochó amargamente el no renunciar al pecado y no haber sabido humillarse. Alejandro, que nunca había recibido reprimendas, encontró la escena deliciosa. «Esta entrevista—dice—ha sido como una música para mi alma». Y decidió llevar a su lado una mujer informada en fuente tan pura, y caminar por la senda del Señor. Cada día sufre más intensamente la influencia de su Egeria. Re-

nuncia a sus ideas liberales y se convierte en un creyente fervoroso. Es sin duda por la instigación de la señora de Krüdener que un buen día propone a los soberanos aliados unirse en plegarias, según las Santas Escrituras. Así nació la Santa Alianza, a la cual Francia se adhirió más tarde.

A excepción del zar, nadie toma en serio la santidad de este acuerdo. Metternich juzga los considerandos de esta alianza como un galimatías enfático, pero toma muy en serio la parte política del asunto. Está sinceramente convencido de que todos los problemas pueden ser resueltos si las partes interesadas están animadas de buena voluntad y decididas a hacer mutuas concesiones. Es también la opinión de Talleyrand. Un día se afirmaba ante este último que el Congreso no había dejado satisfecho a nadie. El diplomático respondió que esta opinión era justamente prueba de que la conferencia había hecho una buena labor, ya que unos y otros habían tenido que hacer pequeños sacrificios sin los cuales no hubiera sido posible un acuerdo provechoso para todo el mundo.

Esta Alianza de Soberanos no ha sido el innoble instrumento de represión que algunos han imaginado—a pesar de algunos incidentes desgraciados—. Su principal mérito es el de haber impedido toda guerra europea durante más de veinte años. Los conflictos bélicos han sido evitados por medio de conversaciones y así se creó un espíritu internacional del cual era posible esperar la solución pacífica de todos los conflictos. Este sueño de paz gracias a una organización internacional, cuyos puestos de mando serían libremente aceptados por todos sus miembros, es el mismo de la S. de N.

Las dos instituciones tienen gran parecido. Incluso por su origen. Las dos han sido concebidas en el pecado. Son los vencedores quienes han dictado la paz al mun-

do. Los vencidos no podían tener, se comprende, confianza en una institución que les humillaba. El espíritu internacional, así, nacía muerto. Después de 1919, toda una serie de naciones han perdido su confianza en Ginebra. Después de 1815, la opinión francesa no tiene más que una idea: romper los tratados de Viena, devolver a Francia su gloria pretérita. Para realizar esta ambición se entrega al heredero de Napoleon I.

En 1815 aún no se ha llegado a tanto. Se quiere la paz ante todo. Las potencias se han desembarazado de Napoleon, que navega hacia Santa Elena, donde acabará sus días clavado en una roca. Su humillación, la vigilancia estrecha de los ingleses, el infortunio después de tanta gloria, contribuirán a su leyenda. Europa se ha liberado al fin, pero la victoria le costó cara. La guerra ha durado más de veinte años. Todos los pueblos están agotados y aspiran a la tranquilidad. Esta será la idea dominante de la política de Metternich. Quiere impedir que Europa caiga de nuevo en sus pasados errores. Se considera como el defensor de la paz. Y a esta obra va a consagrar sus esfuerzos.

CUARTA PARTE

METTERNICH, EN EL CÉNIT DE SU GLORIA

I

Desde 1815 hasta 1825, Metternich está en la cumbre de su gloria. Austria ha vuelto a ser todopoderosa e impone su voluntad a Europa. El emperador colma de honores a su ministro. Ya había conferido el título de príncipe al padre de nuestro héroe. El 20 de octubre de 1813, otorga este título a sus descendientes. Le regala a su ministro, en premio a sus éxitos diplomáticos, una magnífica propiedad en Renania, en Johannisberg, tierra famosa por sus vinos. Fernando, rey de Sicilia, le nombra príncipe de Portella. Se va elevando sin tropiezos, con un ritmo continuo. Su vida es, en apariencia, brillante y encalmada. Pero, en realidad, ¡qué tormentosa! Tiene la rara habilidad de ser a la vez libertino y un marido ideal. Su esposa, a la que engaña sin tomarse la molestia de justificar sus infidelidades, es de una extraordinaria indulgencia. Sus obligaciones amorosas no impiden a este maravilloso marido, por otra parte, cumple minuciosamente sus deberes conyugales. Su

mujer recompensará su celo nueve veces. Sólo dos niños sobrevivirán a los padres.

Su prestigio se debe, sobre todo, al hecho de que se atribuye a su actividad toda una serie de felices acontecimientos que se hubieran producido de una manera u otra, e independientemente de su acción, por la simple lógica de las cosas. Así, no solamente la opinión pública de su época, sino también la posteridad, atribuirá la caída de Napoleon a su actividad diplomática. Nada más falso. No es Metternich quien ha puesto fuera de combate a Napoleon, sino Inglaterra. Si no ha podido evitar la vuelta de los Borbones no es culpa suya. A pesar de sus fanfarronadas, según las cuales Napoleon no ha tenido adversario más temible que él, era el enemigo que menos prevención despertaba. En sus Memorias habla con el mayor respeto del Emperador y reconoce su genio, sin reservas. Con lo cual hace pensar en el mariscal Marmont, quien declara después de su primera conversación con el canciller austríaco:

—Es el único hombre vardaderamente juicioso que me ha sido dado encontrar desde que Napoleón se ha vuelto loco.

Juicio que se compagina con el de Metternich sobre su adversario y sobre sí mismo. Porque él estaba profundamente convencido de su genio, y, en su opinión, sólo había acaso un hombre más juicioso que él: Napoleón antes de su demencia.

«Pocos le han conocido mejor que yo—anota en sus cuadernos—. Yo no le he juzgado jamás por las apariencias. Cuando he visto la cantidad de bien y de mal que podía significar para la Humanidad, he empezado a estudiarle con la mayor atención.»

En el aniversario de Waterloo medita sobre la grandeza y sobre el destino de este monarca.

«¡Qué lástima que haya muerto!—escribe en el cre-

púsculo de su carrera—. Era el único hombre capaz de comprenderme.»

¿Cuál era el secreto del canciller?

Aunque muy vanidoso, Metternich no sobreestimaba sus capacidades. Al contrario. Para hacer resaltar más su posición de hombre insustituíble, se vanagloriaba de no poseer ninguna cualidad digna de ser calificada como genial. No es suficiente. Ha llegado a afirmar que era preciso retirar de la circulación a los hombres geniales. Temía el entusiasmo imbécil de las masas por los histriones de la política, que las empujaban a actos insensatos. Dotado de dones proféticos, preveía la época en que estos genios harán apelación a los peores instintos del populacho.

«He luchado toda mi vida—escribe—contra los frenéticos que tan pronto se llaman filósofos como demócratas. Cuando los demás perdían la cabeza, yo estaba en mi puesto. La sobria y sana razón es un instrumento muy raro, y por tanto inapreciable.»

II

Aborrecía la falta de mesura. Cuando su país estaba en guerra con Francia, tuvo que actuar con rigor contra el nacionalismo desmedido de los que le rodeaban. Sus actos públicos fueron siempre razonados. No puede decirse lo mismo de sus actos privados. Si por un lado es de la época de la Enciclopedia, es también el contemporáneo de Byron, de Lamartine y de los románticos. Su espíritu es sereno, su corazón tumultuoso. Su vida interior es una sucesión de tormentas, de mudanzas, de situaciones dramáticas.

La mujer que más le turbó el juicio fué Dorotea Cris-

tóforovna Benvkendorff, casada con el conde de Lieven, que representaba a Rusia cerca de Su Majestad el rey de Inglaterra. Sus relaciones fueron breves, pero dieron lugar a un copioso cambio de cartas. Las de Metternich han pasado a la posteridad. Cartas muy curiosas y de una vanidad que llena de estupor.

«Ámame locamente—dice a su amiga—. Repítete a ti misma, cada día, que yo soy el acontecimiento más grande de tu vida.»

En otra ocasión le cuenta a su amante la táctica que empleó para quebrar la resistencia de la princesa de Sagan, que se mostraba recalcitrante:

«Yo consideraba a esta mujer como un problema científico a resolver. Confieso mi fracaso. Me engañaba cuanto podía, y si le reprochaba sus traiciones me prometía, sollozando, corregirse. Pero en cuanto me separaba de ella, volvía a sus locuras. Cuando pienso en este período de mi vida, siento repugnancia. En el fondo no estaba enamorado de ella. Me dominaba una idea fija. Me produje como un matemático que quiere resolver el cuadrado de la hipotenusa.»

Y tiene el valor de acabar la carta con esta afirmación:

«Por otra parte, yo soy un marido modelo.»

III

En la primavera de 1819, Federico Sand, estudiante de teología, mata al célebre Kotzebue, autor de comedias infames. El sumario demuestra que el asesino había premeditado, desde hacía largo tiempo, su crimen, para castigar al hombre que había osado escribir contra las asociaciones de estudiantes.

Este atentado y la indignación que produce vienen oportunamente, pues el canciller tiene más de un motivo para guardar rencor a los jóvenes sin juicio que organizan manifestaciones turbulentas en que se denigra a los soberanos y a sus ministros. Ahora tiene un excelente pretexto para disolver sus asociaciones, introducir la previa censura y quitar la autonomía a las universidades. Está convencido de que con sus célebres instrucciones—los edictos de Karlsbad—presta un servicio enorme a la Humanidad entera. Después, se mostrará menos satisfecho de su intransigencia. Sus agentes se exceden. Como la ley no designa explícitamente las ideas consideradas como perniciosas, los censores mutilan los manuscritos que se someten a su acción.

La falta de discernimiento paraliza toda la actividad intelectual. Se prohibe la representación de «María Stuardo», a pretexto de que la ejecución de la reina de Escocia recordará al público la de María Antonieta. Otro drama de Schiller, «Guillermo Tell», no se puede representar sin la supresión de ciertas escenas. Lo que sorprende es que se autorice su representación, pues trata de la insurrección de los suizos contra los Habsburgo. Las primeras actrices de comedia en edad juvenil han de ir acompañadas al salir del teatro por una persona de edad.

Grillparzer, autor de calidad, presenta a la censura una obra sobre Ottakar rey de Bohemia. El censor niega la autorización para representarla. Grillparzer va a informarse cobre las razones de la prohibición.

—Vuestro rey repudia a su mujer so pretexto de es estéril y busca otra.

—¡Es auténtico!—replica el autor.

—No lo dudo. Pero esto podría recordar al público la historia de Napoleon, de Josefina y de María Luisa.

—¡Ah!—dice el autor estupefacto—. Nunca lo hubiera imaginado.

—Es posible—remarca el chupatintas—, pero a mí me pagan para que esté en todo.

¿Conoce Metternich estas atrocidades? Sí. Está al corriente.

—Verdaderamente, nuestros censores son demasiado estúpidos—exclama en su presencia Gentz, su íntimo colaborador.

—Cierto. Son estúpidos. Pero, ¿qué se le va a hacer?

Este «¿qué se le va a hacer?» es más comprometedor que cualquier otra respuesta. Sabe perfectamente que sus agentes hacen una labor nefasta, pero ello no le preocupa lo más mínimo.

IV

De 1820 a 1822 cae sobre el canciller una serie de desgracias. Primero pierde a sus dos hijas mayores, las dos atacadas de tisis. Después, a su mujer. Unos meses más tarde, se casa otra vez.

Su segunda esposa, Antonieta Leykam, es de origen humilde. Su familia no ha adquirido la nobleza más que desde hace una generación. La alta aristocracia tuerce el gesto. La frase ingeniosa de la señora de Lieven circula por todo Viena: «El caballero de la Santa Alianza ha hecho una *mésalliance*». Pero el canciller se muestra insentible a los sarcasmos. Ama a la bella Antonieta. Su felicidad conyugal, sin embargo, es breve. Un año más tarde, muere Antonieta, después de haber dado a su marido un hijo que con el tiempo entrará en «la carrera», representará a Austria-Hungría en París bajo el Segundo Imperio, y se unirá en matrimonio a la con-

desa de Sandor, nieta del canciller, que será la fea y espiritual princesa Paulina Metternich, amiga íntima de la emperatriz Eugenia.

Las turbulencias que marcan esta época no le dejaron tiempo al canciller para llorar la muerte de Antonieta. Se producen motines en España y Portugal; Sicilia se subleva y los otros pequeños Estados italianos imitan su ejemplo.

Los soberanos de la Santa Alianza se conciertan. Pero el zar Alejandro declara que no está dispuesto a aceptar el papel de gendarme. Por su parte, lord Stuart anuncia que el gobierno inglés no quiere inmiscuirse, en manera alguna, en los asuntos de los demás países. De tres potencias aliadas, dos reniegan la Santa Alianza.

Pero pronto surge un acontecimiento que restablece el acuerdo: el regimiento de la Guardia de San Petersburgo se subleva. Es lo suficiente para que el zar Alejandro se cure de sus utopías liberales. En seguida, firma un acuerdo con Austria y con Prusia, por el cual los tres Estados se comprometen a intervenir allá donde los pueblos se rebelen contra su rey.

El 27 de diciembre de 1820, los tres soberanos convocan en La Haya a Fernando, rey de Nápoles y Sicilia, para concluir con él un acuerdo sobre la intervención de la Santa Alianza. La labor ingrata de restablecer el orden corresponde a Austria. Sus tropas entran en los Estados del rey de Nápoles y dominan la insurrección. En realidad, más que los sicilianos, dispersos al oír los primeros tiros, lo que turbaba el sueño del canciller era la actitud de Canning, Premier de *His Majesty the King*, hombre inabordable y testarudo.

Canning tenía el mal gusto de desdeñar la política de Metternich y experimentaba un placer satánico jugándole malas pasadas. Es así como se apresura a reconocer las repúblicas sudamericanas. Y cuando le anunciaron

que el canciller tenía la intención de visitar Londres, hizo esta declaración:

—Si ese depravado tiene, en efecto, la impudicia de querer infestar nuestro país con su visita, puede estar seguro de que se le recibirá como merece.

Informado de la acogida que se le reserva, Metternich renuncia al viaje, por más que ha sido invitado por el rey Jorge en persona.

Aun tenía en Londres un adversario más peligroso que el Premier: la señora de Lieven, que, despechada por la infidelidad de su amante, no dejaba escapar ocasión alguna de molestarle. Por sus intrigas, Inglaterra apoyaba la política oriental de Rusia y actuaba de pleno acuerdo con Francia en el conflicto greco-turco.

Este conflicto había sido provocado por el zar, a pretexto de apoyar a los griegos ortodoxos. Pero no disfrutó mucho tiempo de su victoria. Este soberano tenía por director espiritual un monje fanático que le había enseñado la dulzura de la contricción. Tenía mucho que expiar en su vida. Tiempo atrás, lleno de espanto, había oído los alaridos de su padre, el zar Pablo I, sorprendido en el lecho por sus asesinos. Como el zar estaba más o menos en el secreto de la conspiración, este recuerdo innoble le obsesionaba incesantemente. Bien pronto se desinteresó de los asuntos de su país, abandonó la capital y fué a establecerse a Taganrog, donde no tardó en morir.

Según otra versión, se enterró a un soldado en su lugar, mientras él, vestido de mujik, partía hacia Tierra Santa para expiar sus crímenes.

Muerto o desaparecido, fué reemplazado en el trono por su hermano menor, Nicolás.

V

En el primer cuarto del siglo XIX asistimos a la aparición de un movimiento místico, religioso en su origen, pero que se convierte en social a medida que se desarrolla. Este influjo se manifiesta netamente en la evolución de un Chateaubriand, de un Lamartine, de un Víctor Hugo, que de conservadores se erigen en campeones de la oposición. Metternich no fué atacado por esta epidemia. Sus ideas son las de un gran señor del antiguo régimen que ha estudiado a Montesquieu, pero que no quiere saber nada de Rousseau. Odia a los exaltados, de cualquier color que sean.

«Yo no soy blanco ni rojo—declara—, pero si tuviera que confesar mis preferencias no dudaría en afirmar que prefiero los demagogos rojos a los blancos, ya que los primeros combaten abiertamente la legitimidad, mientras que los segundos la minan inconscientemente.»

¿Fué un reaccionario empedernido, como con frecuencia se nos quiere hacer creer? En todo caso, él lo negaba, y muchas veces con razón. Lo que pretendía era mantener una forma de civilización, acaso anticuada, pero digna y venerable. Por eso combatía cuanto amenazaba trastornar la armonía artificial por él establecida. Se alzaba contra los revolucionarios con el mismo rigor que contra los ultranacionalistas. Canciller de un Estado que era, en realidad, una federación de naciones con lengua y costumbres diferentes, hubo de luchar contra el nuevo *slogan:* el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Metternich rechazaba enérgicamente esta concepción. A su juicio, las pequeñas naciones, con sus inevitables discordias, eran cau-

sa de perturbaciones que se reproducían incesantemente. Sólo las grandes potencias estaban en condiciones de asegurar el orden, suponiendo que estuvieran de acuerdo entre ellas en cuanto a los principios.

Con este objeto se adhirió a la Santa Alianza. Para poner este extraordinario instrumento al servicio de su ideal. Pero su funcionamiento es defectuoso. Sus colegas descuidan el objetivo común y no atienden más que a sus intereses respectivos. Inglaterra, desde el advenimiento de Canning, simpatiza abiertamente con los movimientos de emancipación nacional. Francia, que es bajo Carlos X el país contrarrevolucionario por excelencia, está minada por organizaciones subterráneas incontrolables y omnipotentes, que extienden bien pronto su actividad a los países limítrofes y tienen cómplices en todas partes, en todas las capas sociales. Todo esto se adapta al espíritu novelesco de la época. De ahí la desesperación del canciller.

—¡Qué bien estábamos con Napoleon! En sus tiempos, por lo menos yo sabía con quién tenía que habérmelas. Ahora, he de luchar con fantasmas.

Preveía lo inevitable: la revolución.

Luis-Felipe pesca con provecho en el río revuelto de las turbulencias francesas. En cuanto ocupa el trono, encuentra la manera de tranquilizar al canciller. Éste recibe una comunicación firmada por persona de toda su confianza.

«Mi hermano Jaime—decía la comunicación—, presidente de la Sociedad de Coleccionistas de Antigüedades, ha sido recibido ayer por el rey Luis-Felipe. Éste le ha declarado lo siguiente: «Me conocéis bien, ¿no es verdad, Rothschild? Si he renunciado a las comodidades de mi vida privada es únicamente por el bien de mi país. De no haber aceptado la corona, se hubiera procla-

mado la República. Esto habría sido una catástrofe. En mi persona ha triunfado el principio del orden».

Pero el buen sentido de Luis-Felipe no bastaba.

Los acontecimientos de Francia hicieron bien pronto temblar los tronos, justificando el presentimiento del canciller, que nunca se hizo ilusiones sobre la solidez de la situación de Luis-Felipe. El canciller, entre las cartas que tenía en la mano contaba con un triunfo que le permitía aterrorizarle. Esta carta era el hijo de Napoleon, que languidecía en Schönbrunn bajo el nombre de duque de Reichstadt.

Conocida es la historia en que está inspirada la obra de Rostand. Según esta leyenda, Metternich había sometido al vástago de su adversario a un régimen inhumano que precipitara su muerte. Todo esto no es más que pura novela.

Con la restauración de los Borbones, el hijo de Napoleon, perdió las probabilidades de subir al trono. Se le educó, pues, en archiduque austriaco, procurando que no tuviera ninguna relación con franceses. Pero no se le impidió en manera alguna que admirase a su padre y que rindiera culto a su recuerdo. Lo que hizo con todo el ardor de su alma, sin pensar en otra cosa que en sucederle.

En tanto reinaron los Borbones, Metternich hizo todo lo posible por desengañarle. Pero después de las Tres Gloriosas dió muestras de mayor comprensión hacia las ambiciones del joven príncipe. Sin hacer nada, evidentemente, por imponer el «aguilucho» a Francia y a Europa, no dejó de utilizar esta amenaza. En el momento oportuno envía estas líneas a su embajador para que le sean transmitidas a Luis-Felipe:

«Demasiado sabido es que yo odio el caos y que muchas veces acepto lo malo en vez de lo bueno para evitar perturbaciones. Si éstas se produjeran y yo me viera

obligado a elegir entre dos regímenes igualmente revolucionarios, escogería de seguro el que estimara más ventajoso. Lo consentiría y lo apoyaría, sobre todo si su representante sabía comportarse lealmente.»

Luis-Felipe advirtió la amenaza y se apresuró a doblegarse a las exigencias del canciller.

Estas complacencias destruyeron las últimas esperanzas del «aguilucho». Por otra parte, sus días estaban contados.

Se le enterró junto a sus abuelos maternos, con el blanco uniforme de los oficiales austríacos.

QUINTA PARTE

EL SISTEMA

I

Ante el retrato de su segunda mujer, muerta hace poco, el canciller piensa si será discreto retirarlo del lugar que ocupa. Metternich tiene cincuenta y nueve años, y arde en deseos de casarse otra vez. Su elegida, en esta ocasión, es digna de él. La condesa Melania Zichy-Ferraris es rica, bella, distinguida. Tiene todas las cualidades de la alta aristocracia húngara y, desgraciadamente, todos sus defectos. Es, con exceso, altiva y reaccionaria. Su carácter habrá de dar serios disgustos a su futuro esposo. La imprudencia de esta dama está a punto de enturbiar las relaciones entre Francia y Austria.

Durante el verano de 1833, tiene una conversación con el conde de Saint-Aulaire, embajador de Francia. El conde exalta la influencia, a su juicio feliz, de las mujeres en la vida pública. La condesa Melania replica:

—En mi país—hace notar con tono glacial—las mujeres no tienen influencia alguna en los asuntos públi-

cos. Yo soy la esposa de un canciller... Pues bien, aunque mi marido me contara cosas de gran importancia yo me guardaría de manifestar mi opinión. Cosa muy razonable por mi parte, ya que estoy convencida de que no haría el menor caso. Y no le faltaría razón... Las mujeres no podremos jamás desligarnos de nuestros prejuicios para considerar las cosas desde un punto de vista puramente objetivo.

Y bien. Esta mujer ideal, que tanto elude dar su opinión acerca de los acontecimientos políticos porque se juzga incompetente, a los pocos días de este inocente cambio de ideas, da una velada diplomática a la cual invita al embajador de Francia. Aquella noche la condesa Melania luce sobre el peinado una diadema ornada de diamantes en forma de corona. El conde Saint-Aulaire tiene una frase amable.

—Es una joya que he heredado—replica la condesa—. De otro modo no hubiera tenido la audacia de llevarla.

El conde acaso no habría reparado en la alusión insultante que envuelve la réplica, si la esposa del canciller no hubiera ido más allá. Pero, satisfecha de su rasgo de ingenio la condesa Melania se apresura a contar a su íntimos la lección que acaba de dar al embajador de Francia.

Al día siguiente Metternich le comunica a su mujer que el embajador de Francia le pide explicaciones por su extraño proceder. La condesa se hace la desentendida.

—Es preciso aclarar el equívoco—declara el canciller.

Y propone al embajador una entrevista con su mujer. El embajador llama la atención en ella sobre la delicada situación que han creado sus palabras, por prestarse a juicios malévolos. Dispuesto a la conciliación, sugiere a la princesa que desmienta la interpretación ofensiva que se ha dado a la frase, a la cual se atribuye la inten-

ción de aludir a ciertas personas que llevan coronas que no han heredado.

Pero todo lo más que consigue el embajador es una breve frase explicando que no ha querido eludir a la persona de Luis-Felipe, nueva impertinencia tanto más inoportuna cuanto que la Prensa parisién se ha enterado del incidente y le da publicidad para regodeo de sus lectores. El embajador se ve obligado a hacer una gestión oficial con motivo de este ridículo incidente. Metternich, muy correcto, le da plena satisfacción y reconoce con lealtad que su mujer no se ha mostrado a la altura de las circunstancias.

—¿Qué quiere usted, querido ámigo?—añade amargamente—. No soy yo quien la ha educado.

Francisco II había puesto toda su confianza en Metternich. Su heredero, Fernando V, es una figura singular. En su juventud, fué agredido una vez, en la calle. El agresor le hirió con un cuchillo de cocina. Fernando, estupefacto, mira al fanático y le dice:

—¡Huye, desgraciado!

Acude la gente y el agresor es detenido. Fernando pretende que se le ponga en librtad. Los policías se lo llevan. Mas Fernando ha podido averiguar su domicilio y va inmediatamente a tranquilizar a la familia. Hace gestiones para obtener que lo liberten, pero no lo consigue. En vista de ello, socorre a la familia en tanto su agresor está en la cárcel. Y, cuando, al fin, es puesto en libertad, le pasa una pensión. ¿Es un santo, o un imbécil? ¿Quién es capaz de discernirlo? De lo que estamos seguros es de que no tenía vocación para dirigir un Estado.

Metternich estaría en contradicción consigo mismo si aprovechando la simplicidad de su soberano cogiera el timón a la manera de los *Maires de Palais* de los Merovingios. Para un legitimista como él, esto consti-

tuiría una usurpación. A la muerte de Francisco II envía a sus Encargados de Negocios una circular en la cual afirma, con exageración ciertamente sospechosa, lo que sigue:

«Jamás en país alguno la sucesión del trono se ha hecho de manera menos accidentada. Las administraciones seguirán su labor con el mismo espíritu que trazó el difunto emperador. Su sucesor desea continuar esta política. Austria seguirá siendo lo que fué.»

¿Está en realidad tan satisfecho como parece de la situación exterior e interior del Imperio?

Mucho tiempo después, confesará sus inquietudes. No queriendo asumir el papel de dictador, fué descartado por sus rivales, en el reinado de Fernando. El Imperio será gobernado por un Consejo de Estado. Pero como de este Consejo forma parte Metternich, la opinión le atribuye a él todas las decisiones y le carga la responsabilidad de los acontecimientos.

II

Metternich empieza a declinar. Su joven esposa se pregunta con angustia qué va a ser de ella si—¡Dios no lo quiera!—muriera su marido. Pero el temor de esta catástrofe se aleja. El canciller recobra sus fuerzas. Sin embargo, desdeña la lucha con sus rivales, cede a Kolowrat la gerencia de los asuntos interiores, que éste reivindicaba.

Los enemigos del orden instituído tienen una nueva divisa. Quieren una Constitución. Se titulan «liberales» —son los antiguos «carbonarios»—; llevan luengas barbas y sombreros de anchas alas.

Metternich hace lo imposible para combatirlos. Pri-

mero, recurriendo a ciertas estipulaciones de la Santa Alianza, se opone con todas sus fuerzas a que los soberanos, atemorizados por sus súbditos, se resignen al establecimiento de una Constitución, incompatible con el principio del derecho divino, que limitará su soberanía. Pero la máquina de la Santa Alianza funciona cada vez peor. Inglaterra no quiere ya intervenir en los asuntos de los demás países. La ley electoral de 1832 pone fin al poder del partido *Tory* y el grupo *Whig* de John Russel toma el nombre de «partido liberal». Esta palabra, «liberalismo», resume todas las exigencias de la época, orientadas a crear una corporación representativa llamada a reemplazar el gobierno autoritario, un ministerio responsable, una jurisdicción independiente, la libertad de pensamiento; cosas saludables todas ellas, que dos profesores alemanes, Rotteck y Welcker, resumen bajo esta denominación en su Enciclopedia política: «Staatslexicon», publicada en 1834.

Los fervientes de estas ideas esperaban, como en 1789, que la iniciativa partiera de Francia, donde el rey no reina ya por la gracia de Dios, sino por la voluntad de los franceses. Metternich permanece a la expectativa.

—Todo el que gobierna es, de grado o por fuerza, conservador—repetía.

Sin embargo, Luis-Felipe ha de hacer cada día más concesiones a los liberales. A la muerte de Casimiro Périer llama al poder a Adolfo Thiers. Este hombre pequeño y enérgico, para llegar a su objetivo—la denuncia de los tratados de 1815—, comienza por apartar de los asuntos políticos al rey, al que juzga demasiado prudente.

—¡Francia está sedienta de gloria!—exclama.

—Pero no tenemos motivos para hacer la guerra—observa **el rey.**

—¡Los inventaremos!—contesta Thiers.

Y cumplió su palabra.

Con motivo de un incidente—la sublevación del pachá de Egipto contra el Sultán, incidente que afectaba bien poco a Francia—Thiers estuvo a punto de declarar la guerra a Austria. Luis-Felipe trata de calmar la irritación de Metternich.

—Mi primer ministro no deja pasar ninguna ocasión para provocaros—dice el embajador de Austria—. Pero tener la seguridad de que mientras yo sea rey la guerra será evitada.

Cuando Thiers le coloca entre la espada y la pared, lo despide, y llama a Guizot al poder.

Este gesto proporciona una gran satisfacción a Metternich.

—Guizot tiene las mismas ideas que yo—declara—. Como nuestros caracteres son afines, jamás podrá haber diferencias importantes entre nosotros.

No sólo sus ideas son idénticas. También lo son sus gustos. La princesa de Lieven, antes amante de Metternich, es ahora la Egeria de Guizot. El conocimiento que ella tenía del carácter del canciller sirve eficazmente al ministro francés.

Las amenazas de guerra pudieron ser disipadas, pero la situación interior de Francia no mejoraba. Thiers, irritado, intrigó todo lo que pudo contra Guizot. Y triunfó, aunque no como deseaba. La caída de Guizot llevó consigo la de la monarquía.

III

Esta *débâcle* fué precedida de una grave agitación política, fomentada por la «Joven Francia», la *Jungdeustchland* y la «Joven Italia». Sus publicaciones

eran disputadísimas. En ellas se expresaba una fe inquebrantable en la humanidad. Lamennais, incomparable publicista, exponía así sus sentimientos:

«Si veis un pueblo encadenado, maltratado por sus verdugos, no digáis que es un pueblo turbulento que merece su suerte, ya que perturba la paz del mundo... Posiblemente es un pueblo mártir, que sufre por la salud de la humanidad...»

Se relee la historia de la Revolución Francesa. Se estudian las obras históricas de Lamartine, de Mignet, de Thiers. ¿Qué ideas se expresan en estas producciones? La soberanía del pueblo y la libertad de pensamiento.

Son exactamente los principios que condena Metternich altivamente:

«Esa gente emplea las expresiones de *pueblo* y de *libertad* en un sentido abstracto, sin tener una visión concreta de las realidades que encierran. Lo que valoriza a un hombre no es una situación social, sino la solidez de sus principios. Cuando un hombre olvida su dignidad y sigue a los *leaders* será pueblo, *aunque* sea burgués.»

Lo que se acostumbra llamar un «cambio de régimen» no arranca del momento en que este cambio es efectivo. Antes de que se produzca, la policía y la censura funcionan aún, pero funcionan mal. La difusión de las ideas subversivas está prohibida, pero nunca se difunden ideas tan audaces como en los meses que preceden una revolución. La opresión parece insoportable, pero en realidad no lo es del todo. Se fundan círculos, se frecuentan los «gabinetes de lectura». Todos están de acuerdo en decir que la política gubernamental es grotesca y que está muerta prácticamente. Los escritores que combaten el régimen son adulados por el público. Los censores, súbitamente atacados de indulgencia, per-

miten la circulación de sus escritos. Hay cosas sagradas, por supuesto, pero la gente sabe leer entre líneas, comprende las alusiones.

Eduardo Bauernfeld, autor dramático que ha obtenido ya éxitos resonantes, presenta su nueva obra al conde de Czernin, intendente del Teatro Nacional.

El conde la rechaza. Bauernfeld, indignado, decide apelar al emperador. La audiencia se celebra en el mes de enero de 1835. Bauernfeld cuenta al emperador que ha ofrecido una obra al *Burg-Teater,* que ha sido aceptada por los teatros reales de Berlín y Dresde, y que el intendente la ha rechazado.

El emperador, después de haberle escuchado impasible, dice:

—*Ja, das hat der Czernin, zu reden, sonst kein Menchs* («Este asunto es de la sola incumbencia de Czernin».)

—Sois vos quien ha de decidir en última instancia, Majestad—insiste Bauernfeld—. Os suplico que autoricéis la representación, por consideración, al menos, a mis obras anteriores.

—Vuestras obras, en efecto, me han gustado mucho —contesta el emperador—. Pero si Czernin dice que ésta no se puede representar, debe de tener razón.

—El conde de Dietrichstein, el dramaturgo del *Burg-Teater,* me ha dicho que la comedia le agradaba.

—¡Qué incorrección por parte del conde Dietrichstein! Si la obra no le ha agrado a Czernin no debiera haberle gustado a él.

—He aquí mi obra, Señor. Si Vuestra Majestad quiere darle una ojeada...

—¿Por quién me habéis tomado, pobre amigo mío? Yo no puedo ocuparme de todo. Este asunto incumbe a Czernin. Sois funcionario y debéis saber que la decisión corresponde al jefe del Departamento. Asunto de Czernin. *Tut mit leid... Schreiben's halt wieder was lustigs,*

dar wird Czernin gewiss annehmen. («Lo siento mucho... Escribid algo divertido para que Czernin lo acepte».)

IV

Diez años después de la muerte del emperador, Bauernfeld escribía, en efecto, una obra muy divertida, en la que ridiculizaba «el sistema». Fué Kolowrat, el rival de Metternich, quien intervino para que la obra fuera representada en el *Burg-Teater*. Tenía sus razones para ello; el personaje principal era una caricatura de Metternich. Todos lo reconocieron.

La obra se titulaba *Grossjährig* («Cuando se llega a mayor...») y no tenía valor literario alguno. El trazado de las escenas era excesivamente torpe; la intriga, banal; los diálogos, sin intención; las sorpresas, sin efecto. Pero, a pesar de sus defectos, la obra obtuvo gran éxito. La gente no se fijó más que en el personaje de Blas, «alter ego» del canciller.

Era una caricatura hecha a gruesos trazos, que en nada se parecía al modelo. Pero el público se sentía mayor de edad, como el protagonista de la obra, y se rebelaba contra la tutela de un viejo lleno de manías...

En realidad no era el sistema, sino el canciller, quien había envejecido. Nominalmente, seguía siendo el hombre de Estado más influyente de Europa, pero su figura estaba empezando a pasar a la historia. Los destinos del mundo estaban ya en manos de otras personalidades, oficiales o no.

Francia, cuna del liberalismo, se mantenía tranquila gracias al celo de Guizot. La situación en Italia era más inquietante. Los liberales querían unificar la patria des-

pedazada. En 1846, el Colegio de Cardenales ofreció la tiara al cardenal Mastai, conocido por sus sentimientos liberales. El hombre que cuando no era más que obispo de Imola diera asilo al príncipe Luis Napoleon Bonaparte, perseguido por los gendarmes austriacos, ejercía bajo el nombre de Pío IX la más alta dignidad eclesiástica. Todos los liberales volvían su mirada hacia él. Thiers, jefe de la oposición, saluda en la Cámara el advenimiento del nuevo Pontífice y termina su discurso gritando: «¡Ánimo, Santo Padre, ánimo!».

La situación en Italia se hace más inquietante. Metternich se ve obligado a tomar medidas y refuerza las guarniciones.

Los italianos sufren la humillación con el alma tremante de rabia. Refunfuñan, murmuran, se disponen a la venganza. El año 1848 fué fértil en acontecimientos extraordinarios.

Los patriotas de Milán declararon el boicot a la compañía austríaca de tabacos. El domingo 2 de enero, un bello día de invierno en el que la gente se complacía en tomar el sol, los patriotas se dedicaron a la caza de fumadores para hacer respetar el boicot. Los oficiales austríacos, indignados por esta actitud vejatoria organizaron contramanifestaciones.

El conde Gustavo Neipperg pasea durante tres horas ante el teatro de la Scala, arriba y abajo, echando humo como una chimenea, con aire provocador. Los oficiales, con el cigarro en los labios, se congregan cada vez más numerosos. Los patriotas replican adecuadamente. Los exaltados no se contentan con obligar a los fumadores a que tiren los cigarros, sino que llegan a quitárselos de la boca. En los barrios menos frecuentados se insulta a los militares. Éstos juran vengarse. Después del toque de retreta, invaden las calles llevando un cigarro en cada lado de la boca, y lanzan al rostro de los patriotas

bocanadas de humo. Esta actitud agrava la situación.

Al día siguiente, para poner fin a los desórdenes, el *podestà* prohibe fumar en la vía pública. Era una disposición hábil, pero llegaba tarde. Los patriotas extienden el boicot a todos los productos industriales austríacos... Las paredes se llenan de inscripciones: *Morte ai vili latroni tedeschi.* El podestà advierte a las autoridades militares que no se considera con fuerza para asegurar el orden.

El año, decididamente, comienza mal. Unos meses más, y todo se vendrá abajo.

En febrero, cae en Francia el «régimen del justo medio». Ya el pueblo se bate en las calles cuando el rey llama a sus dignatarios a las Tullerías. El obeso y jovial Luis Felipe les recibe de uniforme, ostentando todas sus condecoraciones, y, después, retirándose tras de la mesa, exclama:

—No entiendo una palabra...

En este momento hace irrupción un gran burgués: Emilio Girardin.

—Señor, es preciso que abdiquéis.

Luis Felipe deja caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Qué embrollo!

Después coge la pluma y abdica en favor de su nieto. No hay tiempo que perder. Se viste a la manera de un viejo rentista, y llena de billetes una cartera que, en su nerviosismo, acaba por olvidar sobre la mesa. Las carrozas esperan a la familia real. Pero la multitud aparta a los soldados y se abalanza sobre ellas. Unos instantes después, las llamas las consumen.

El viejo rey abandona el palacio con su mujer por la escalera de servicio. Desembocan en la plaza de la Concordia, completamente desierta. El rey hace parar un fiacre.

—¿Dónde queréis que os lleve?—pregunta el cochero.

—Adonde queráis—responde Luis Felipe, indiferente.

Tal fué el final de su reinado.

La familia real no había tenido tiempo siquiera de tomar el desayuno. El cocinero, con delantal y gorro blancos, da órdenes en medio de la cocina, vasta como un salón de baile... Los marmitones preparan las tartas, elaboran los platos. Los camareros, en una sala de la planta baja, despliegan los manteles, disponen la vajilla y se alinean tras los taburetes. De fuera llega el rumor de la multitud. Pero esto no les afecta. Y ocupan su puesto, impasibles y rígidos.

De pronto, se abre la puerta y asoma su desgreñada cabeza la hija de una portera. Mira con aire de asombro a su alrededor. Chicos y chicas se apretujan tras ella en masa informe. Es el buen pueblo de París. Han sido empujados hasta el castillo y se encuentran allí sin saber cómo. Al frente, va la hija de la portera, repartiendo dulces miradas a los criados. Pero éstos no le prestan atención. Esperan impasibles, estirados.

—Pero, ¿qué es esto? ¡Nos estaban esperando!—exclama un pillastre en el grupo de los intrusos. Y, volviéndose hacia los criados, dice: —Yo me llamo Luis Felipe y estas damas y estos caballeros son mis invitados.

Es una deliciosa escena de comedia. Los servidores, muñecos automáticos, sirven la mesa. Los «invitados», no sin cierta emoción, se comportan como si fueran habituales de la mesa real.

El pueblo se conduce con ingenuilad infantil al ocupar las Tullerías. Recorre las salas ordenadamente, como los visitantes de un museo. Algunos se sientan en el trono para «experimentar la sensación»; otros abren los armarios. Las mujeres se prueban los vestidos y los sombreros de las damas de la Corte y se llevan como recuerdo quién un pañuelo, quién una camisa.

Un anciano, del que se hace mención en las Memorias

de un periodista inglés, volviendo la espalda a la sala de recepción, fuma tranquilamente su pipa en el aiféizar de una ventana.

—¿Qué hace usted ahí?—le preguntan.

—Gozando del panorama—dice el buen hombre, echando una bocanada de humo—. Cada vez que hay una revolución vengo a este mismo sitio...

Cuando recibió la noticia del destronamiento de Luis Felipe, el canciller tenía setenta y seis años. Los que le rodean están pasmados de su apatía.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé—contesta—. Tendríamos que cambiar nuestra política, pero no vamos a tener tiempo. Cuanto más reflexiono, me convenzo más de que la partida está perdida. No se puede detener la marcha de las revoluciones con notas diplomáticas. Debemos renunciar a Italia.

VI

Estaba convencido de que la revolución no tardaría en estallar. Pero se equivocaba. Italia se calmó de la noche a la mañana. Fué una calma amenazadora, la calma precursora de la tormenta, pero calma al fin. El canciller la aprovecha y refuerza las guarniciones en Italia. Temiendo disturbios internos, ordena que se ejerza severa vigilancia. Pero la policía funciona mal. Para detener a todos los que comentaban los acontecimientos de Francia hubiera sido preciso meter en la cárcel a la mitad de la población vienesa. Todo el mundo estaba convencido de que Austria iba a «rejuvenecerse» también. Y pronto se produjeron los temidos disturbios.

Primero en Wurtemberg, en Baden, en Francfort; después, en Bonn, en Hamburgo, en Colonia, en Bruns-

wick. Las tendencias contrapuestas que el canciller había combatido hicieron causa común. Se quería unir los Estados alemanes en una gran confederación. Se reclamaba una constitución, la libertad de Prensa y otras muchas cosas. Se denostaba abiertamente el Sistema. «¡Viva la gran Alemania unificada!», gritaban unos, mientras que otros, rotundamente opuestos a esta concepción, querían liberar del yugo austríaco las minorías nacionales de la monarquía. Pero todos estaban de acuerdo en afirmar que, antes que todo, era preciso liquidar el Sistema y desembarazarse de Metternich. El anciano se convirtió en el símbolo de todos los males. Circulaba una «oración revolucionaria»:

«Padre nuestro Metternich, que estás en Viena, cúmplase la voluntad de tus súbditos. Perdónanos nuestras recriminaciones como nosotros perdonamos tus errores. No nos hagas caer en la tentación con tus billetes de Banco, y líbranos de la mala moneda.»

Era un secreto de Polichinela que la Banca de Estado no disponía más que de un *stock* de oro por valor de veinte mil florines, contra doscientos millones de florines en billetes del banco en circulación. Se procuraba con tal motivo cambiar los billetes por piezas de oro o plata, para prevenirse contra la desvalorización.

La multitud se aglomeraba ante la cancillería reclamando la dimisión de Metternich. En las altas esferas se preguntaban si sería oportuno despedirle para calmar la agitación. Sus méritos fueron olvidados de golpe. Se creyó que su destitución evitaría el peligro de una revolución y que las cosas seguirían igual que antes. El emperador no tenía voluntad. Los archiduques se mostraban neutrales. La archiduquesa Sofía, la única persona de la familia que tenía sentido político, hacía causa común con los adversarios del canciller, pues éste, fiel a la promesa hecha a Francisco II, había sostenido leal-

mente a Fernando V, impidiendo que el Consejo de Estado le obligara a renunciar al trono en beneficio del hijo de Sofía, Francisco José.

Un bien día, la condesa Felicita Esterhazy, célebre por su necedad, interpeló a la esposa de Metternich en estos términos:

—¿Es cierto que os marcháis?

—¿Quién ha podido informaros así?

—Mi cocinera. Me ha dicho que todo el mundo compra velas para iluminar la ciudad la noche de vuestra partida.

VII

Es el momento de examinar qué valor puede atribuirse a la intuición política del canciller. Pues lo que caracteriza a un gran hombre de estado es la perspicacia con que advierte las ideas que van a transformar la sociedad. Cuanto mejor dotado está, mejor presiente cuáles son sus posibilidades; y si su deber es resistir, qué concesiones puede hacer sin contrariar sus principios. A veces ha de aceptar en un momento dado lo que ayer era inaceptable. Y, si no puede ceder en nada, debe saber elegir el momento de retirarse honrosamente. No era éste el caso de Metternich, quien estaba convencido de que la humanidad iba a la ruina si él dejaba su puesto.

No sospechaba lo más mínimo que el derrumbamiento de su sistema era inminente.

El movimiento comienza el 13 de marzo. Para aquel día, el emperador había convocado la diputación de la nobleza de la Austria Baja. Se sabía que la oposición preparaba un golpe. En los cuarteles fueron suspendidos los permisos. Los cuerpos de guardia fueron reforzados.

El 12 de marzo, se registraron incidentes en la Universidad. El archiduque Luis propuso la proclamación del estado de guerra. Metternich se opuso vivamente a ello. En su opinión, no era necesario tomar en serio tales incidentes.

El 13 de marzo era el aniversario del nacimiento del emperador José II. Llovía a cántaros. La policía, advertida de que la juventud universitaria iba a asaltar la Cámara de la nobleza, ordena que se cierre la puerta principal. Los miembros de la asamblea tenían que entrar por una pequeña puerta que daba a la Landhausgasse. Pero, por negligencia, la puerta principal quedó abierta y el patio del palacio fué invadido por la multitud mucho antes de que comenzara la sesión. Un energúmeno se puso a perorar. Cuando hubo acabado, se presentó otro.

—Yo me llamo Goldner—declara—. Voy a leer el último discurso del jefe de la oposición húngara, Lajos Kossuth.

Los párrafos del elocuente Kossuth conservaban, aun a través de esta traducción improvisada, toda su impetuosidad. Las ventanas se llenaron de curiosos rápidamente. Ciertas frases hubieron de ser repetidas dos o tres veces. «¡Viva Kossuth!», clamaba la multitud. Pero a estos gritos se unieron otros: «¡A la horca Metternich!»

El orador fué reemplazado por otro. El recién llegado era Goldmark, padre del célebre compositor.

—Señores—dice—, las palabras son superfluas. Subamos a la sala y votemos nuestras resoluciones.

Inmediatamente la muchedumbre invade la sala de sesiones. En este momento, las autoridades se creyeron en el deber de intervenir. El archiduque Albrecht fué encargado de restablecer el orden. Al frente de su estado mayor y seguido de un batallón de granaderos, se

dirige hacia el lugar del disturbio. Pero, al llegar a la esquina de la calle de la Banca, un leño lanzado violentamente le da en pleno rostro. Este ultraje indigna al archiduque, hasta el punto de que abandona la plaza dando orden de desalojarla. Pero no fué cosa fácil. La multitud rodeó a los granaderos, insultándolos. Éstos, que no esperaban tal explosión de odio, perdieron la cabeza e hicieron fuego. La escaramuza produjo gran emoción en la ciudad. «¡A las armas! ¡A las armas!», gritaron los que huían. «¡Nos asesinan!»

Las plazas pequeñas y las calles tortuosas de la *Innere Stadt* fueron convertidas instantáneamente en campos de batalla.

VIII

En parte alguna el pánico fué tan grande como en el Burgo. Sus fríos pasillos fueron asaltados por comisiones populares. La agitación se extendió hasta las habitaciones privadas del Palacio Real. Los miembros de la familia imperial se acusaban recíprocamente. El archiduque Albrecht, furioso por lo del leño, renuncia a su puesto de mando. El príncipe de Windischgrätz, que se encontraba allí por casualidad, le reemplaza. El archiduque Francisco Carlos lanza graves reproches contra el jefe de policía, que le había asegurado que nada había que temer. El archiduque Juan, sospechoso de liberalismo, conferencia con Kolowrat. Llegaban rumores de los pasillos. Es en este momento cuando se presenta Metternich. El Consejo de Estado se reúne en seguida. Dspués de una discusión tumultuosa se acepta la proposición del canciller. El emperador firmará un manifiesto conteniendo la promesa de reformas inmediatas que in-

cluso él juzgaba indispensables. El régimen, pues, había capitulado. Pero las concesiones llegaban tarde. En los círculos, seguían las deliberaciones. Se exige el licenciamiento de las tropas, y comienzan a formarse batallones de guardias cívicos. Una delegación íntima al archiduque Luis a que despida al canciller. El archiduque lo promete.

Terminada la sesión del Consejo de Estado, el canciller regresa a su casa. A eso de las siete, se le ruega que vaya al Burgo, lo cual le inquieta vivamente. ¿Era posible que ocurriera algo sin que él lo supiera con anticipación? En la sala donde se congregan le esperaba otra sorpresa. No solamente encontró en ella a quienes tenían derecho a tomar decisiones, sino también a personas desconocidas que hasta entonces no habían tenido función política alguna. El archiduque ocupó el sitio de honor y resumió la situación en estas palabras:

—Hemos sido solicitados por una delegación que exige la dimisión del canciller. Los acontecimientos que se han producido desmienten la seguridad ofrecida por nuestros adictos, que repetían sin cesar que nada había que temer. No acusamos a nadie. La dinastía no es rencorosa. Sólo una cosa nos resta hacer: *z'retten wass zu eitten ist* («salvar lo que queda por salvar»). Antes de tomar una decisión rogamos al canciller que exponga su criterio sobre la situación.

—¡Qué horror!—murmuró Kolowrat al oído de su vecino—. Va a divagar lo menos tres horas.

El canciller comienza a justificarse estableciendo la diferencia entre una revolución de hecho y la revolución latente, y censurando con insolencia a quienes temen más la rebelión que sus signos precursores.

«El continente—dice—semeja un recipiente en el cual se descompone un líquido en fermentación, que impide la cristalización de elementos homogéneos. No es reco-

mendable detener este proceso por una intervención brutal. Quien quiera actuar debe elegir los medios y saber los resultados que puede obtener. No creo equivocarme al afirmar que es esto lo que la conferencia debe afrontar. Como hombre de Estado responsable de sus decisiones, soy tan opuesto a la severidad excesiva como a la débil complacencia. En cuanto a las reformas, hace ya mucho tiempo que debían haber sido realizadas. Ello no quiere decir que hayan de tomarse en consideración exigencias absurdas. Las reformas serias han de ser como los remedios homeopáticos, que no tienen apariencia pero son más eficaces que los medicamentos expendidos en cajas o en frascos.»

Al llegar aquí le interrumpe el archiduque:

—Príncipe, lleváis hablando más de media hora sin habernos dicho qué es lo que debemos hacer.

—Y yo hace veinte años que colaboro con el señor canciller sin haber podido obtener de él una opinión clara sobre ningún asunto—remarca maliciosamente Kolowrat.

El canciller, pálido por la indignación, abandona la sala. Seguidamente, escribe una carta presentando la dimisión.

«Majestad: me veo obligado a tomar una decisión que debo justificar. Siempre he sido consecuente en mis cosas y quiero seguir siéndolo en el porvenir. Dejo a mis sucesores esta divisa: *La fuerza reside en el derecho.*

»Las circunstancias que me obligan a dimitir son más poderosas que mi voluntad.

»Séame permitido renovar la seguridad de mi profundo respeto a Vuestra Majestad, y suplicar al Cielo os permita conservar el trono para nuestro bien.»

Aquel día, Metternich llevaba chaqueta verde y pantalón gris claro. Al salir de Palacio, la gente se arremo-

lina en torno suyo. Un orador espontáneo le da las gracias por su generosa decisión.

Al oír la palabra «generosa», el anciano se entristece.

—Vuestro orador—dice—ha calificado mi decisión de generosa. Protesto solamente contra tal epíteto. Sólo hay una persona que tenga derecho a ser generoso: el soberano. Ni yo ni nadie tiene fuerza para soportar el peso de la monarquía. Si se hunde, es que no se la podía salvar. Adiós.

IX

La esposa de Metternich esperaba al canciller en la terraza de su palacio.

—¿Se acabó?—interroga, tras ansiosa espera.

El canciller hace un gesto de asentimiento.

—¡Ya está!

Su voz era temblorosa.

—En el fondo, me alegro—añade, erguido—. Así no intervendré en los acontecimientos que van a producirse. El orden en que hemos vivido se hunde. Ya no he podido evitar su caída. Estaba solo, nadie me ayudaba.

Anochecía. Por la ciudad se propagaba el rumor de la dimisión del canciller. Como había anunciado la condesa Esterhazy, en todas las ventanas aparecieron bujías encendidas para festejar la noticia. El canciller se encerró en su despacho, como tenía por costumbre, y se puso a trabajar hasta el alba en la redacción de un informe para sus dos grandes amigos el zar y el rey de Prusia.

«He sido vencido por los acontecimientos—escribe—. Por otra parte, había previsto lo que iba a ocurrir. He luchado durante treinta y nueve años. Pero poner tra-

bas al curso de un torrente engrosado por el deshielo y que se precipita con una rapidez espantosa, era empresa superior a mis fuerzas. ¡Ah! ¡Si yo hubiera podido poner un dique a la avalancha!»

Y termina suplicando a los dos soberanos que mantengan firmemente sus principios y le sigan distinguiendo con su benevolencia.

Su esposa, agitada por la inquietud, entra infinidad de veces en el despacho de Metternich en el curso de esta larga velada. Siempre le encuentra en la misma posición: escribiendo.

Despachada la correspondencia, se acostó, sin desnudarse, sobre un canapé. Al despertar, vió ante él a su médico que le estaba tomando el pulso.

—Sería preferible tomarle el pulso a Austria—le dice el canciller—. Seguramente, late con más violencia que el mío.

X

El día siguiente era martes, pero daba la sensación de domingo. Era fiesta. Las tropas habían vuelto a sus cuarteles. Guardias cívicos y estudiantes circulaban, arma al brazo. No tenían gran cosa que hacer. Las pasiones se habían calmado. La población interpretaba el acontecimiento a su manera, con irónica sensiblería. Se compadecía al emperador, que—al decir de la gente—había afirmado la noche anterior: «Lo acepto todo con tal de que el pueblo esté tranquilo». ¡Buena persona, este ingenuo Fernando! Si ha sido preciso rebelarse no es por su culpa. Él hacía todo lo posible por ser bueno, pero esos bribones de ministros...

Y, sin otro motivo, vuelve a surgir la indignación con-

tra «ese viejo testarudo y odioso de Metternich...» Por supuesto, ha presentado la dimisión. Pero..., ¿quién sabe lo que estará tramando contra el pueblo soberano? Hay que prender fuego a su palacio. Que arda incluso el mismo canciller.

Poco faltó para que este plan fuera realizado.

El sistema está abolido, pero sus agentes aún actúan. Los confidentes advierten al canciller el peligro. Metternich se niega a abandonar su palacio. Por fin, sus íntimos logran convencerle de la necesidad de ponerse a salvo él y su familia. El conde de Rechberg evacúa a los niños y en seguida conduce al príncipe y a su mujer a casa de los Taafe. Advierte allí que su presencia molesta a los dueños de la casa. El canciller precipita la partida. ¿Cómo salir de la ciudad? Temen ser reconocidos en el control. El barón de Hugel se encarga de organizar la salida. Pone a su disposición su propio coche y él mismo ocupa el lugar del cochero. Pero, ¿adónde ir?

Al día siguiente, todo el mundo comenta la fuga del canciller. Unos le han visto salir de su palacio tapándose el rostro con un pañuelo. Estaba azoradísimo. Caminaba con paso impreciso por la plaza. Una vendedora ambulante lo había reconocido y se lo llevó a su casa. Había pasado la noche en Erderg, y al amanecer, disfrazado de campesino, había proseguido su marcha. Otros contaban que se puso una nariz de cartón y una barba postiza para no ser reconocido. Estaba tan nervioso que se había olvidado de cambiar de ropa y salió del palacio llevando un frac azul y un tricornio.

Estas leyendas, a pesar de su evidente inverosimilitud, divertían mucho a los vieneses. La Prensa daba treinta y seis versiones de la fuga del canciller. Se editaba su testamento, se publicaba su pasaporte firmado y sellado por el diablo, «ya que iba al infierno». Todas estas pu-

blicaciones daban idea del efecto de alivio que su marcha había producido.

XI

Sin embargo, el canciller viajaba, no hacia el infierno, sino en dirección a un sitio bastante más agradable: un castillo principesco. Tan pronto llega, envía cuatro letras a su secretario, el barón de Lebzelter, rogándole que convoque a todos los funcionarios del Ministerio para expresarles en su nombre y de su parte la gratitud que merecen por sus servicios. Después, pide los periódicos.

Su marcha es comentada con entusiasmo. Todos los emborronadores de cuartillas afirman que su fuga es la garantía más seria del cambio deseado. Se le hace responsable de todos los vicios del régimen abolido. Por fin se va a conocer un verdadero renacimiento moral.

—La situación no tiene precedentes—declara el canciller después de haber leído la Prensa—. Se ha hundido la jerarquía social, estamos ante el caos, ante la anarquía completa. Que me echen a mí, que he velado por la paz del mundo, es un síntoma de los tiempos. Por más que reflexiono no veo a nadie que pueda sustituirme.

El castillo era vasto, sombrío, poco confortable. El canciller está agotado. Ha de guardar cama. Todavía no está en condiciones de abandonar el lecho, cuando recibe la noticia de que el pueblo no quiere tolerar su presencia en la comarca. Tiene, pues, que proseguir su éxodo. La princesa escribe en su diario: «Mi marido, que tanto ama la comodidad, que es un esclavo de sus costumbres, a quien hay que preservar siempre de las corrientes de aire porque es propenso a los enfriamien-

tos, y que tiene setenta y cinco años, se encuentra sin un lugar donde acogerse y no tiene idea de lo que va a ser de él.»

¿Dónde ír? El continente está en ebullición.

—A Inglaterra—propone Hugel.

—¿Y por qué no a las Indias?—refunfuña el canciller, que detesta a Inglaterra.

Estaba convencido de que todo el mal venía de Inglaterra. Comenzaron a complicarse las cosas en el momento en que Inglaterra se desligó de sus compromisos de 1815. Después de morir Castelreagh, y, sobre todo, al advenimiento de Canning, había conspirado con los elementos perturbadores contra las potencias conservadoras.

¿Refugiarse en Inglaterra, donde Palmerston está al frente del Foreing Office? Palmerston, que ha enviado agentes a Italia para conspirar contra Austria... Ni pensando. El canciller sigue su camino a la buena de Dios. Pasan la noche en una posada. A la madrugada, toman el tren para Praga. Triste partida... El pequeño grupo camina lentamente, con el equipaje a cuestas, hacia la estación. Billetes de tercera. En el departamento se encuentran con varios miembros del Parlamento democrático, que van a Francfort. Su presencia aviva los agravios del canciller. Piensa en su pobre soberano, que queda a merced de una banda de archiduques intrigantes, en la pérfida archiduquesa Sofía, en su rival Kolowrat que goza de su triunfo. Metternich cae en una profunda tristeza y desciende del tren una estación antes de llegar a Praga.

El canciller desconfía de Praga y nuestros viajeros pasan el día en una aldea de los alrededores de la capital. El barón de Hugel propone nuevamente el viaje a Inglaterra. Metternich, esta vez, ofrece menos resistencia. En Dresde obtiene un pasaporte a nombre de Mayer,

propietario que viaja con su mujer y su intendente. El vagón, con las puertas herméticamente cerradas, es agregado en Magdeburgo al tren que va a Hannover. Durante la maniobra, la princesa siente sed y descorre la cortinilla para pedir agua. El policía apostado ante el departamento la obliga a retirarse con gesto áspero.

De Hannover parten para Minden, desde donde irán en coche a Osnabruck. Esta fuga agota al canciller. El coche daba unas sacudidas demasiado violentas. Hubo que caminar al paso. Después de pasar dos días en Arnheim, llegan a La Haya. Allí podían considerarse seguros. El conde Mauricio Esterhazy, embajador de Austria, les ofrece hospitalidad. Y tras un buen ganado reposo, parten para Londres.

XII

He aquí al príncipe y a la princesa Metternich en Inglaterra, asilo de reyes destronados y de anarquistas perseguidos. ¡Inglaterra, isla extraña! El anciano tiene la sensación de haber sido transportado en otro mundo. Todo difiere de la existencia que deja tras sí. Lo que más le sorprende son las relaciones sociales. Sus ideas a este respecto resultaban equivocadas. El liberalismo no había destruído las jerarquías sociales. El trato de las gentes tenía la misma rigidez que medio siglo antes. A decir verdad, Inglaterra había cambiado menos, se había democratizado menos que el continente. Lo que había cambiado era la mentalidad de sus dirigentes.

Metternich no estaba propicio, naturalmente, a apreciar el trastorno producido en Inglaterra por el desarrollo industrial. Su espíritu era vivo y resuelto. Haciéndose cargo de la importancia de los descubrimientos

técnicos, trató con insistencia, mientras estuvo en el poder, de que la monarquía obtuviera provecho de ellos. Pero apreciaba el progreso del confort sin imaginar las modificaciones que este progreso produciría en las ideas y en la estructura social.

Entretanto, estaba viviendo en una Inglaterra gobernada por la joven reina Victoria. También ella se diferenciaba enormemente de los soberanos continentales. Sus modales hubieran extrañado a no pocos reyes. Metternich recordaba una visita que hizo la soberana inglesa a Alemania, visita en el curso de la cual le fué presentada. Fué en Coburgo. La reina visitaba la ciudad poco después de su boda, para conocer el lugar del nacimiento de su marido. Quiso ver el puerto y se quedó muy sorprendida cuando le dijeron que la ciudad no lo tenía... por no estar al borde del mar. Encontró abominable el palacio del príncipe y dijo que era preciso echarlo abajo.

—Pero si es un edificio histórico, amor mío—dijo su marido.

—Y eso qué importa. Es atroz—contestó la reina.

También propuso al Ayuntamiento costear los gastos de construcción de una serie de edificios para grandes bazares, algo parecidos a los de *Bond-Street*, «pues los que tenía la ciudad estaban pasados de moda».

—La calle ha de ser trazada de manera—explicaba—que al pasar no pueda verse el palacio, que es horrible.

Era generosa y al mismo tiempo tacaña. Cuando visitó al rey de Prusia en Stolzenfels no dió la menor gratificación a la servidumbre. Ello causó mal efecto. La reina lo supo. Y cuando, a continuación, hubo de visitar al rey Luis Felipe en el castillo de Eu advirtió que no pensaba ir si esperaban que distribuyera propinas.

Un día, estando en Stolzenfels con su marido, una princesa prusiana dejó caer su bolso. El príncipe Alber-

to, galante, lo recogió para devolvérselo. La reina, celosa, lo arrancó de las manos de la princesa y lo arrojó al suelo. El príncipe Alberto, indignado, se retiró a sus habitaciones. La reina, al recobrar la serenidad, fué en su busca, seguida de su séquito, y llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Alberto.

—La reina—respondió Victoria con altivez.

Al no obtener respuesta, la reina se retira. Un cuarto de hora más tarde, vuelve a llamar a la puerta de su marido. Pero, esta vez, sola.

—¿Quién es?—pregunta Alberto.

—Tu mujercita—contesta la reina suspirando.

La puerta se abre.

¡Delicioso! Pero para una reina...

Lo curioso es que, a pesar de esta debilidad, la reina Victoria haya podido hacerse respetar siempre. La razón está probablemente en que la atmósfera moral de Inglaterra difiere por completo de la del continente. Es más sana, más vigorosa. Ello se manifiesta, sobre todo, en las relaciones entre las diversas clases. Inglaterra, por lo menos en lo que pudo advertir Metternich, era tan convencional como el continente. Ninguna otra corte de Europa era tan ceremoniosa como la de Londres. Ningún palacio tenía servidumbre tan imponente, ni tan majestuosa.

En esta época, el inglés, que pasa por hipócrita, es más franco que el continental. El plebeyo puede enriquecerse igual en Inglaterra que en el continente, pues sólo de él depende llegar a las más altas funciones. Pero entonces quiere asimilarse a la nobleza. En Inglaterra, la burguesía lucha abiertamente para llegar a los puestos directivos. En el continente, llega a ocuparlos a fuerza de servilismo y de astucia. La aristocracia inglesa, por su parte, defiende sus privilegios con más aspereza que la del continente.

Todo esto es una revelación para Metternich.

—Hasta el cielo es distinto aquí—hace notar—. Las tormentas estallan igual que en mi país. Pero los pararrayos ingleses son más sólidos.

XIII

Los Metternich vivieron primero en el Hotel Claridge. Después alquilaron una casa en *Eaton Square,* número 44, cerca de *Hyde Park.* La noticia de su llegada produjo gran sensación. La casa fué invadida por las visitas.

El huracán revolucionario había perdido fuerza al atravesar el canal. Sobre Inglaterra no fué más que una borrasca pasajera. Mejor dicho, sobre sus ciudades industriales: Manchester, Glasgow, etc. Londres no fué afectado.

La manifestación de los «cartistas» se desarrolló tranquilamente. Los Coburgo eran afortunados. Cuando todos los tronos vacilaban, los súbditos de Leopoldo, rey de los belgas, le prestaban juramento de fidelidad. Igual en Inglaterra. La reina no había sido nunca tan popular como en el curso de la tormentosa primavera de 1848, aunque no había hecho ninguna de las concesiones que los otros soberanos se habían apresurado a hacer para conservar su corona. La reina Victoria se contentó con apartar a los reaccionarios. Aunque no le satisfacía mucho la política de Palmerston, se negó a despedirle.

Victoria conocía perfectamente a los Metternich. No podía ver a la princesa Melania, desde que ésta se había permitido hacer notar en voz alta que una de las perlas del collar de la reina era defectuosa. Pero si Victoria aparentaba ignorar la presencia de Metternich en Lon-

dres, la mayor parte de sus antiguas relaciones se apresuraban a visitarles.

Nunca tuvo Londres tantos huéspedes distinguidos como aquella temporada. En Inglaterra desembarcó Luis Felipe, después de su humillante odisea. Allí buscó asilo también Guillermo, hermano del rey de Prusia, después de haber afrontado la cólera de los berlineses. Allí se daban cita todos los ministros de cuyos servicios se prescindía.

De las grandes *vedettes* del Congreso de Viena, Metternich aparte, aún vivían dos: Wellington y Nesselrode. Se vieron de nuevo. Wellington tenía setenta y nueve años. El canciller comprueba que ha envejecido. (Y era un poco más joven que él.) Metternich encuentra en Londres a sus antiguas amantes. La princesa de Sagan, antes tan coqueta, se mostraba ahora muy virtuosa. No era éste el caso de la princesa de Bagration, que estaba muy lejos de haber renunciado a sus costumbres. Incitaba, coqueteaba y aterrorizaba al canciller con sus alusiones al amor de otro tiempo. Además encuentra a la princesa de Lieven, que es ahora la amante de Guizot. Alguien pregunta un día a la princesa por qué no quiere «regularizar» su situación. Tras de fulminar una mirada terrible contra el insolente, la princesa responde: «¿Queréis que la gente me llame Madame Guizot?» De las tres, es la que se conserva mejor.

Vestía con refinamiento, con preferencia de negro. El canciller encuentra que no ha cambiado. La princesa devuelve el cumplimiento a Metternich:

—Sigue usted siendo insustancial y charlatán.

Jamás dos seres humanos habían llegado a conocer mejor sus debilidades recíprocas. Ésta fué, acaso, la razón de su amistad. Los dos consideraban el mundo como un tablero de ajedrez en el cual las piezas eran los hombres de Estado. En otro tiempo, su intuición era seme-

jante. Ahora, la de la princesa era superior. El canciller no se daba cuenta de que el tablero se había ampliado y que por tanto era necesario contar con más piezas que antes.

—No hay otra alternativa—declara a la princesa—. O yo me he vuelto loco o es el mundo quien ha enloquecido. Más bien creo que sea el mundo...

Todo esto le interesa bien poco a la princesa de Lieven. A sus ojos, Metternich es un hombre acabado.

Se equivocaba. La atmósfera de Londres rejuveneció al canciller. Era brillante, espiritual. En todas partes se le festejaba, y se le admiraba. Hizo buenas amistades. Los que creían encontrarse ante un conservador momificado se admiraban de su lozanía. Entre sus nuevos admiradores es preciso mencionar a Benjamín Disraeli, que le pidió autorización para consultarle.

—*I shall come and see you not merely because you are the only philosophical statesman I ever encontered, not merely because I catch wisdom from your lips and inspiration from your example, but because I feel for you the most tender and respectful affection.*

(«Es preciso que vaya a veros, no sólo porque sois el único estadista filósofo que he conocido, y desearía recibir vuestros consejos y las lecciones de vuestra experiencia, sino también porque siento el más tierno y respetuoso afecto hacia vos.»)

Este tono entusiasta no es adulación. Disraeli admiraba verdaderamente a Metternich.

A su mujer le describe así la entrevista:

—*I never heard such divine talk. He gave me the most masterly exposition of the present state of European affairs and said a greater number of wise and witty things than I ever recollected hearing from him on the same day. He wass indeed quite brilliant and his eyes*

sometimes laughed with sunny sympaty with his shining thoughts.

(«No he oído nunca un conversador tan brillante. Me ha hecho una insuperable exposición del estado actual de los asuntos europeos. Jamás había oído decir a la vez tantas cosas, de tal manera inteligentes y agudas. Ha estado, en verdad, brillantísimo. Sus ojos sonreían a veces con un fulgor de amistosa simpatía.»)

Se entendían a maravilla. Disraeli era un idealista, enamorado del pasado, pero que no se conformaba con exaltar la belleza de las catedrales góticas y las grandes hazañas de los caballeros. Trataba de construir de nuevo. Hay que suponer que no consideraba a Metternich como una reliquia del pasado, sino que admiraba en él al hombre de acción. Le expuso al viejo canciller sus ideas, a la vez conservadoras y radicales, que diferían en todos sus puntos del conservadurismo defensivo del anciano. Disraeli aprovechó los consejos que Metternich le prodigó gustosamente. Al partir de Londres el canciller, siguieron en relación epistolar. Palmerston no se equivocaba al advertir la mano de Metternich en los ataques que Disraeli dirigía contra su política, demasiado conciliadora con los revolucionarios. A Metternich le complacía este juego. Palmerston sabía que la vanidad incurable del canciller no le permitía asistir a los acontecimientos como simple espectador. Era incapaz de ello.

A falta de cosa mejor, se servía de «El espectador de Londres», que propugnaba sus ideas. Pero esto no podía durar mucho, pues los gastos de imprenta sobrepasaban sus posibilidades económicas.

XIV

En efecto, su situación económica era precaria. Como el zar le hizo donativo de cien mil rublos, aún no había conocido la penuria. Pero su tren de vida era tan costoso que el porvenir se presentaba incierto. Metternich salió de Austria tan precipitadamente que no tuvo tiempo de liquidar sus asuntos. Había perdido no sólo su sueldo sino también (al menos provisionalmente) las rentas de sus inmensas propiedades. Sus antiguos adversarios le acusaban de haber dilapidado los fondos del Estado y de haber vendido a su país, pues desde 1814 hasta la muerte del zar Alejandro recibió de Rusia una subvención anual de cincuenta mil ducados. A la muerte del zar esta subvención fué suprimida, pero como no cesaba de reclamarla se restableció al cabo de algunos años, aumentada en veinte mil ducados.

«He aquí el secreto de la rusofilia del canciller, tan perjudicial para Austria», se escribía.

Uno de sus antiguos colaboradores, el historiador Hornmayer, le acusaba de haberse apropiado ilegalmente de un castillo checo, que antes fué abadía. Se preguntaba si tenía derecho a conservar el dominio de Johannisberg, antigua propiedad del Estado, que le regaló el emperador. ¿Tenía derecho el difunto soberano a hacer donación a un particular de una propiedad que no pertenecía a sus bienes personales?

El diputado Loehne hizo el 14 de agosto de 1850 una interpelación resonante. Intimaba al ministro de finanzas a que ordenara urgentemente una investigación acerca del empleo de las cantidades que Metternich había recibido del Tesoro como canciller, y pedía tam-

bién que exigiera de Metternich el envío de una liquidación detallada del empleo de tales cantidades. No acusaba claramente al canciller de concusión, pero es evidente que su conducta aparecía como sospechosa de indelicadeza.

El ministro tomó en cuenta esta interpelación y ordenó que se hiciera la investigación solicitada. Al mismo tiempo, ordenó la retención de los bienes del canciller a título de garantía. Embargadas sus rentas, Metternich quedaba sin recursos. No podía esperar el resultado de la investigación que había de justificar su conducta y liberar sus rentas. ¿Quién podría fijar después de tantos años si la aplicación de ésta o la otra cantidad estaba justificada? ¿Cómo exigir del canciller que rindiera cuentas después de transcurrido tanto tiempo?

Tras una investigación que duró quince meses, la comisión presentó su informe. Los libros de la cancillería habían sido mal llevados, pero en cuanto a la acusación de «despilfarro criminal» no estaba en manera alguna justificada. Convencida de la probidad de Metternich, la comisión renuncia a revisar a fondo la contabilidad de la cancillería.

El diputado Loehne protesta contra el «escamoteo», y Metternich, vejado por una conclusión que estimaba poco honrosa, protesta a su vez. La comisión, quieras que no, hubo de ponerse a trabajar nuevamente. Metternich se armó de paciencia, pero pasaron dos años en la espera. Entonces se dirige a Schwartzenberg, presidente del consejo austriaco, intimándole a que se liberen sus rentas o se le acuse de concusión. Schwartzenberg invita a la comisión a que se pronuncie. Ésta afirma que ante todo hay que aclarar una cuestión de principio: ¿El canciller ha de ser considerado responsable de todos los gastos hechos por la cancillería bajo su gobierno,

o solamente de aquellos que fueron hechos por sus órdenes directas?

Tras una acalorada discusión la comisión conviene que no es responsable más que de estos últimos. Una vez de acuerdo sobre este principio, empieza la revisión de los libros y se comprueba que los pagos que no aparecen «justificados con toda evidencia» ascienden a un total de 62.082 florines, 3 kreuzers y un cuarto; y aquellos de los cuales no podía hacerse responsable al canciller personalmente a 21.431 florines, 35 kreuzers y tres cuartos. Eran cantidades empleadas en concepto de gastos de representación y de retribución de servicios confidenciales. En suma, la comisión se declara incompetente para decidir si el canciller había de reembolsar esta cantidad al Tesoro y propone que sean liberadas las rentas del canciller; o, mejor, que el bloqueo no pasara de la cantidad de la cual podía hacérsele responsable eventualmente.

El informe se presentó por triplicado al ministro de Justicia, al ministro del Exterior y al ministro de Hacienda. Los dos primeros compartían el criterio de la comisión. El tercero hizo revisar las cuentas de la Cancillería por otros peritos y exigió finalmente del canciller el reembolso de 102.294 florines, 49 kreuzers y un cuarto. Ocupaba la cartera de Hacienda el barón Krauss, un burócrata inveterado que consideraba sospechoso todo aquello que no estaba apoyado por documentos, y turbias todas las entradas y salidas que no aparecían debidamente certificadas. Por ejemplo, descubrió un vale para la compra de un reloj ornado de diamantes. Se trataba de un regalo hecho por el canciller a Castlereagh en nombre del emperador. ¿Estaba probado que se encargó a Metternich de hacer este obsequio? ¡Ah! No aparecía el acta de autorización. En las dos primeras décadas del siglo, el canciller había tenido que hacer

grandes viajes para representar a la Monarquía en diversas conferencias. Con este motivo hizo uso de los gastos de representación concedidos por el Tesoro. El barón de Krauss opinaba que el canciller había de reintegrar estas cantidades.

El asunto pasó al Consejo de ministros. Éste declara que es vergonzoso exigir que un hombre de Estado tenga que llevar un libro de cuentas cuando va de una a otra capital para defender los intereses de su país. No podría desempeñar su función si no se tuviera confianza en su probidad y si, hasta ciertos límites, no pudiera disponer libremente de los fondos públicos.

Tal era el punto de vista del consejo de ministros. Pero el barón de Krauss protesta contra esta opinión. Al cabo, el emperador pone fin al asunto. La investigación fué terminada y quedó reconocida la probidad del canciller.

XV

Durante todo este tiempo, Metternich se vió privado de sus rentas. No cesaba de protestar, pero sus apelaciones no tenían respuesta. Era el símbolo del sistema aborrecido. Los nuevos dirigentes encontraban insoportable a este anciano que evocaba un pasado que estaban enterrando.

Mientras los revolucionarios estuvieron en el poder, Metternich encontraba muy natural que se le calumniara. Vanidoso incorregible, se sintió halagado cuando Nestroy le hizo aparecer en una de sus obras, por más que le atribuía estas palabras:

—Mi elemento era la noche. Los grandes hombres son estrellas que no brillan más que en la obscuridad. Cuan-

do la aurora de la libertad se acerca, las estrellas palidecen. Por eso yo odio la libertad. Pero su imperio será breve. La noche volverá pronto. Yo gozo en mi esperanza. Un poco de paciencia y las estrellas lucirán otra vez en el cielo.

Esto era poesía. Fueron otras las estrellas que brillaron en el firmamento de la política. En la nueva constelación ya no había sitio para él.

Metternich estaba apenado porque no se le invitaba a regresar a Viena.

—Haga lo que haga, se muestran sordos. Me dejan en la incertidumbre. Acaso yo soy un poco exigente. Sin embargo, tengo derecho a una explicación. Las injurias de la canalla no me dan frío ni calor. Pero la actitud de la Corte y del gobierno no las desautorizan.

A fines de 1848, la archiduquesa Sofía y su camarilla obligaron a abdicar al emperador. La archiduquesa reinaba en nombre de su hijo Francisco José. Metternich se apresuró a desear un feliz reinado al nuevo monarca. Francisco José no le hizo el menor caso. El golpe fué tan rudo que el anciano cayó enfermo. Sus fuerzas se debilitaban. Nadie creía que pudiera restablecerse. Sin embargo, se repuso, aunque quedó medio sordo y su carácter se agrió. Le costaba trabajo hablar. No quería morir en el extranjero, pero su orgullo le impedía volver a Austria sin haber sido llamado. Como sus medios no le permitían seguir en Inglaterra, en abril de 1851 fué a establecerse en Bruselas con su mujer, instalándose en casa del violinista Bériot, en el bulevard del Observatorio.

En este momento es cuando Schwartzenberg levanta el embargo que pesaba sobre sus rentas e incluso le concede una pensión. Con ello pudo saldar sus deudas, y su situación se hizo más estable.

Su hijo Ricardo veía con bastante frecuencia al em-

perador, a la archiduquesa Sofía, a los archiduques. Éstos no dejaban de pedirle noticias de su padre, pero absteniéndose de preguntarle por qué no volvía. Tal reserva demostraba claramente que no deseaban su regreso.

—La dinastía reniega de mí—gemía el anciano—. Ello me apena. Pero mi amor propio me impide dar el primer paso para la reconciliación.

Transcurrieron los meses y Metternich se impacientaba. ¿Tendría que morir en el extranjero? Sería una desgracia horrible. En su desesperación escribe a Schwartzenberg rogándole que le diga sin ambajes las causas que le hacen indeseable. Le ruega que disipe todo temor en cuanto a su persona. No quiere actuar en la vida pública. Vivirá como un simple particular. Pero que le dejen volver a su país...

Se sometía sin condiciones. Schwartzenberg comunicó sus deseos al emperador. Francisco José, que trataba de emanciparse de la tutela de su madre, contestó personalmente al canciller, invitándole a volver a Viena.

XVI

El exilio terminó el 9 de junio de 1851. Fué un retorno triunfal. Metternich se detiene en su ciudad natal, visita su dominio de Renania y recibe a Bismarck en su castillo. Pasaron un día juntos. Bismarck estaba muy abatido, y como Metternich apenas oía, la entrevista no resultó muy animada.

Siguiendo el ejemplo del rey de Prusia, que visitó al canciller, todos los reyes de los pequeños estados alemanes procuraron entrar en contacto con la vieja celebridad. El rey de Wurtemberg le ruega que se detenga en

Stuttgart. La gran duquesa de Baden le invita a Mannheim. A su paso es saludado por todos los grandes gentilhombres campesinos de Alemania.

En Viena la acogida fué menos calurosa. Tras el apaciguamiento de las pasiones políticas, la familia imperial y el gobierno tenían bastantes motivos para sentirse molestos por la presencia del canciller. Su conciencia no estaba tranquila. Habían abandonado a Metternich. Entregaron la capital a los revolucionarios y aunque la recobraron más tarde y restablecieron el orden, no dieron solución a los problemas que debían haber resuelto. Las minorías, vencidas, oponían una resistencia pasiva. Se temía una nueva revuelta. Para preparar el retorno del canciller, Schwartzenberg sugiere a la Prensa unos artículos subrayando que este regreso no significa en manera alguna la resurrección del antiguo régimen, ya que el gobierno estaba resuelto a llevar a la práctica en el plazo convenido las reformas prometidas.

Prudencia inútil. Metternich ya no era odiado. Había otros a quien odiar: el príncipe Windischagrätz, que ahogó en sangre la revolución, y el general Haynau, que mandaba apalear a las mujeres. Este último, después de sus fechorías, se marchó a Londres, donde fué insultado por los obreros. El gobierno austríaco exigió que se le dieran excusas. Palmerston contestó que el gobierno inglés no podía garantizar la seguridad de los visitantes indeseables. El general podía haberse quedado en casa...

Si la vuelta del canciller preocupaba al gobierno, las archiduquesas temían sobre todo la mala lengua de Melania. Ésta contaba a quien la quería oír, que la familia imperial había abandonado a su marido. Sin embargo, la familia hacía todo lo posible por reparar la injusticia. Ausente de Viena el emperador Francisco José, el archiduque Francisco Carlos fué inmediatamente a visitar a Metternich. Todos los miembros de la familia siguieron

su ejemplo. Unos tras otros, se presentaron también en su casa los ministros. Finalmente, el Emperador, de regreso de Galitzia, donde había asistido a unas maniobras, se hizo anunciar sin tardanza en casa del canciller.

Esta visita fué el broche de oro de la reconciliación. Pero la princesa no disfrutó mucho tiempo de esta impresión de gloria. Estuvo muy enferma en Londres, y ahora sentía que su vida se escapaba irremediablemente, aunque era mucho más joven que su esposo. En efecto, murió antes. Metternich, que se jactaba de ser experto en medicina, asistió a la autopsia del cuerpo de su mujer, y examinó con gran interés el enorme tumor que había causado su muerte.

El canciller no deseaba morir. Había pasado de la edad en que se siente envejecer. Era un anciano.

«El que envejece—decía—piensa en el otoño viendo las flores. La reacción de un anciano es distinta del todo. Aun las flores marchitas, le complacen porque le hacen pensar en la vida que surgirá de la tierra en que nacieron. El que envejece está molesto por los deberes que cumple cada vez peor. Del anciano ya no se exige nada. Puede gozar sin inquietudes de las modestas satisfacciones que le ofrece la vida.»

—Yo vivo, pero ya no trabajo—dice a los que le visitan.

—Pensar no es trabajar. Es vivir, y nada más...

A veces tararea una melodía que tiene por estribillo:

Freut Euch des Lebens, weil noch das Lämpchen glüht.

(«Gozad de la vida, mientras la llama no se extinga.»)

A quienes intrigaba esta canción, les decía que era suya, letra y música, aunque se la había cedido a Rossini para que la incluyera en la obertura de «Semíramis».

—Era en los tiempos del Congreso de Verona, cuando conocí a Chateaubriand y a su amante Mme. de Recamier. Estábamos de acuerdo en todo. Pero cuando Castlereagh se cortó el cuello y Canning subió al poder...

Y así iba evocando sus recuerdos, infatigablemente.

XVII

Pero llegó un momento en que Metternich hizo unas declaraciones poco compatibles con la actitud de anciano tranquilo y juicioso, que había adoptado. En realidad, estaba atosigado por los rencores. Antes de volver a su patria había asegurado que no quería mezclarse en política. Pero, ¿quién podía exigir de este anciano, lleno de méritos, que renunciara a su mayor pasión? Los que ocupaban el poder en Austria le consultaban con frecuencia, porque sabían que ello le hacía feliz.

—Se me consulta como a un gran cirujano. Todos los casos desesperados pasan por mí.

Hubiera podido añadir: «... pero no se hace mucho caso de mis diagnósticos.» De hecho, no se le pedía opinión más que para acallar su susceptibilidad. Había censurado las medidas tomadas contra las minorías. El emperador le sometió un plan de reorganización que, a pretexto de unificar todos los esfuerzos *viribus unitis*, otorgaba a las minorías un sistema administrativo unitario. El edicto—la famosa «patente de San Silvestre»—prometía respetar las tradiciones políticas de las minorías, pero esto no eran sino palabras vanas, pues no tuvo realidad. Metternich censuró claramente estas medidas. Advierte al emperador que la nación austriaca no había existido nunca, y que la monarquía era una federación. Comunica sus temores a Schwartzenberg,

preocupado por la resistencia de los húngaros. Anular de un plumazo instituciones varias veces seculares, ofender a un pueblo en su amor propio, en su honor nacional, era una locura. Llevar la unificación al extremo, privar a las minorías de toda autonomía, era una provocación que traería las peores consecuencias. Sus amonestaciones no produjeron ningún efecto. La «patente» entró en vigor.

Los que rodeaban al ex canciller, tenían la impresión de que había pensado un plan para resolver el problema, y que no esperaba sino que se le invitara a exponerlo. Al morir súbitamente Schwartzenberg, creyó un momento que se recurriría a él. Uno de sus íntimos, el conde de Prokesch-Osten, le intima a que salga de su reserva, pues las medidas del gobierno comprometían seriamente la autoridad moral de la dinastía. Metternich, que no quería otra cosa sino volver al poder, contestó que, a su edad, no tenía ya la fuerza necesaria para asumir la responsabilidad de semejante empresa. Contaba entonces setenta y nueve años.

Pero en realidad le dolía que le tuvieran en el olvido. Para vengarse, publica su opinión sobre el problema húngaro. Aun condenando la pretensión de las minorías a disponer de ellas mismas, tomó la defensa de sus instituciones. Su criterio diferia totalmente de la famosa Verwirkungstheorie de Wessenberg, que pretendía que los húngaros habían arriesgado con su rebeldía el derecho a sus instituciones históricas.

La publicación de este punto de vista disgustó enormemente al gobierno. El emperador la calificó de «acto de senilidad».

Sin embargo, continuó consultando al ilustre anciano sobre las decisiones que había de tomar, especialmente cuando llegó el momento de determinar cuál sería la actitud de Austria ante el cambio de régimen en Fran-

cia. Francisco José simpatizaba con Luis Napoleon. Metternich le estimaba igualmente por haber sabido dominar la anarquía. Preveía que no iba a conformarse con el Eliseo y que, más pronto o más tarde, se proclamaría emperador. Como prefirió siempre las monarquías, aun las «improvisadas», a las repúblicas, aconsejó a su emperador que reconociera el cambio de régimen, pero permaneciendo «alerta» ante Napoleon III, que estaba en relaciones frecuentes con los revolucionarios italianos.

Esta cuestión del reconocimiento, era particularmente delicada. Las Potencias de la Santa Alianza habían declarado, tiempo atrás, que no tolerarían la vuelta de los Bonaparte. Era preciso encontrar un pretexto. El dilema fué resuelto por la afirmación de que sólo se reconocía a Napoleon personalmente, y no como heredero de Napoleon I. Para subrayar esta posición, se creyó necesario añadir que su reconocimiento no implicaba naturalmente el de sus descendientes eventuales.

Esta reserva irritó mucho a Napoleon.

No es muy probable que esta cláusula mezquina le agradara a Metternich. Austria, al adoptarla, rozaba la vanidad de un soberano que no dejaría de dar libre curso a su rencor en la primera ocasión.

XVIII

Cuando Austria logró cercar con un cuerpo de ejército expedicionario los restos de las tropas revolucionarias húngaras, varios millares de soldados húngaros se refugiaron en Turquía, con los polacos que combatían en sus filas. Austria y Rusia intimaron a Turquía a que expulsara a estos refugiados. Apoyada por Inglaterra,

Turquía se negó a esta pretensión. Se estaba a dos pasos de la guerra. Pero la flota inglesa hizo una demostración en los Dardanelos y los Estados reaccionarios hubieron de renunciar a sus exigencias.

Se evitó el peligro inmediato de un conflicto armado, pero las relaciones quedaron muy tirantes. Rusia, que codiciaba Constantinopla desde hacía mucho tiempo, ocupó Moldavia y Valaquia. Austria debía haber apoyado a Rusia en recompensa de la ayuda que le prestó cuando luchaba contra los húngaros. Pero no tenía ningún interés en el engrandecimiento de Rusia. Metternich, que había evitado siempre disgustar a Rusia, sin dejar de contrarrestar secretamente su expansión, aconsejó obrar con prudencia. Proponía alejar bonitamente a los rusos de las provincias danubianas. Este plan maquiavélico desagradó a Francisco José, porque implicaba una neutralidad armada, presta a intervenir en cuanto se movieran las Potencias democráticas.

El gobierno austríaco renunció a esta táctica y, aliándose con Prusia, intimó a Rusia a que retirara sin dilación sus tropas expedicionarias. El zar se indignó. Estaba en Varsovia cuando conoció las exigencias austríacas, y como pasara ante la estatua de Juan Sobiesky, príncipe polaco que había reconquistado la capital austríaca contra los turcos, exclamó:

—Dos imbéciles han salvado a Austria. He aquí uno...

Metternich censura de todo corazón el mal paso de Austria.

—No nos faltaba más que ser ingratos—refunfuña.

Schwartzenberg, dos días antes de morir, profetizó que Austria asombraría al mundo por su ingratitud.

Rusia entró en guerra con Francia e Inglaterra, que sitiaron Sebastopol. Austria concentró sus tropas en la frontera rumana reteniendo allí una parte considerable

del ejército ruso. Esta medida envenenó las relaciones entre los dos países.

XIX

Poco después de la guerra de Crimea, Cavour envió a París a su sobrina la condesa Nicchia Castiglione con la misión de engatusar al emperador y decidirle a cumplir su juramento de juventud: liberar a Italia. El plan no triunfó más que a medias. El Emperador fué el amante de la bella aventurera, pero no prestó oído a sus sugestiones. Metternich opinaba que Napoleon no tardaría en dar un disgusto a Austria.

—Fatalmente tiene que seguir el ejemplo de su tío. Tendrá que hacer la guerra a Italia. Oponiéndose a Austria, perderá la corona. Porque Austria es Europa.

No se equivocaba al afirmar que Napoleon tendría que ir a la guerra. Pero no estaba en lo cierto al pensar que toda Europa le combatiría. Había previsto que Napoleon III, aprovechando la experiencia del pasado, no solamente no se enfrentaría con Inglaterra, sino que subordinaría su política exterior, a los intereses ingleses. Sin embargo, estaba convencido de la fragilidad de esta anticipación de *entente cordiale* y creía que, en caso de conflicto general, Inglaterra se uniría a los enemigos de Francia. No fué así. Antes de entrar en guerra con Austria para apoyar el irredentismo peninsular, Napoleon propuso una conferencia internacional que resolviera el problema amistosamente. Austria aceptó la proposición a condición de que el Piamonte redujera su ejército a los efectivos de paz. Los piamonteses exigían lo mismo de Austria. En vista de ello, Austria intimó al Piamonte a que desarmara en tres días. El em-

perador omitió comunicar al canciller el envío de esta intimidación.

—Sobre todo, nada de ultimátum—le aconsejó el anciano.

—Es tarde—dijo el Emperador—. Ya está enviado.

No era a propósito del ultimátum por lo que iba a consultarle. Había decidido entrar en guerra y quería dirigir personalmente las operaciones. Estaba dispuesto a arriesgar su vida y quería consultar con Metternich en qué forma podría asegurar la continuidad de la dinastía hasta la mayoría de edad de su hijo Rodolfo. E imploraba al viejo servidor de su casa para que velara por ella en su ausencia. Profundamente emocionado, Metternich lo prometió; pero no pudo cumplir su palabra. Su hora había sonado.

XX

Mientras retumbaba el cañón en Italia, el viejo canciller, siempre adormilado, iba perdiendo, cada vez con más frecuencia, la ilación de sus ideas. Pero, en los momentos de lucidez, su juicio era tan claro como en el pasado.

El barón de Hubner, embajador de Austria en París, escribe, a propósito de los últimos días del canciller:

«Hemos dado un corto paseo. Metternich se apoyaba en mí. Estaba sorprendentemente ágil. Después, entramos en su despacho. Habla vivamente y con interés. Cuando he querido despedirme, dice, levantando el dedo con insistencia:

»—Yo he sido el baluarte del orden.

»He cerrado suavemente la puerta tras de mí, y luego, impulsado por una súbita curiosidad, la abro para

verle otra vez. Estaba junto a su mesa. Y se mantenia en pie tan gallardamente como cuando gozaba de tal poder que la suerte del mundo dependía de su decisión. Después tomó la pluma y se quedó meditando.

»De pronto, advirtió mi presencia. Levantó el dedo y repitió:

»—La roca del orden.»

Cerremos suavemente la puerta. No turbemos sus meditaciones.

A.M.N.MUZEUM KÖNYV-TÁRA

EL MAYOR ÉXITO EDITORIAL DEL AÑO:

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO

por **ANDRÉS RÉVESZ**

"... Su autor hace gala, en prosa feliz, de observación y de experiencia, de amenidad y de ingenio".

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO *(ABC)*

"... En prosa sencilla y transparente como de conversación, Révesz nos habla de la mujer en la vida y en la historia, de la elección en el amor, de los problemas espirituales del matrimonio y de un cúmulo de motivos, llenos de interés, con felices divagaciones por la literatura universal y con acertados y justos enlaces a los temas de la actualidad. El libro de Révesz, gratísimo de lectura, encierra al mismo tiempo una alta y recta lección de moral cristiana".

ALFREDO MARQUERIE *(Informaciones)*

"... Lee el libro de Andrés Révesz, lector y lectora. Su gracia y donaire te llenarán las horas, y sus consejos debes seguirlos".

JOSEFINA DE LA MAZA *(Destino)*

"... Mujeres y hombres hallarán en este librito deliciosa y saludable lectura, de una prosa limpia, y elegante y amena, que reportará distracción y espiritual beneficio".

LUIS G. MANEGAT *(El Noticiero Universal)*

EDITORIAL TARTESSOS. - Condal. 32. - Barcelona

METTERNICH Y SU TIEMPO

COLECCION MUÉRDAGO

Tomitos de 10 x 7 ½ cms., de 64 a 190 págs., portadilla a dos colores y cubierta litografiada y en relieve. Cada tomo, 3 pesetas.

TÍTULOS PUBLICADOS

Andre Maurois. - LUISA, LADY WHITNEY.

Gustavo A. Bécquer. - LEYENDAS.

Pierre Girard. - CURIOSA METAMORFOSIS DE JOHN.

Federico Nietzsche. - SUS MEJORES VERSOS.

Alejandro Kuprin. - EL DESCONOCIDO.

Federico Schiller. - EPISTOLARIO CON CARLOTA.

EN PRENSA

Andre Maurois. - LUISA, LADY WHITNEY (2.ª ed.)

Guy de Maupassant.-BOLA DE SEBO.

Antonio de Obregón. - DECLARACIÓN DE AMOR.

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA CHINA

LO QUE LOS HOMBRES PIENSAN DE LAS MUJERES

LO QUE LAS MUJERES PIENSAN DE LOS HOMBRES

EDITORIAL TARTESSOS
CONDAL, 32 - BARCELONA

ENDRE NEMETH

METTERNICH Y SU TIEMPO

TARTESSOS

181410

Endre Nemeth

METTERNICH

Y SU TIEMPO

EDITORIAL TARTESSOS

La más sugestiva y aguda de las biografías del célebre organizador del Congreso de Viena. Las principales figuras políticas del siglo XIX, así como las de intrigantes y aventureros de ambos sexos, aparecen aquí retratados de mano maestra. Napoleón, María Luisa, el Emperador de Austria, Alejandro I de Rusia, Talleyrand, la Reina Victoria, Disraeli, Junot, la Princesa de Sagan, Luis XVIII, Luis Felipe...

Aquellas cortes abigarradas y peligrosas constituyen el fondo de este magnífico retablo humano, que preside la sagacidad un poco escéptica del gran Canciller, cuya vida privada nos narra Nemeth, al par de su brillante carrera política.

Precio de este volumen: 7 ptas.